

El Desquite de Sandokán

Por

Emilio Salgari

Freeditorial 

1. El asedio

Si hubiese estallado una granada a los pies de los dos tigres de Mompracem y del viejo cazador de la jungla no habría producido ciertamente tanto efecto como aquel nombre que había pronunciado casi con indiferencia Kammamuri.

Teotokris, el condenado griego, el antiguo favorito del rajá de Assam, que tantos tropiezos les había creado, se encontraba en Borneo, a la cabeza de las salvajes hordas de los dayakos...

Sandokán había sido el primero en recobrase del estupor inmenso que había producido aquel nombre.

— ¿Qué has dicho, Kammamuri? —preguntó—. Repítenos ese nombre.

—Sí, Teotokris está aquí, señores —dijo el indio.

— ¡Es imposible! —exclamaron al unísono Sandokán, Tremal-Naik y Yáñez.

—Sí, Teotokris está aquí —repitió Kammamuri.

— ¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Yáñez.

— ¿Que quién me lo ha dicho? ¡Lo he visto con mis propios ojos!

— ¡Tú!

—Sí, señor Yáñez. Fue él quien me capturó y mató al búfalo salvaje de cuatro disparos de pistola, cuando corría por la selva.

— ¿No te habrás equivocado? —preguntó Sandokán—. Tal vez era uno de los dos hijos del rajá del lago de Kin-Ballu.

—Lo conozco demasiado bien, capitán, y no puedo equivocarme —respondió Kammamuri—. Era Teotokris en persona. Fue él quien me encerró en la choza aérea donde he encontrado a este bravo negrito.

—Has traído contigo una serpiente venenosa, mi querido Yáñez —dijo Sandokán.

— ¿Pero cómo ha llegado hasta aquí ese perro rabioso? —se preguntó el portugués.

—Desde luego, no será él quien nos lo diga. El hecho es que se encuentra aquí, y a mí me preocupa más ese hombre que todos los dayakos juntos.

—Sandokán, tengo una sospecha.

— ¿Cuál, Yáñez?

—Puede que fuera él quien me voló el yate.

—No me sorprendería, pero en ese caso debe de haber tenido un cómplice.

—Que yo creo haber identificado —dijo Tremal-Naik.

—El chitmudgar, ¿verdad, amigo? —preguntó Sandokán.

—Sí —contestó el indio.

— ¡Sin embargo, me parecía muy leal! —dijo Yáñez.

— ¡Bah! ¡Fíate de la gente de Assam! —respondió el Tigre de Malasia sonriendo—. Tengo muy poca confianza en tus súbditos. El yate volado misteriosamente, tu chitmudgar desaparecido, el griego aquí... Una bonita traición.

— ¡Pero yo les arrancaré el corazón a esos perros! —gritó Yáñez, furioso.

—Primero necesitamos sus cuerpos, y no sabemos, por lo menos de momento, dónde están. ¡Ah, tengo otra sospecha...!

—Habla.

—Puede ser que el griego haya conseguido corromper también a ese bribón de Nasumbata y se lo haya llevado. La compañía al completo.

—Pero también nosotros estamos al completo ahora —dijo Tremal-Naik.

—Quisiera disponer de mis malayos y también de los assameses de Yáñez para dar una furiosa batalla a ese miserable de Teotokris que viene a inmiscuirse en mis asuntos.

—Un día u otro lo tendremos en nuestras manos y acabaremos de verdad con él —respondió el portugués—. ¡Y nosotros que creíamos haberlo matado...!

—Yo lo vi caer sobre un montón de cadáveres —afirmó Sandokán—. Debía de haber recibido varios disparos.

—Y he aquí que nos lo encontramos de nuevo en nuestro camino y más vivo que nunca. Es cierto que en Europa los griegos tienen fama de poseer una piel muy dura.

—Y aquí tenemos la prueba —dijo Tremal-Naik.

En aquel momento regresaba Kammamuri, que se había alejado de nuevo hacia la salida de la caverna.

— ¿Nos traes alguna novedad?

—Los dayakos han llegado ante la caverna.

— ¿Son muchos? —preguntó Yáñez.

—No he podido verlos porque están escondidos entre las plantas.

— ¿Has visto al griego?

—Ese bribón se guardará bien de que le veamos.

—Y el negrito, ¿qué hace?

—Vigila sus pitones.

— ¿Hay muchas?

—Por lo menos diez docenas, y todas gigantescas. Mientras tengamos esos terribles centinelas ante la caverna no debemos temer nada.

—Sin embargo, existe la posibilidad de un asedio —dijo Sandokán—, y si nos inmovilizan aquí adentro, no sé qué haremos, aunque se podría, en un caso desesperado, sacrificar a alguno de esos gigantescos reptiles.

— ¡Puah, Sandokán! —exclamó Yáñez con repugnancia.

— ¿Acaso en Sarawak no comiste saltamontes fritos?

—Eran otros tiempos —dijo Yáñez, soltando una carcajada.

—Claro, entonces no eras el príncipe consorte de la hermosa raní de Assam.

—Es cierto, Sandokán.

— ¡Ah, cómo se estropean los hombres cuando se acercan al trono!

— ¡Al diablo contigo, hermano!

—Un hermano que ya tiene la barba canosa como yo —dijo Tremal-Naik.

Las notas agudas del angilung interrumpieron bruscamente aquella alegre conversación.

El negrito había vuelto a tomar su instrumento y tocaba de nuevo con gran fuerza.

— ¡Ese hombre nos traiciona! —dijo Sandokán—. Con su maldito instrumento advierte a los dayakos de que estamos aquí, encerrados como en una jaula.

—Os engañáis, Tigre de Malasia —respondió Kammamuri—. Ese buen hombre lleva sus vanguardias hacia la entrada de la caverna.

—Confío más en mi carabina que en esos reptiles.

—No conviene bromear con esas pitones —dijo Tremal-Naik—. Yo no quiero tener que vérmelas con ellas por nada del mundo. Cuando esos reptiles

abrazan ya no sueltan. Decídmelo a mí, que he pasado mi juventud en las Sunderbunds del Ganges. A todo el mundo le dan miedo.

— ¡Yo también las conozco! —respondió Sandokán—. Pero no impedirán un asedio.

—Eso es cierto.

—Y más teniendo en cuenta que no tenemos nada que llevarnos a la boca —añadió Yáñez—. Ni siquiera los famosos saltamontes fritos de Sarawak.

—Que ahora, aunque te has convertido en príncipe consorte, devorarías sin un solo gesto repugnancia.

—Es probable, amigo. Dejemos las bromas y vamos a ver qué hacen esos dayakos. Empiezan a hacerse pesados.

—Se ve que les atraen mucho nuestras cabezas —dijo Tremal-Naik.

— ¡Con razón! ¡Sería una colección magnífica! Una cabeza europea, una borneana auténtica, una bengalesa y una maharata. Ningún jefe de kotta podría igualarla.

Tomaron las carabinas y avanzaron cautelosamente hacia la salida de la caverna, pero después de recorrer quince o veinte metros se detuvieron bruscamente con un gesto de repugnancia.

Una masa enorme de gigantescas serpientes yacía allí, ondulando con cada nota que salía del angilung del negrito.

¿Cuántas habría? Nadie podía decirlo, pues reinaba todavía una profunda obscuridad en la inmensa caverna.

De vez en cuando aquella masa se sacudía bruscamente, como si estuviese electrizada, y algunas cabezas se erguían bruscamente silbando para luego bajar de golpe.

— ¡Por Júpiter! —exclamó Yáñez, retrocediendo—. ¿Quién se atrevería a cruzar esa barrera? Por mi parte, yo declino el honor.

—En efecto, es un obstáculo insuperable y terriblemente peligroso —añadió Sandokán—. Esos reptiles valen, al menos por el momento, más que dos docenas de espingardas. Mientras sigan ahí ningún dayako pondrá los pies en esta caverna.

— ¡Es un espectáculo horripilante! —dijo Tremal-Naik—. En las Sunderbunds he encontrado a veces grupos de serpientes, pero nunca tantas. ¿Cómo se han reunido aquí?

—Quizás han venido buscando un poco de fresco y al encontrarlo han anidado aquí —dijo Yáñez—. Ya sabes que comen a larguísimos intervalos y

duermen mucho. En la selva debe de haber suficientes presas para alimentar a estos reptiles colosales, que no piden demasiado para su vientre.

En aquel momento cortó el aire un ligero silbido apenas perceptible.

— ¡Cuidado! —dijo Sandokán—. Los dayakos nos han oído y se permiten el lujo de regalarnos alguna flecha envenenada.

Los cuatro hombres, con un movimiento fulminante, se habían lanzado hacia la pared de la derecha.

Mientras tanto, el negrito, que se había dado cuenta también de que los enemigos trataban de alcanzar, tirando a ciegas, a alguno de los asediados, se tiró al suelo, detrás de la enorme masa de las serpientes.

Se oyó un segundo silbido y después un tercero. Comenzaban a llover las flechas, lanzadas por las sumpitam de los cazadores de cabezas, pero sin resultados, pues ni siquiera a las pitones podían herir, ya que estaban defendidas por sólidas escamas.

— ¿Y si disparáramos algún tiro? —preguntó Tremal-Naik dirigiéndose al Tigre de Malasia.

— ¿Para qué? —dijo Sandokán—. Ahorremos nuestras municiones. Podríamos echarlas de menos más tarde, aunque nuestros hombres deben de poseer varias cajas.

—Dejemos que malgasten sus flechas —observó Yáñez—. No tendrán siempre upas a mano... Eh, Kammamuri, ¿qué hace el negrito, que ya no lo oigo tocar?

—Mira sus serpientes, señor —contestó el indio—. No quiere empujarlas ni azuzarlas demasiado por miedo de que salgan de la caverna y no sirvan ya como obstáculo. Ya os he dicho que es listo, aunque sea un homúnculo.

— ¡Es un salvaje y basta! —dijo Tremal-Naik.

Las flechas continuaban entrando, chocando contra las escamas de las pitones, sin que éstas se inmutaran por aquel ligero granizo.

El negrito, tendido detrás de la enorme masa, no se movía, pero seguía con su instrumento en la boca, preparado para despabilar e irritar a sus colosales serpientes si los dayakos se atrevían a forzar la entrada.

Sandokán y sus compañeros, pegados a la pared y con las carabinas cargadas, esperaban a que los enemigos se decidieran a atacar.

—Aguardarán al amanecer —dijo Yáñez.

—Y entonces retrocederán —respondió el Tigre de Malasia—. Cuando se den cuenta de la presencia de los reptiles perderán toda esperanza de entrar.

—Y nos asediarán —añadió Tremal-Naik.

—Es lo que más me preocupa —respondió Sandokán—. Deben de ser muchos, y no nos será fácil abrimos paso con sólo tres carabinas. ¡Ah, si tuviera aquí a mis malayos...! ¡Qué carga daría!

— ¿Crees que estarán todavía en el islote? —preguntó Tremal-Naik.

—Conozco bien a mis hombres. Hasta que me vean volver no abandonarán su posición. Es gente capaz de morir en sus puestos.

—Les extrañará bastante no vernos volver.

—Conocen los tropiezos de la guerra y saben tener paciencia. Además, es probable que Sapagar haya mandado hombres a una u otra orilla para saber qué ha ocurrido con nuestra embarcación. Estoy completamente tranquilo por lo que a ellos se refiere. Los encontraremos a todos unidos, listos para reanudar la marcha hacia el Kin-Ballu... ¡Oh! ¿Qué sucede ahora? Kammamuri, pregúntale a tu amigo si las pitones están cansadas de mirar hacia la salida de la caverna sin triturar a nadie entre sus formidables anillos.

El negrito se había puesto a tocar de nuevo y era una verdadera música guerrera la que salía de su bambú, haciendo retumbar toda la inmensa caverna. Las pitones, rápidamente despabiladas y electrizadas por aquella extraña música, volvían a reptar silbando furiosamente.

—El negrito las lanza al ataque, por lo que parece —dijo Yáñez.

— ¿Tratan de entrar en la caverna los dayakos? —se preguntó Sandokán, lanzándose hacia adelante empuñando la carabina.

La música continuaba, cada vez más estridente y furiosa. Parecía que sonasen no una, sino diez flautas.

Se oyó un inmenso aullido ante la entrada de la caverna. No era el aullido salvaje que anuncia un ataque, sino un grito de miedo. ¿Se habían dado cuenta los dayakos de la presencia de los formidables reptiles? Era probable.

— ¡Una descarga! —gritó Sandokán.

Tres relámpagos desgarraron las tinieblas, seguidos por tres detonaciones que el eco de la caverna centuplicó. Parecía que se hubieran hecho tres disparos de espingarda.

Fuera se oyeron clamores espantosos que duraron unos segundos y después se hizo de nuevo el silencio. También el angilung del negrito callaba y las pitones habían dejado de silbar.

— ¿Qué intentaban, Kammamuri? —preguntó Sandokán.

—Sorprendernos, señor —respondió el maharata, que se mantenía detrás

del negrito.

— ¿Y han huido ante las pitones?

—Como conejos, señor.

—Lo creo. ¿Los ves?

—Se han escondido de nuevo entre los matorrales.

— ¿Has visto al griego?

—No.

—El bribón no expondrá tan fácilmente su piel —dijo Yáñez—. Son listos, los pescadores del archipiélago.

—Preferiría que fueran estúpidos —observó Sandokán—. Ese sinvergüenza nos jugará, cuando menos lo esperemos, alguna mala pasada... ¡Eh...! ¿Qué hacen nuestros sitiadores?

Todos se habían puesto a escuchar. Parecía como si sobre la caverna caminase alguien y golpease las rocas con parang y kampilang.

— ¿Tratarán de abrirse paso por arriba? —se preguntó Sandokán con inquietud.

—Se diría que están efectuando algún trabajo misterioso —respondió Yáñez, que no dejaba de escuchar atentamente—. Eh, Kammamuri, llama al negrito. Sus serpientes pueden prescindir por un momento de su cometa.

— ¿Qué quieres saber de él? —preguntó Tremal-Naik.

—Espera: no quiero acabar mis días aquí adentro como una momia egipcia, por Júpiter.

El negrito, llamado por Kammamuri, dejó a sus pitones, que habían vuelto a arrellanarse en la entrada de la caverna, y se presentó, diciendo:

—Aquí estoy, orang.

— ¿No se moverán tus serpientes sin ti? —preguntó Yáñez.

—Mientras no oigan el angilung no saldrán de su letargo.

—Entonces podemos hablar sin exponernos al peligro de una inesperada invasión por parte de los dayakos.

—Ya han visto a las pitones y no se atreverán a avanzar.

—Magnífico, mi pequeño hombre de los bosques. ¿Conoces esta caverna?

—Me refugié en ella una vez junto con toda mi tribu para escapar a una furiosa persecución por parte de una gruesa columna de cazadores de cabezas.

— ¿No tiene ninguna salida?

—No, orang, sólo la entrada.

— ¿Estás seguro de lo que dices?

—La he explorado toda; sin embargo, mi tribu consiguió escapar del asedio sin dejar una sola cabeza en manos de los dayakos.

— ¿Existe entonces otro paso?

—Un agujero, orang, o, mejor dicho, una hendidura.

—Por la que podríamos pasar también nosotros.

—No, orang; los tuan-uropa son demasiado grandes.

—Pero tú pasaste.

—Sí.

— ¿Dónde está ese agujero?

—Al fondo de la caverna.

Yáñez se volvió hacia sus compañeros, diciendo:

— ¿Ninguno de vosotros tiene una mecha?

—Yo tengo un trozo de cuerda embreada, pero debe de estar muy mojada —dijo Tremal-Naik—, y no prenderá.

— ¿Quieres fuego, orang? —preguntó el negrito, que se esforzaba por no perderse una sola sílaba.

—Sí, hombrecillo.

—Lo tendrás, orang. Cuando se refugió aquí, mi tribu trajo leña, y no se gastó toda.

—Pero que no podremos encender —dijo Tremal-Naik—. Nuestras yescas también están mojadas.

—A él no le harán falta —respondió Sandokán—. Basta con que encuentre dos trozos de bambú y la llama brillará. Los salvajes de Borneo no conocen ni la yesca ni el eslabón, y mucho menos los fósforos.

El negrito se había alejado, siguiendo la pared de la derecha. Su ausencia no duró más que unos minutos.

— ¡He aquí el fuego! —dijo.

Después, dirigiéndose a Kammamuri, añadió:

—Dame tu parang.

Tenía en la mano dos pedazos de bambú consumidos parcialmente por el fuego.

Tomó el pesado sable del maharata y, como comenzaba ya entonces a entrar un poco de luz por la abertura de la caverna, pues había despuntado el alba, rompió primero uno y después el otro de dos maneras diferentes.

—Ya está —dijo Sandokán a Tremal-Naik—. Dentro de poco tendremos luz.

— ¡No sé! —dijo el indio—. Me gustaría saber cómo.

—Se trata de algo muy simple, amigo. El negrito ha cortado los dos bambúes por la mitad, en sentido vertical, para obtener dos bordes cortantes. En la superficie convexa de uno ha hecho una muesca por la que desliza rápidamente el borde del otro. Si la leña está bien seca, el polvo producido por la fricción se incendia fácilmente y se produce el fuego. ¿Ves?

El negrito se había apoyado contra la pared y frotaba rabiosamente los dos trozos de bambú, dejando caer al suelo una lluvia de chispas.

Debajo había colocado fragmentos de leña bien seca y hojas.

Salía humo, que se desvanecía lentamente.

Inesperadamente brilló una llama iluminando a los cinco hombres.

El negrito dejó caer los dos trozos de bambú, fue a recoger más leña y alimentó el fuego, no sin producir cierta agitación entre las pitones.

— ¿Escaparán? —preguntó Yáñez, que no quería perder la protección de aquella masa de reptiles.

—No temas, orang —contestó el negrito—. Con mi angilung las detendré y tranquilízate. Esos bichos son nuestra salvación.

—No parece que los dayakos tengan intenciones de dejarnos. Los oigo romper rocas sobre nuestras cabezas.

—Ya sé lo que quieren hacer, orang. También cuando me refugié aquí dentro con mi tribu nos encerraron.

— ¿Os encerraron has dicho? —preguntó Sandokán.

—Sí, orang. La caverna está cubierta por rocas enormes que hasta un niño podría hacer rodar fácilmente cavando un pequeño canal. Si los dayakos trabajan encima de nuestras cabezas quiere decir que se preparan para dejar caer ante la entrada trozos de roca y encerramos.

—Has dicho que conoces otra salida.

—Que temo que no servirá para vosotros.

—No importa: basta con que pueda salir uno de nosotros. ¿Está encendido el tizón?

—Sí, orang.

—Enséñame ese agujero por el que ha huido toda tu tribu.

—Ven. No está muy lejos.

El negrito había puesto en el fuego dos ramas resinosas encontradas entre la leña acumulada por su tribu antes de atrincherarse en la enorme caverna y se había puesto en camino agitándolas continuamente con un movimiento circular, para mantener viva la llama.

Avanzó unos doscientos pasos, siguiendo siempre la pared izquierda, y luego se detuvo ante un cúmulo de rocas que se elevaba casi hasta el techo.

—El agujero está allí arriba —dijo.

—Apaga tus antorchas —ordenó Yáñez.

El negrito golpeó las dos ramas contra la pared y entonces se vio en lo alto un orificio luminoso, bastante redondo.

Despuntaba el alba; quizás el sol había salido ya, y aquella hendidura era muy visible.

— ¿Es por ahí por donde huyó tu tribu? —preguntó Sandokán.

—Sí, orang.

—Kammamuri, sube por ese montón de rocas y mira si podemos pasar por ese orificio.

— ¡Vaya! —exclamó Yáñez—. Hemos hecho mal en engordar.

—No todo se puede prever —contestó el Tigre de Malasia—. Además, aún no tenemos barriga.

El maharata había trepado ya por las rocas, atraído por aquel agujero luminoso que prometía libertad, y el negrito lo había seguido.

— ¿Sirve? —preguntó Tremal-Naik, que seguía atentamente los movimientos de su fiel servidor.

—No, señor —contestó el maharata con voz ronca—. Sólo un negrito, y muy delgado, podría pasar. ¡Malditos sean Shiva, Visnú y también Brahma!

— ¡Eh, blasfemo! —gritó Yáñez—. ¡Te denunciaré a los brahmanes de Assam!

—Haced lo que queráis, señor, pero ni vos ni yo conseguiremos pasar.

—Desde luego, pues soy el más gordo de todos —contestó el portugués,

pero no perdía nunca, ni siquiera en las peores circunstancias, su buen humor —. Es una lata convertirse en rajá.

—Y en príncipe consorte de una soberbia raní —añadió Sandokán.

— ¡Diablos! Parece, hermano, como si tuvieras celos de mi poder.

— ¡Haría mal! ¿No estás tú aquí, junto con Tremal-Naik, para darme un reino diez veces más extenso que el tuyo? ¿De qué podría quejarme?

—De no estar delgado como ese negrito para escapar de esos perros dayakos.

—Ah, eso sí, hermano.

— ¿Y bien, Kammamuri? —gritó Tremal-Naik.

—No se puede pasar, señor.

— ¿Ni siquiera dejando tiras de piel?

—Sería necesario dejar todas las costillas, señor.

—Y nosotros no las queremos perder —dijo Yáñez—. Haríamos un mal papel ante los sitiadores... Y el hombre de los bosques, ¿dónde está?

—Ya ha pasado —contestó Kammamuri.

— ¿Cómo? ¿Está ya fueran?

—Se ha deslizado por el agujero como un pez.

— ¡Afortunado mortal...! ¿Escapará?

—No, señor Yáñez. Es un buen hombre y volverá en seguida.

En efecto, en cuanto pronunció esas palabras el negrito se descolgó de nuevo por el orificio.

— ¿Has visto a los dayakos? —le preguntó en seguida Sandokán.

—Sí, orang. Están a tres o cuatrocientos pasos de distancia.

— ¿No te habrán visto?

—Oh, no, orang. La colina está cubierta por espesos matorrales.

— ¿Qué estaban haciendo?

—Trabajan alrededor del charco negro.

— ¿El charco negro? ¿Qué es?

—Yo tampoco lo sé, orang. Es un gran hueco lleno de un líquido viscoso que despidе un olor insoportable.

Sandokán se volvió hacia Yáñez, que había sacado la cabeza por el agujero y parecía aspirar violentamente el aire.

— ¿Comprendes algo, hermano? —le preguntó.

El portugués retiró la cabeza y miró a sus compañeros con cierta inquietud. En vez de contestar a Sandokán preguntó:

— ¿No habéis observado nada mientras cruzábamos la gran caverna?

— ¿Que las paredes están formadas por masas de piedra amarilla? — preguntó Tremal-Naik.

—Exacto.

— ¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó Sandokán.

—Nos encontramos dentro de una azufrera.

— ¿Y bien? Esto no me explica qué es esa cuenca llena de materia negra de la que ha hablado ahora el negrito.

—Iba a decir que cerca de los yacimientos de azufre no es difícil encontrar bolsas de nafta.

—No sé exactamente qué es la nafta. Sólo he oído contar que se enciende con facilidad y que los dayakos a veces la usan para fijar mejor el upas en las puntas de sus flechas.

—Entonces has entendido algo —dijo Yáñez—. Ahora quisiera saber por qué los asediantes trabajan alrededor de ese depósito de nafta.

Miró al negrito, que estaba en pie ante él, escuchándole atentamente.

— ¿Has visto un tuan-uropa entre los dayakos? —le preguntó.

—Sí, orang.

— ¿Qué hacía?

—Estaba señalando unas líneas en tierra con la punta de un kampilang.

— ¡Ah, miserable griego! —gritó Yáñez con una inesperada sacudida de ira.

— ¿Qué te pasa ahora? —preguntó Sandokán.

—He comprendido su infernal proyecto. No podemos perder un momento si queremos escapar de una muerte espantosa.

— ¿Te has vuelto loco? —preguntó Sandokán.

En vez de contestar, el portugués hurgó en sus bolsillos, sacó un librito y un lápiz, arrancó con precaución una hoja, pues el papel estaba aún un poco

mojado, y escribió rápidamente unas líneas.

Cuando acabó, sin decir nada a sus compañeros, que lo miraban con creciente estupor, lo dobló y lo puso en la mano del negrito diciéndole:

—Irás en seguida al río, lo remontarás corriendo hasta que encuentres un islote ocupado por una tribu de hombres armados de cañas que truenan y vestidos como nosotros. Allí cruzarás el Malludu gritando bien fuerte: «¡Tigre de Malasia, Yáñez...!»». No olvides estos nombres o correrás el peligro de recibir una docena de trozos de plomo en pleno pecho. Al primero que encuentres le entregarás esta carta, pero es necesario que te des prisa. Si cumples bien tu misión te regalaré una caña que truena y te enseñaré a usarla. ¿Podemos contar con tu amistad?

—Yo soy un amigo de los orang —contestó el negrito con voz grave—. Haré todo lo que quieras.

—No te dejes sorprender por los dayakos.

—Están demasiado ocupados para fijarse en mí.

—Ve, amigo, y no te olvides de los nombres.

—No, no, orang: Tigre de Malasia y Yáñez.

Trepó hasta el borde del orificio que les comunicaba con el exterior, desprendiendo en el empeño algunas piedras que rodaron a sus pies; cuando logró afianzar sus manos en los bordes, de un ágil salto salió de la cueva — encierro mortal de nuestros amigos— y echó a correr refugiándose tras los matorrales para no ser visto. En la mente del negrito estaban muy claras las ideas: en primer lugar la necesidad de escapar con vida del lugar, en segundo la férrea decisión de cumplir la palabra dada y entregar el mensaje; y en tercero, la esperanza de ser algún día propietario de una de aquellas poderosas cañas tronantes que le habían prometido como recompensa.

2. Entre el fuego y las pitones

Yáñez había sacado la cabeza por la hendidura y escuchaba con gran atención, aspirando fuertemente el aire de vez en cuando.

Resonaban con extraña regularidad golpes sonoros producidos por el choque violentísimo de los pesados parang y de los kampilang contra las rocas que cubrían la enorme caverna.

Parecía que los salvajes hijos de los bosques de Borneo se hubieran transformado, bajo la dirección del maldito griego, en expertísimos mineros.

Sandokán, Tremal-Naik y Kammamuri, que quizá no habían comprendido aún el terrible peligro que los amenazaba, esperaban pacientemente a que el portugués terminase sus observaciones.

Pasaron unos minutos y Yáñez retiró la cabeza. Su cara estaba tan descompuesta que Sandokán se extrañó.

— ¿Qué pasa? —preguntó—. En tantos años que hemos sido compañeros no te he visto nunca tan preocupado. Explícate, hermano.

—El asunto es más grave de lo que creéis —contestó Yáñez—. Ese perro griego es más astuto que todos sus compatriotas juntos, y temo que nos haga pasar por una prueba terrible. Ya he adivinado su proyecto.

—Que quizás no sea tan terrible como tú crees —dijo Tremal-Naik.

—Puede que más. Es el azufre que cubre las paredes de la caverna el que me preocupa. De la nafta no me preocupo, pues el espesor de las rocas es bastante grande. Serán las pitones las que lo pasarán mal.

— ¿Qué temes? —preguntó el Tigre de Malasia.

—Ese bribón trata de abrasarnos vivos.

— ¡Ah...!

—Sígueme, Sandokán.

Yáñez bajó rápidamente por aquella masa de rocas, tomó las dos ramas resinosas que ardían todavía y las acercó a la pared, que estaba cubierta por una densa capa de azufre en estado granuloso.

— ¡Esto es lo que me asusta! —le dijo a Sandokán—. ¿Quién nos salvaría si esto se prendiese?

— ¿Y cómo quieres que se prenda? —preguntó el Tigre de Malasia—. No seremos nosotros quienes encendamos hogueras al lado de las paredes.

—Se encargará de ello Teotokris.

— ¿Él? ¡Si se encuentra fuera...! ¡Que intente cruzar la línea de las pitones!

—No es necesario. Cuenta con la nafta. Ven, puesto que no crees todavía en el terrible peligro que nos amenaza.

Avanzó velozmente hasta el centro de la gran caverna, deteniéndose ante otra masa de rocas puras recubiertas de azufre.

— ¿Oyes? —preguntó a Sandokán.

—Sí, golpean la pared externa con los kampilang.

— ¿Qué crees que harán los dayakos?

—Lo ignoro.

—Intentan abrir un orificio.

— ¿Para qué?

—Para que entre la nafta incendiada —contestó Yáñez.

— ¿Y encender el azufre?

—Exacto.

—Compadezco a estas pobres pitones.

— ¿Y nosotros? El azufre producirá vapores tan asfixiantes que no los podremos soportar.

— ¡Maldito griego! —exclamó Tremal-Naik—. ¿Querrá realmente asfixiarnos aquí adentro?

—Quizás asarnos vivos —contestó Yáñez—. Las paredes recubiertas de azufre prenderán y esta caverna se convertirá en un infierno donde nosotros nos asaremos alegremente.

—No, no demasiado alegremente, señor Yáñez —dijo Kammamuri.

— ¿Y dejaremos que Teotokris continúe sus trabajos sin crearle contratiempos? —preguntó Sandokán—. Tú que siempre has sido un hombre de recursos infinitos deberías idear algún medio de desbaratar el siniestro proyecto del antiguo favorito del rajá de Assam. Si lo tuviese en mis manos despacharía en seguida el asunto.

—Pero no lo tienes, y a mí, por mucho que me rompa la cabeza, no se me ocurre un medio de proporcionártelo.

— ¿Se habrá agotado tu extraordinaria fantasía?

—No lo creo, pero choca con obstáculos insuperables.

— ¿No se puede ensanchar el orificio? —preguntó Tremal-Naik.

— ¿Con qué instrumentos? —preguntó Sandokán.

—Con el parang de Kammamuri.

—Se partiría contra la roca, amigo, o por lo menos al cuarto de hora quedaría completamente inservible. Bajo la capa de fósforo hay basalto. Prueba a romperlo, si eres capaz.

—Entonces sólo tenemos una esperanza: la llegada de nuestros hombres.

— ¡Todo estriba en eso! —exclamó Yáñez—. Por otra parte, me pregunto,

no sin inquietud, si conseguirán llegar a tiempo y si el negrito logrará encontrarlos.

—Conozco a los salvajes de los grandes bosques y sé lo inteligentes que son, a pesar de su pequeña estatura y su fisonomía nada interesante —dijo Sandokán—. Si nuestros hombres se encuentran todavía en el islote, el amigo de Kammamuri sabrá encontrarlos y les entregará el mensaje. Le has escrito a Sapagar, ¿verdad?

—Sí, Sandokán.

—Es un hombre inteligente y valiente como un tigre. Si está todavía vivo lanzará a sus hombres hacia la orilla y vendrá a liberarnos.

— ¿Y si lo han matado? —preguntó Tremal-Naik.

— ¿Quieres asustarme, amigo? —preguntó Sandokán, en cuya frente se había formado una profunda arruga—. No; es imposible que mis hombres, apoyados por los assameses y por tres o cuatro espingardas, hayan cedido ante el ímpetu de las hordas dayakas. Los míos son verdaderos demonios.

—Y también mis assameses son valientes, pues han sido escogidos entre los montañeses —añadió Yáñez.

Entre los cuatro hombres reinó un breve silencio, interrumpido sólo por los golpes de kampilang y de parang de los dayakos.

Los terribles cazadores de cabezas no habían interrumpido su trabajo. Varias docenas de grandes espadas trataban de horadar el techo de la caverna para dejar caer la nafta incendiada y prender fuego al azufre que incrustaba las paredes. El griego, al parecer, había jurado hacer desaparecer para siempre al príncipe consorte de la hermosa raní de Assam.

— ¿Cuánto tiempo necesitarán para agujerear el techo? —preguntó finalmente Sandokán a Yáñez.

—No sé qué espesor tiene —respondió el portugués—. Pero sin duda tendrán mucho trabajo, aunque sean numerosos. La roca tiene una gran solidez, y sus armas se gastarán fácilmente.

— ¡Y no podemos hacer nada...! —exclamó Tremal-Naik.

— ¿Quieres acaso intentar salir?

—Están las pitones en medio.

—Es cierto; lo había olvidado —contestó Yáñez—. ¿Qué hacen esos reptiles?

—Dormitan, señor Yáñez —dijo Kammamuri.

— ¡Qué eternas dormilonas! ¡Parece que las hayan creado sólo para tragar y dormir!

—Y también para triturar al incauto que se deje sorprender —añadió Kammamuri—. En la jungla negra escapé, aún no sé cómo, de sus irresistibles abrazos.

Un gesto enérgico de Sandokán interrumpió su conversación.

— ¿Cuántos hombres crees que hay entre nosotros? —preguntó el pirata a Yáñez.

—Sin duda muchos.

— ¿Crees que los dayakos terminarán su trabajo antes de que oscurezca?

—No conozco el espesor del techo, amigo. ¿Qué quieres intentar?

—Quisiera provocarlos para ver si son muchos.

— ¿Quiénes?

—Los dayakos.

— ¿E intentar una carga a fondo?

—Esa es mi idea —respondió Sandokán—. No puedo quedarme aquí inactivo. Ese trabajo misterioso que están efectuando los dayakos bajo la dirección del miserable griego me irrita.

— ¿Y cómo cruzarás la barrera de las pitones? Ya no está el negrito con su angilung para hacerlas retroceder, hermanito.

— ¡Canallas! —rugió—. ¡Si mis hombres llegan a tiempo os despedazaré a todos, malditos dayakos, sin ninguna compasión! ¡He de matar al griego antes de lanzarme hacia el Kin-Ballu!

— ¿Estas excitado, hermanito? —preguntó Yáñez, que había recobrado en seguida su sangre fría.

— ¡Tengo unas ganas tremendas de matar! —respondió Sandokán.

El Tigre de Malasia, no domado todavía por los años, el terrible tigre que había sembrado el terror por todas las costas occidentales de Borneo y había hecho temblar incluso al leopardo inglés anidado en Labuán, lanzaba su grito de guerra.

Si en aquel momento hubiese podido atacar, ni siquiera cincuenta dayakos habrían podido resistir su ímpetu extraordinario.

Desgraciadamente en aquel momento se encontraba prácticamente impotente, pues la barrera presentada por la enorme masa de pitones lo habría

detenido en seguida.

—Yáñez —preguntó con voz ronca—. ¿Es éste el final?

— ¿El final de quién?

—El nuestro.

— ¡Por Júpiter! Aún no estamos muertos, hermano, y no veo razón para desesperarnos. Los dayakos no han horadado todavía el techo y no veo caer la nafta incendiando estas malditas masas de azufre. ¿Cómo estás siempre tan rabioso? Aquí no estamos en Labuán, y no son ingleses los que tenemos delante.

—Es al griego al que quisiera matar.

— ¡Por Júpiter! Yo no volveré con Surama sin llevar conmigo la piel de ese canalla bien rellena de paja.

— ¡Si consiguiésemos salir vivos de esta trampa...! —exclamó Tremal-Naik.

—Tú tienes la palabra, Yáñez —dijo Sandokán.

El portugués no contestó en seguida. Seguía escuchando los golpes de parang y de kampilang que, con rabia creciente, daban los dayakos contra el techo de la caverna.

—Tomemos precauciones —dijo inesperadamente—. Asegurémonos una buena ventilación. Si todo este azufre se incendia puede asar hasta a un elefante, después de asfixiarlo... Venid, amigos.

— ¿Adonde? —preguntó Sandokán, que tenía los ojos inyectados en sangre.

—Hacia la abertura.

— ¿Quieres intentar salir?

—Hemos engordado demasiado, mi querido amigo, y la roca es demasiado dura... ¡Bah! Ya veremos.

Por el amplio orificio de la caverna entraba una vaga luz, pues el sol estaba ya bastante alto sobre el horizonte y hacía superfluas las ramas resinosas, que se habían apagado ya, pero en la hoguera había todavía tizones y no faltaba leña.

Yáñez se aproximó a las serpientes, que dormitaban unas contra otras formando una monstruosa barrera.

Al no tenerlas ya hechizadas el angilung del hijo de los bosques, habían reanudado su letargo, pero seguían constituyendo para los sitiadores un

obstáculo insuperable, pues al primer ataque se espabilarían, y entonces nadie conseguiría dominarlas, tal vez ni siquiera la flauta del negrito.

— ¿Qué quieres intentar, Yáñez? —preguntó Sandokán—. Tú tienes alguna idea.

—Sí, quisiera provocar un asalto de los dayakos.

—No serán tan estúpidos como para dejarse atrapar. Ya se deben de haber dado cuenta de que no pueden entrar ni siquiera con parang y sus kampilang.

—Tratemos de irritarles.

— ¿Y las pitones?

—Que salgan de una vez por todas y se lancen contra esos canallas. Si yo supiera tocar el tomril o algún instrumento similar no estaría ya aquí, y el griego tendría por lo menos diez pitones enroscadas alrededor de su cuerpo. Cuando vuelva a Assam haré que me enseñe esa música algún famoso sap...

— ¡Si vuelves!

—Ahora eres tú el pájaro de mal agüero —contesto Yáñez, esforzándose en sonreír—. ¡Por Júpiter! Aún no estamos muertos, y la nafta que ese bribón griego quisiera echar sobre nuestras cabezas no ha encontrado paso todavía.

Se había acercado a la masa de pitones y miraba atentamente por la amplia abertura.

— ¡Centinelas ante nosotros! —dijo—. Podemos dar un buen golpe. Veremos si estas eternas dormilonas reanudan su marcha aún sin el tomril o el angilung.

Se arrodilló, montó la carabina, apuntó un momento y disparó. Un aullido replicó a la detonación, seguido por un horrible concierto de silbidos. Las pitones, molestas por aquel disparo a tan corta distancia, levantaron la cabeza estirando al mismo tiempo sus cuerpos.

— ¡Ah, qué feos son! —exclamó Yáñez, saltando rápidamente hacia atrás mientras cruzaban la abertura siete u ocho flechas.

Sandokán, que se había tendido en tierra, en medio de dos rocas que le protegían los flancos, disparó a su vez la carabina, contestándole también un grito muy agudo. Un dayako que había cometido la imprudencia de descubrirse para lanzar mejor su dardo envenenado había dado un salto, cayendo exangüe entre los matorrales que hasta entonces lo habían ocultado.

—Dos menos —dijo Yáñez.

—Y ya que hemos comenzado hay que continuar —añadió Sandokán.

— ¿Y las pitones?

—Deja que silben. Tienen derecho a divertirse un poco también. Vamos, Tremal-Naik, pero cuidado con las flechas. ¡Ese maldito upas no es cosa de broma!

Retumbó un tercer disparo de carabina.

Las serpientes, asustadas por los disparos, parecían enloquecidas. Se erguían impetuosamente, tocando con sus cabezas el techo de la caverna, se desenroscaban agitando furiosamente sus colas y se lanzaban a derecha y a izquierda tratando de envolver con sus potentes anillos a los que interrumpían su tranquilidad.

A cada disparo se lanzaban hacia el lado opuesto, hacia la salida de la caverna, pero sin decidirse a dejar el lugar.

—Es inútil —dijo Yáñez tras gastar cuatro o cinco cartuchos—. Estas holgazanas no quieren moverse.

—Y los dayakos han comprendido que sus flechas no sirven contra nuestras armas de fuego y se han puesto, a cubierto —añadió Sandokán—. Reservemos nuestras municiones para mejor ocasión.

—Es lo que te quería proponer —dijo Tremal-Naik—. Hay demasiados matorrales y árboles ante nosotros.

En aquel momento cayó de lo alto una lluvia de rocas a pocos pasos de Kammamuri, que asistía al combate mirando melancólicamente su inútil sable.

— ¡Han abierto el orificio! —gritó Yáñez, retrocediendo rápidamente—. ¡Cuidado!

Todos se habían pegado rápidamente a la pared de la caverna, mirando hacia arriba.

En efecto, los dayakos habían conseguido agujerear el techo de la caverna después de tres o cuatro horas de trabajo febril.

— ¿Dejarán caer la nafta o se conformarán con lanzarnos sus flechas envenenadas? —preguntó Sandokán.

— ¡Teotokris no será tan estúpido! —contestó Yáñez—. ¡Para qué servirían los dardos si tenemos la posibilidad de evitarlos refugiándonos en el fondo de la caverna!

— ¿Entonces, dentro de poco entrará un río de fuego?

—E incendiará el azufre.

— ¿Y nosotros?

—Lo único que podemos hacer es refugiarnos alrededor de la abertura que nos ha indicado el negrito.

— ¿Podremos resistir o moriremos asfixiados?

—Es lo que me preguntó —contestó Yáñez, que, quizás por primera vez en su vida, parecía profundamente impresionado.

— ¿Terminaremos nuestros días aquí?

—Ya te he dicho que no estamos muertos todavía.

—Pero, ¿qué esperas?

— ¿Y el negrito? ¿Lo has olvidado?

— ¿Y si lo hubiesen matado?

—Entonces, adiós a todo, mi querido Sandokán. Contra el destino no siempre se lucha ventajosamente.

— ¡Y yo habré sido la causa de tu ruina!

—No te preocupes.

—Debería haberte dejado en Assam, sin hacerte venir para ayudarme a conquistar un trono que, además, no deseo demasiado. ¡Si se hubiera tratado de Mompracem...!

—Basta, Sandokán; ¡retirémonos, amigos!

— ¿Y las pitones? —preguntó Kammamuri.

—Dentro de media hora estarán cocidas —contestó Yáñez.

—Y entonces entrarán los dayakos —dijo Kammamuri.

— ¿Descalzos por un mar de fuego? No serán tan estúpidos, amigo.

Recargaron rápidamente las carabinas y se retiraron hacia el otro extremo de la caverna mientras del pequeño agujero continuaban cayendo trozos de roca y se oían los parang y kampilang golpeando con rabia creciente.

Al parecer los dayakos trabajaban febrilmente para ensancharlo de forma que la nafta cayera abundantemente y convirtiese la cueva en un cráter volcánico.

Los cuatro asediados llegaron al fondo de la caverna y escalaron el montón de rocas hasta el orificio por el que había pasado el negrito.

— ¿Sigue estando libre? —preguntó Sandokán a Yáñez.

—Sí —contestó el portugués—. El griego aún no se ha dado cuenta de la existencia de este paso.

—Si pudiéramos ensancharlo para sorprender a los dayakos por la espalda...

—Ya te he dicho que sacrificaríamos inútilmente el parang de Kammamuri. Lo único que podemos hacer es esperar la llegada de nuestros hombres.

— ¡Una agonía atroz! —dijo Tremal-Naik.

—No podemos contar más que con ellos, amigo. Nuestros medios se han agotado por completo. Manteneos todos cerca de esta boca de aire y llenaos bien los pulmones.

Casi inmediatamente dejó escapar un grito.

Un relámpago había iluminado la caverna, seguido por un extraño ruido que parecía producido por la caída de un chorro de agua sobre un suelo de piedra.

— ¡La nafta ardiendo! —exclamó—. ¡La prueba terrible!

Los resplandores se sucedían y el río de fuego se precipitaba por el agujero abierto por los kampilang y los parang de los dayakos y se extendía hacia las pitones por la pendiente del suelo.

Se difundía por la cueva un olor agudo, pestilente.

— ¡Ah, perro griego! —rugió Sandokán—. ¡Y no poderte tener en mis manos, infame!

A la entrada de la caverna, las pitones, que experimentaban el primer contacto con el fuego, se debatían desesperadamente, silbando de forma espantosa.

Las infelices, sorprendidas durmiendo por el líquido ardiente, se erguían y después caían agitando frenéticamente la cola.

Algunas, más afortunadas, habían tenido tiempo de liberarse de sus compañeras y se habían precipitado fuera de la caverna; otras huían hacia la roca en la que se habían reunido Yáñez, Tremal-Naik, Sandokán y Kammamuri, pero muchas se asaban, emanando un olor nauseabundo de carne quemada.

— ¡Ya estamos en el infierno! —dijo Yáñez, que conservaba todavía una calma prodigiosa—. ¡Amigos, no dejéis que lleguen hasta aquí las pitones! ¡Usad las carabinas! ¡Apuntad a la cabeza!

Siete u ocho gigantes reptiles, huyendo del fuego que se extendía continuamente, amenazando con fundir las masas de azufre que cubrían las paredes, estaban ya ante la roca y trataban de escalarla.

Debían de haberse dado cuenta de que allí arriba existía una salida, pero a los asediados no les convenía que saliesen por aquel orificio, pues habrían puesto en guardia a los dayakos y atraerían la atención del griego.

— ¡Disparemos, amigos! —gritó Yáñez, que se había percatado antes que nadie del gravísimo peligro.

Disparó contra la pitón que reptaba a la cabeza del grupo y la hizo caer con el cráneo destrozado.

Sandokán y Tremal-Naik se prepararon para imitarlo, y Kammamuri lanzaba golpes de sable en todas direcciones.

Se sucedían los disparos y los reptiles caían uno a uno, rodando hacia abajo.

Mientras tanto aumentaba la luz en la caverna. La nafta, que entraba en gran cantidad, como un riachuelo de lava o de plomo fundido, continuaba extendiéndose y comunicando su fuego al azufre.

Flotaban vapores asfixiantes, impulsados por el aire que entraba por la gran abertura.

Los asediados tosían furiosamente y sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Yáñez —dijo Sandokán mientras la última pitón, alcanzada por dos disparos, caía sin vida—. ¿Es éste el final?

—No sé —respondió el portugués con voz alterada—. Me parece que la cosa se pone muy mal, y, no sé por qué, en este momento pienso en Surama.

—Yo te he perdido, hermano —exclamó el Tigre de Malasia con voz trémula.

—No digas eso —contestó Yáñez entre dos golpes de tos—. El griego no nos ha visto expirar todavía.

— ¡Pero no se puede resistir más! —dijo en aquel momento Tremal-Naik—. Se acerca la muerte.

—Acerca la cabeza al agujero.

—Ya no entra aire —respondió Kammamuri.

Yáñez lanzó una mirada hacia la amplia caverna.

¡Estaba envuelta en llamas! Las paredes se fundían al entrar en contacto con la nafta incendiada, como si fueran de mantequilla, y el fuego se extendía inexorablemente, avanzando hacia la roca en la que se habían refugiado los cuatro asediados.

De aquel líquido incendiado salían oleadas de un humo áspero, sofocante,

cada vez más denso.

— ¿Y bien, Yáñez? —preguntó ansiosamente Sandokán.

El portugués movió la cabeza y dijo:

—Me temo que ésta es la muerte. ¡Bah, la guerra siempre es peligrosa!

Hurgó en sus bolsillos; sacó un paquete de cigarrillos, tomó uno y se lo puso en la boca, mordiéndolo rabiosamente.

— ¡Si por lo menos pudiese encenderlo! —exclamó—. Esperaré a que el fuego esté más cerca.

3. Los malayos atacan

Mientras Sandokán y sus compañeros corrían el peligro de morir, quemados o asfixiados, dentro de la fatal caverna, el negrito galopaba desesperadamente para llegar al río.

Deslizándose cautamente entre los matorrales que cubrían la colina había conseguido huir sin que le descubrieran los dayakos que trabajaban alrededor del charco de nafta y llegar hasta el llano.

Como todos los hombres primitivos, sabía orientarse en seguida sin necesidad de brújula. Aun con cielo nublado habría conseguido encontrar la dirección exacta.

Una vez llegado a la selva había empezado a correr con la agilidad de un cervatillo, apretando bien el trozo de papel y repitiendo los nombres de Yáñez y Tigre de Malasia para no olvidarlos.

Dos horas después, sin dejar de correr, llegaba al Malludu.

El río estaba en aquel lugar completamente desierto. Sólo bandadas de pájaros volaban de una orilla a otra lanzando agudos chillidos como para saludar al astro diurno que iba a surgir por encima de las grandes selvas.

El negrito se detuvo un momento, bebió un sorbo de agua, tomó una banana y volvió a salir corriendo.

Remontaba el río manteniéndose dentro de los cañaverales para no exponerse al peligro de que lo sorprendieran o de recibir por los flancos alguna flecha envenenada. Había comprendido que la salvación de sus nuevos amigos dependía de su prudencia y de sus piernas.

Acostumbrado a vivir en las grandes selvas, luchando continuamente

contra los dayakos, era prudente, y no le faltaban rapidez y resistencia.

Hacía más de media hora que trotaba cuando oyó una detonación mucho más fuerte que la que había retumbado en la caverna.

—Este disparo debe de ser de los tuan-uropa —murmuró—. Los dayakos no deben de estar lejos, y tampoco el islote.

Dejó los cañaverales y se internó en la selva, imaginando que los dayakos ocupaban las dos orillas del río.

Unos minutos después oyó una segunda detonación, más aguda que la primera. ¿Eran los malayos de Sandokán y los assameses de Yáñez que barrían con disparos de espingarda las orillas del río para mantener alejados a sus implacables enemigos? Probablemente.

El negrito avanzaba ahora con gran prudencia, deteniéndose frecuentemente para escuchar.

Cuando volvía a hacerse un profundo silencio reanudaba su carrera para detenerse de nuevo trescientos o cuatrocientos pasos más adelante.

Mientras tanto se sucedían los disparos de espingarda, cada vez más nítidos, pero a largos intervalos.

Disparaban a muy poca distancia del borde de la selva.

El negrito aumentaba sus precauciones. No se atrevía ya a correr, aunque lo desbaba intensamente al pensar en el gravísimo peligro que corrían sus amigos.

Se detenía con más frecuencia y a veces se ponía a andar a gatas entre los matorrales y las masas de rotang y pimienta salvaje, temiendo encontrarse de un momento a otro ante alguna banda de dayakos.

Había recorrido así cerca de medio kilómetro más cuando se desvió bruscamente, volviendo con rapidez a la densa maleza.

Había visto hombres emboscados en la orilla del río, armados de sumpitan y kampilang.

Eran los dayakos que vigilaban a los malayos y a los assameses hechos fuertes en el islote en espera de que volvieran sus jefes.

Los disparos de espingarda retumbaban bajo las infinitas arcadas de la selva, pero no se trataba de una verdadera batalla, pues las carabinas estaban calladas.

Los asediados se divertían atormentando a los sitiadores, barriendo los cañaverales con una tempestad de clavos y balas.

El negrito, que había localizado ya la posición del islote, indicada por las nubes de humo producidas por las pequeñas piezas de artillería, se desvió, adentrándose cada vez más en la selva, y después, cuando consideró que había pasado la zona ocupada por los dayakos, volvió hacia el río, avanzando siempre con gran prudencia.

Mientras caminaba no dejaba de repetir los dos nombres: Tigre de Malasia y Yáñez.

Tras llegar al cañaveral sin encontrar a nadie, se colocó entre los labios la hoja de papel, se colgó en bandolera la cerbatana, se aseguró bien el haz de flechas sobre la cabeza para que el agua no estropease el veneno que cubría sus puntas, ya que el upas es muy soluble, y se metió lentamente en el río.

Los disparos de espingarda retumbaban hacia el curso bajo; por consiguiente, el salvaje hijo de los bosques, magnífico nadador como todos sus compatriotas, no tenía más que confiarse a la corriente y mantenerse alejado de las orillas.

Afortunadamente, el Malludu tenía en aquel lugar más de trescientos metros de anchura y las flechas de los dayakos no podían herirle, pues el alcance de los sumpitan es inferior a los cuarenta o cincuenta metros. Se había puesto a nadar vigorosamente sin preocuparse demasiado de los posibles gaviales que pudiera haber en los alrededores. El islote estaba ante él.

Grupos de hombres vestidos como Yáñez y Kammamuri iban y venían entre los cañaverales y los matorrales que lo cubrían, sin demasiada prisa.

De vez en cuando se veía un resplandor y se elevaba una nube de humo.

Era una espingarda que continuaba sus disparos contra la orilla izquierda a intervalos casi regulares.

Nadando sumergido casi totalmente, el negrito había llegado ya a un centenar de pasos del islote cuando un malayo se puso a gritar:

— ¡Alarma!

La respuesta fue inmediata.

— ¡Tigre de Malasia! ¡Yáñez!

Al oír aquellos nombres, malayos y assameses se precipitaron hacia la orilla empuñando las carabinas.

— ¿Quién eres? —gritó Sapagar.

— ¡Tigre de Malasia y Yáñez, orang! —repitió el negrito, que nadaba vigorosamente.

Aquel orang fue una revelación para Sapagar. Habían comprendido en

seguida que el nadador hablaba la lengua dayaka y que probablemente no entendía la malaya, que conocían sólo los habitantes de las costas y sobre todo los dayakos lant, es decir, los dayakos de mar.

— ¡Sal! —le dijo, ya no en lengua malaya.

El negrito, que lo había comprendido ya perfectamente, llegó a la orilla con cuatro brazadas mientras una de las cuatro espingardas dispuestas frente al campamento lanzaba un huracán de clavos y balas contra los dayakos emboscados en los cañaverales para desviar su atención.

— ¿De dónde vienes? —preguntó Sapagar mientras todos los demás rodeaban al nadador.

En vez de contestar, el negrito se sacó de los labios el trozo de papel que le había dado Yáñez y se lo tendió. Sapagar lo leyó rápidamente, pues estaba escrito en lengua malaya, y lanzó un grito como de fiera herida.

—Amigos —gritó después—, nuestros jefes están encerrados en una caverna y corren el peligro de morir quemados vivos. Hay que pasar el río y hundir las líneas de los dayakos. ¡Tigres de Mompracem, salvemos al Tigre de Malasia y al Tigre blanco!

Un viejo malayo se adelantó. Era un superviviente de aquellos terribles piratas de Mompracem que habían hecho temblar al sultán de Varauni y a los ingleses de Labuán.

—Hay que cortar todos los árboles de esta isla y construir primero balsas para transportar las espingardas y las municiones —dijo—. Que veinte hombres despejen la orilla mientras los nadadores cruzan el río.

— ¡Así se habla, Karol! —exclamó Sapagar—. Ordenas como si fueras el Tigre de Malasia. ¡Rápido, amigos! Haremos una carnicería de dayakos.

Veinte malayos, con los parang en el puño, comenzaron a derribar furiosamente los árboles que encontraban mientras otros cortaban gran cantidad de rotang, que podían servir perfectamente como cuerdas.

Los assameses, en cambio, se habían colocado frente al cañaveral ocupado por los dayakos y disparaban para echarlos de allí, con gran desconcierto del negrito, que no había oído nunca tanto estruendo.

En menos de un cuarto de hora se habían acumulado en la orilla unos cuarenta troncos.

Los malayos, expertísimos marineros, los echaban al agua de cuatro en cuatro o de cinco en cinco y los ataban rápidamente, formando balsas muy sólidas en las que llevaban espingardas y cajas de municiones.

Aunque se habían perdido los praos, se había salvado todo lo que

contenían, y los asediados poseían, además de gran cantidad de alimentos, una buena provisión de municiones que habría podido envidiar el rajá blanco del lago.

Sapagar supervisaba el embarque, incitando con gritos y blasfemias a malayos y assameses, a pesar de que tanto los primeros como los segundos trabajaban con gran energía, sabiendo ya perfectamente que la vida de sus jefes dependía de su rapidez.

Finalmente se lanzaron al río dos balsas que llevaban las cuatro espingardas, que los malayos no querían abandonar de ninguna manera, una decena de cajas de municiones y víveres para unas semanas.

— ¡Mantened el fuego! —gritó Sapagar a los assameses—. Cruzaréis el río después de nosotros. ¡A mí, viejos y gloriosos tigres de Mompracem! ¡El gran jefe nos espera!

Treinta hombres entraron entonces en el río levantando las carabinas y las municiones para que no se mojaran y se pusieron a nadar velozmente hacia la orilla del Malludu mientras los assameses, divididos en dos grupos, mantenían un fuego muy intenso.

Diez o doce hombres empujaban las balsas, pues el lugarteniente del Tigre de Malasia contaba especialmente con las espingardas para barrer a los dayakos.

El paso del río se llevó a cabo felizmente. Los cazadores de cabezas, alcanzados por las descargas incesantes de los assameses, habían abandonado los cañaverales, refugiándose en los bosques.

Ya habían comprendido que sus sumpitan, aunque cargadas con flechas envenenadas, no podían competir con aquellas armas de fuego que lanzaban sus proyectiles a mil doscientos y hasta a mil quinientos metros de distancia.

Una vez llegados a la orilla, los malayos desembarcaron rápidamente las espingardas, las municiones y los víveres y, para que los dayakos comprendieran que estaban dispuestos a presentar batalla, efectuaron tres o cuatro disparos contra el borde de la selva.

Los assameses, seguros ya de que no los molestarían, se habían echado al agua también.

Acostumbrados a cruzar los ríos gigantes de su país, no les resultaba nada difícil pasar el Malludu, que no es más que un riachuelo comparado con el Ganges y el Brahmaputra.

Las balsas habían llegado ya y las cuatro espingardas, montadas sobre trípodes, se habían dispuesto inmediatamente en batería para cubrir de metralla a los asaltantes en caso de que intentaran un contraataque, pero nadie

había ofrecido resistencia.

Las armas de fuego habían vencido en seguida a las sumpitan, a pesar de que éstas tenían flechas envenenadas mucho más temibles que las balas de plomo.

Sapagar había abordado al negrito, que había sido uno de los primeros en llegar.

— ¿Dónde está la caverna? —le había preguntado de forma un poco brusca.

—Tendremos que cruzar la gran selva.

— ¿Cuándo podremos llegar?

—Antes de que el sol haya llegado a la mitad de su recorrido.

— ¿Puedes guiarnos?

—Soy un hombre de los bosques.

—Marcha detrás de la primera fila de mis hombres.

Después, alzando la voz, bramó:

— ¡Las espingardas a hombros! ¡Batid la selva! ¡Los malayos delante y los demás a la retaguardia! ¡Cargad! ¡Rechazad el asalto!

Comenzaban a llegar flechas, pero sin tocar a la nutrida vanguardia de malayos.

Los dayakos, impotentes para resistir, se retiraban, no sin intentar cortar el paso.

Cuatro descargas, disparadas por veinte hombres, barrieron el borde de la selva, causando sin duda grandes bajas entre los feroces cazadores de cabezas; después los malayos, que formaban la vanguardia, se lanzaron al ataque empuñando los parang.

Fue una carga completamente inútil. Los dayakos, sorprendidos por aquella carga furiosa, y asustados por los mortales efectos de las espingardas y de las carabinas, escapaban por todas partes, refugiándose de matorral en matorral.

Algún grupo, apoyado firmemente en la densa maleza, trataba de vez en cuando de ofrecer resistencia al avance de los malayos, que seguían marchando a la cabeza de la columna, pero a las primeras descargas se dispersaba con gran rapidez.

Poco tenían que envidiarles en cuestión de velocidad los conejos y liebres salvajes.

Mientras tanto la columna continuaba avanzando a paso de carrera. El negrito señalaba el camino sin equivocarse en la orientación.

—Adelante, orang —decía constantemente a Sapagar—. Tus amigos están en peligro.

Y el lugarteniente del Tigre de Malasia no dejaba de gritar a sus hombres:

— ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Despejad el bosque! ¡Los jefes nos esperan!

Los dayakos no resistían ya. Continuaban huyendo por la selva, aullando como locos pero sin detenerse, para que no les diezmaran las carabinas.

Por otra parte, los malayos no escatimaban municiones, y tampoco los assameses. Cuando el terreno lo permitía, los bravos súbditos del rajá de Assam colocaban en batería las espingardas y cubrían de clavos y balas la selva, haciendo salir a los dayakos que trataban de ocultarse.

Aquella carrera furiosa guiada por el negrito, que parecía haberse acostumbrado ya al estruendo infernal de las armas de fuego, duró un par de horas y después se detuvo bruscamente. La columna había llegado ante una abertura cubierta por densos matorrales, sobre los que ondeaban grandes nubes de vapor.

— ¡Están allí dentro! —dijo el negrito a Sapagar, que estaba a su lado.

— ¿Quién? ¿El Tigre de Malasia y Yáñez?

—Sí, orang.

— ¿Se están quemando entonces?

—No lo sé —contestó el negrito.

En aquel momento cayó sobre los malayos, que seguían en cabeza, una descarga de flechas, pero sin alcanzarlos.

Por la colina bajaba una turba de hombres semidesnudos empuñando kampilang y parang.

Sapagar lanzó un grito:

— ¡Atención al ataque!

Después añadió:

— ¡Nuestros jefes están allí dentro y quizás se están quemando! ¡Adelante los tigres de Mompracem por el Tigre de Malasia y los assameses por el señor Yáñez! ¡Las espingardas en batería! ¡A la carga!

Doscientos o trescientos dayakos se precipitaban colina abajo con los parang y los kampilang levantados, creyendo que podrían dar cuenta

fácilmente de aquellos hombres.

Cuatro ráfagas de metralla disparadas por las espingardas, colocadas en batería con maravillosa rapidez, detuvieron su ímpetu. Eran clavos y balas que se metían bajo la piel, produciendo heridas ciertamente muy dolorosas, si no mortales.

Las primeras líneas vacilaron y se detuvieron un momento; después se dispersaron hacia ambos lados refugiándose tras los matorrales.

— ¡Fuego con las carabinas! —bramó Sapagar, viendo que el grueso continuaba la carrera—. ¡Fuego a discreción! ¡Disparad y preparaos para cargar! ¡Barramos a estos canallas y salvemos a nuestros jefes!

Una descarga terrible batió de flanco a los dayakos, derribando a varias docenas.

Entre los asaltantes se produjo una nueva tregua. Habían llegado ya a la base de la colina, casi ante la entrada de la caverna, pero no se atrevían a continuar el asalto.

Aquellas dos filas de hombres, sólidas como dos barras de hierro, que disparaban con una calma extraordinaria, sin dar un paso atrás y sin dejarse asustar por los horribles clamores, habían impresionado a todos.

Aquella segunda pausa fue fatal, pues los hombres encargados de las espingardas habían tenido tiempo de recargar las grandes armas.

Otra descarga de metralla cayó, casi a quemarropa, sobre los asaltantes, aniquilando la segunda línea y derribando varias docenas más de hombres.

— ¡Empuñad los parang! —gritó Sapagar—. ¡A la carga, amigos!

Los sesenta hombres se lanzaron como uno solo a la carga profiriendo temibles rugidos.

Los malayos empuñaban los pesados sables bornéanos y los assameses los cortos y afiladísimos tarwar de su país, más ligeros pero no menos temibles, en un combate cuerpo a cuerpo.

Fue una carga espantosa, terrible, irresistible. Los sesenta hombres entraron como una cuña de hierro en medio de la masa de los dayakos, lanzando tajos a diestro y siniestro, mientras las cuatro espingardas, servidas por sólo cuatro artilleros, batían las alas con un último disparo.

Los feroces cazadores de cabezas, no pudiendo resistir un ataque así, se dispersaron por completo, escapando por todas partes.

No ofrecían ya ninguna resistencia. Se lanzaban como locos hacia los matorrales o la selva, en pequeños grupos.

La derrota era completa.

— ¿Dónde están los orang? —preguntó Sapagar al negrito, mientras los malayos y assameses reanudaban el fuego con las carabinas y las espingardas para evitar un retorno ofensivo.

—En la caverna —contestó el hijo de las selvas.

—Pero allí está el fuego.

—Y también los orang están dentro.

— ¡Ah, infelices! —gritó Sapagar—. ¿Cómo arrancarlos de ese mar de fuego?

—Hay un paso en la colina que tendríamos que ensanchar a golpes de kampilang.

— ¡Llévanos en seguida! Tal vez podamos llegar a tiempo... ¡A mí veinte hombres! ¡Que los otros continúen disparando! ¡Salvemos a los jefes!

Veinte malayos se estrecharon a su alrededor mientras los demás, apoyados vigorosamente por los assameses, lanzaban contra los matorrales una lluvia de balas.

Los dayakos, aunque completamente derrotados, no habían renunciado del todo a la lucha y trataban de reorganizarse, incitados ciertamente por el griego, por Nasumbata y por el ex chitmudgar de Yáñez.

Pero los disparos de espingarda menguaban fácilmente sus filas.

Cada vez que se presentaba un fuerte grupo lo dispersaba una andanada de clavos y balas.

Sapagar, el negrito y los veinte malayos, protegidos por el fuego intensísimo de sus compañeros, escalaron rápidamente las rocas. El depósito de nafta estaba en llamas, y un torrente de líquido ardiendo continuaba cayendo por el agujero abierto en el techo de la caverna.

Los dayakos, bajo la dirección del griego, habían excavado un canal y la materia incendiada caía por allí.

Densas nubes de vapores pestilentes envolvían la cima de la colina.

Los malayos cruzaron rápidamente aquella barrera asfixiante, tapándose la nariz y conteniendo la respiración, y llegaron ante la abertura por la que había escapado el negrito.

Se oyó en seguida una débil voz:

— ¡A nosotros, tigres de Mompracem!

Sapagar lanzó un grito de alegría.

— ¡El capitán!

Por el orificio sobresalía una cabeza: era Sandokán, que se esforzaba sin éxito por pasar.

— ¡Ah, señor! —gritó Sapagar.

— ¡Pronto, amigo! —dijo el Tigre de Malasia—. El fuego nos alcanza y mis compañeros se han desvanecido.

—Retírate, señor, resiste unos minutos... ¡Compañeros, ensanchemos este agujero!

Veinte parang, enérgicamente manejados, atacaron la roca, haciendo saltar montones de esquirlas.

El temor de ver morir a su jefe, al que querían como a una divinidad del mar, centuplicaba las fuerzas de los veinte hombres.

Dos minutos bastaron para que los sables ensancharan considerablemente la abertura.

Sapagar metió por ella los brazos y sacó a Sandokán, medio asfixiado ya.

—Ahora los otros —dijo el pirata después de aspirar una larga bocanada de aire puro.

Cuatro malayos pasaron de uno en uno por el agujero y saltaron a la roca.

Yáñez, Tremal-Naik y Kammamuri yacían uno sobre otro, desvanecidos ya.

Toda la caverna estaba en llamas. Resplandores azulados la iluminaban de un extremo a otro y nubes de humo asfixiante se elevaban hacia el techo, haciendo irrespirable el aire.

La nafta había llegado a las paredes y el azufre se fundía como si fuese mantequilla.

Las rocas crujían y se calcinaban, produciendo un calor espantoso que aumentaba por momentos. La caverna se había transformado en una especie de volcán donde se fundía el azufre, la nafta y las piedras.

Los cuatro malayos sacaron primero a Yáñez, después a Tremal-Naik y finalmente a Kammamuri, apresurándose después a escapar a su vez, pues la mezcla ardiente había llegado ya a la base de la roca.

Sapagar hizo que colocaran a los tres hombres sobre la hierba, le tomó a un malayo una cantimplora que contenía todavía unos sorbos de bram, un licor muy fuerte obtenido por fermentación del arroz y mezclado con azúcar y el

jugo de algunas palmeras viníferas, y vertió unas gotas en sus gargantas.

El efecto fue inmediato. Yáñez, antes que los demás, tosió ruidosamente, estornudó y después abrió los ojos diciendo:

— ¡Por Júpiter! ¿Me quieren asfixiar?

—Te están salvando, Yáñez —dijo Sandokán, que se había levantado ya.

— ¡Vaya, creía estar ya muerto! ¿De dónde han salido estos malayos?

—Son mis hombres.

— ¿Y mis assameses?

—Combaten frente a la colina, señor Yáñez —respondió Sapagar.

— ¿Sin mí?

—Déjame a mí, Yáñez —dijo Sandokán, que había recogido la carabina y desenfundado la cimitarra—. Tú descansa un momento: ya me encargo yo de darles una terrible lección a los dayakos. Que se queden diez hombres protegiendo a mis amigos. ¡A mí, Sapagar! ¡No veo más que sangre!

Las facciones alteradas del jefe de los tigres de Mompracem denotaban una cólera terrible. Los dayakos tenían mucho que temer de una carga de aquel hombre formidable.

El combate no había cesado todavía. Los dayakos, aunque derrotados continuamente y ya más que diezmados, continuaban resistiendo en los espesos matorrales que rodeaban la caverna incendiada con terrible saña.

Esos guerreros son los más valerosos de los que viven en las grandes islas de Malasia y tienen un desprecio absoluto hacia la vida.

En cuanto cesaban las descargas salían de sus escondites para intentar furiosos contraataques, pero éstos abortaban en seguida ante las descargas de metralla de las espingardas y el fuego de las carabinas. Sandokán, seguido por Sapagar y por una decena de malayos, se había lanzado colina abajo gritando a los assameses:

— ¡A la carga, valientes! ¡Aniquilemos a estos canallas! Mientras las espingardas continuaban tronando formó rápidamente dos columnas de asalto y las condujo hasta los matorrales.

Fue una carga más espantosa que la primera.

Los dayakos, viendo lo que se les venía encima, no resistieron al choque y por tercera o cuarta vez se dispersaron como una manada de gacelas, refugiándose en las profundidades de la inmensa selva.

Sandokán iba a lanzarse tras ellos cuando, al pasar por un matorral, tropezó

con una especie de camilla formada por ramas y en la que yacía un hombre. Dejó escapar un grito de furor:

— ¡Nasumbata! ¡Ah, perro!

Había levantado ya la cimitarra para partirle el cráneo al traidor, que lo miraba con gran miedo, con ojos extraordinariamente dilatados, pero no dejó caer el golpe.

—No —dijo—, la muerte sería demasiado dulce.

Y dirigiéndose a Sapagar, que llegaba a la cabeza de un grupo de assameses, añadió:

—Hazte cargo de este hombre y encárgate de que lo lleven a la colina. He de decirle cuatro palabras a este traidor antes de echarlo al depósito de la nafta. ¡Retiraos, amigos! ¡Tomemos posiciones encima de la caverna!

4. El poblado de los negritos

El combate había terminado ya y probablemente no se reanudaría.

Los dayakos, completamente derrotados por los disparos de espingarda, las descargas incesantes de las carabinas y la última carga guiada por Sandokán, habían renunciado ya a intentar contraataques contra los demonios de Mompracem y los montañeses que Yáñez había traído de la India, hombres tan resistentes como los demás a pesar de su delgadez y de su aspecto no demasiado aguerrido.

Las dos columnas, tras asegurarse bien de que entre los matorrales no había más que cadáveres, se habían batido rápidamente en retirada para ayudar a los hombres encargados de las espingardas.

Los dayakos debían haber abandonado, al menos por el momento, la empresa, que, evidentemente, consideraban muy superior a sus fuerzas y también a su valor.

Cuando Sandokán llegó al orificio, del que salían ya densas nubes de humo pestilente, encontró a Yáñez de pie sobre una alta roca, con las manos en los bolsillos y el cigarrillo entre los labios.

— ¡Qué paliza! —exclamó el portugués, después de lanzar una bocanada de humo—. Me he divertido mucho viendo escapar a esos bribones dayakos. Se baten maravillosamente también mis assameses y compiten muy bien con tus malayos. Surama se alegrará cuando le diga que sus súbditos han hecho proezas también en las selvas de Borneo.

— ¡Eres incorregible! —respondió Sandokán riendo—. Acabas de escapar a la muerte y estás ya dispuesto a bromear...

—Ya no recuerdo haber estado en esa sima infernal, hermanito. El humo de este excelente cigarrillo, perfectamente secado por ese espantoso calor, me ha hecho olvidarlo todo. ¿Se habrán ido realmente los dayakos?

—Creo que por ahora no tienen ninguna intención de volver. Hay más de cincuenta muertos entre los matorrales y todos bien rellenos de clavos y balas. Con nuestras cuatro espingardas haremos maravillas en las orillas del Kin-Ballu.

— ¿Y el griego?

—Nadie lo ha visto.

—Y, sin embargo, debía de estar con ellos.

—Lo sabremos en seguida. Hay una persona que nos lo va a decir.

— ¿Quién?

—Nasumbata.

— ¿El traidor que había desaparecido con mi chitmudgar? —preguntó Yáñez con gran estupor—. ¿No había saltado junto con mi yate?

—Parece ser que no, pues lo he pescado aún vivo entre la maleza.

—Ah, maldito bribón... ¿Está aquí?

—Lo traerán dentro de un momento.

— ¿Tiene aún la pierna rota?

—Si la tuviese sana no se habría quedado para que le atrapáramos. ¡Ahora llega! ¡Nos divertiremos!

Los malayos y assameses habían ocupado ya la colina, colocando en batería las cuatro espingardas y mandando pequeñas vanguardias por los lados de la caverna ardiente.

Su primer acto había sido obstruir el canal que llevaba del depósito de nafta al agujero abierto por los dayakos, para que el techo de la gran caverna no se calcinase por completo y acabase derrumbándose bajo sus pies; después los malayos, maestros en cuestión de construcciones pequeñas y ligeras, habían montado con hojas, ramas y bastones una docena de cómodos attap para que sus compañeros de armas y sus jefes se protegieran de los implacables rayos del sol.

Mientras tanto, cuatro hombres habían transportado a Nasumbata, después de atarlo firmemente, pues, aunque tenía la pierna herida, no se fiaban ya de

aquel bribón.

—Ah, aquí está nuestro amigo —dijo Yáñez al verlo—. ¿Cómo está la pierna, viejo malandrín?

El traidor no contestó. Sus facciones estaban alteradas por un terror indescriptible, los ojos dilatados y los cabellos erizados.

Un temblor fortísimo sacudía de vez en cuando sus miembros y las cuerdas vegetales que lo ataban.

Tremal-Naik y Kammamuri se habían acercado también.

—A este canalla le debemos nuestra media cocción —dijo el primero.

—A él, en cambio, lo coceremos por completo —observó el segundo—. Me encargo de tirarlo al azufre hirviendo. Haremos un apetitoso asado.

Nasumbata miró con miedo al feroz maharata y sus dientes rechinaron lúgubrementemente. Sandokán se dirigió a los cuatro malayos que habían transportado hasta allí la camilla, diciendo:

—Vamos bajo un attap. Ya hemos tenido bastante calor, y no queremos experimentar ahora las quemaduras del sol.

—En efecto —dijo Yáñez—, preferiría una bañera llena de agua helada. Es una pena que no esté aún en mi palacio de rajá.

Los malayos volvieron a levantar la camilla y transportaron al traidor bajo un amplio techado, improvisado con unos pocos bastones y gran número de hojas de bambú, que medían cerca de seis metros de longitud por uno de anchura. Sandokán y sus compañeros los habían seguido, sentándose alrededor de la camilla sobre una densa capa de hojas muy frescas y perfumadas.

—Ahora, amigo, ya que he tenido la suerte de volverte a encontrar, hablemos —añadió, dirigiéndose a Nasumbata—. Hacía mucho tiempo que deseaba charlar contigo.

Se sacó de la faja el magnífico chibouk, se aseguró con mucha flema de que el tabaco estaba bien seco, lo cargó y aspiró unas cuantas bocanadas de humo sin perder de vista un instante la cara demacrada del traidor, como si experimentase gran alegría por su indescriptible terror.

Yáñez lo había imitado en seguida, encendiendo su segundo cigarrillo.

—Escúchame bien, Nasumbata —dijo Sandokán—; quizá puedas salvar todavía el pellejo, pero debes contestar a todas mis preguntas. Si vacilas un instante o me doy cuenta de que tratas todavía de engañarme haré que te echen a la caverna y te aseguro que no saldrás vivo de allí.

—Cuando haya hablado me matarás de todas formas —replicó el dayako

—. Por otra parte, no quiero negarte el derecho a hacerlo.

— ¡Canalla! —bramó Sandokán—. ¿Cuándo ha mentido el Tigre de Malasia?

—Pregúntame.

— ¿Quién conducía a los dayakos?

—Un hombre blanco.

— ¿Sabes su nombre?

—He oído que le llamaban Teo..., Teo...

—Teotokris, ¿verdad?

—Sí.

— ¿Quién le llamaba así?

—Un indio que estaba a bordo del yate.

— ¡Mi chitmudgar! —gritó Yáñez.

—No sé lo que quieres decir. Sólo sé que aquellos dos hombres, el indio y el blanco, eran amigos y se entendían perfectamente.

Sandokán miró a Yáñez, que parecía fulminado por aquella inesperada revelación.

—Ja, ja, hermano —le dijo con un ligero tono irónico—, parece que tus súbditos no son demasiado fieles.

— ¡Le arrancaré la piel, por Júpiter!

—Corres demasiado.

—Algún día lo encontraré, te lo aseguro.

— ¿Cómo puede ser que tú, que has sido siempre tan astuto y prudente, hayas ido a escoger como chitmudgar a un amigo del griego o del antiguo rajá de Assam? Me extraña muchísimo.

—No conocemos a fondo más que a dos indios —contestó Yáñez—. Tremal-Naik y el leal Kammamuri.

—Gracias por tu buena opinión —dijo el ex cazador de la jungla negra riendo.

—Reanudemos nuestra interesantísima conversación —dijo Sandokán dirigiéndose a Nasumbata—. ¿Así que el hombre blanco conducía a los dayakos?

—Sí.

— ¿Por qué no se ha dejado ver?

—Se mantenía siempre en la retaguardia.

— ¿Por qué?

—Tenía miedo de vosotros, mucho miedo.

— ¡Ah, bribón! No se atrevía a enfrentarse cara a cara con nosotros. ¿Y fue él quien hizo prender fuego a la nafta?

—Sí.

— ¿Y abrir el agujero?

—También.

— ¿Quería acabar con nosotros?

—Quemaros dentro de la caverna.

— ¡Perro! —exclamó Yáñez—. ¡Esos griegos son terribles en sus venganzas! Pero hay una cosa que aún no nos has aclarado, mi querido cojo. ¿Por qué escapaste y voló mi yate?

—El hombre blanco lo hizo estallar como una bomba —respondió Nasumbata.

— ¿Pero dónde estaba ese bribón? ¿Cómo llegó hasta aquí?

—En vuestro yate.

— ¿Estaba en mi yate? —gritó Yáñez.

—Estaba escondido bajo los camarotes de popa.

— ¡Por Júpiter! ¿Quién te lo ha dicho?

—El hombre blanco y también su amigo indio.

—Estabas en buena compañía, Yáñez —dijo Sandokán—. Yo en el lugar de Teotokris habría prendido fuego a la pólvora y habría volado el yate antes de que llegase a la bahía.

—Se ve que los griegos son más listos que tú, hermano —respondió el portugués—. No se sentía suficientemente fuerte para resistir a una explosión. Si saltaba yo debía saltar también él y más alto que yo, pues se encontraba más cerca de la santabárbara.

—Es cierto —reconoció Sandokán.

—Y ahora dime, Nasumbata, ¿dónde ha ido mi chitnudgar, o sea, el indio que acompañaba al hombre blanco?

—Se ha presentado ante el rajá del lago, acompañado por un jefe dayako.

— ¿Para qué? —preguntó Sandokán.

—Para advertirle de que un hombre blanco asumía el mando de sus tropas combatientes en las fronteras.

— ¡Ah, miserable! ¿Lo has vuelto a ver?

—No, el lago está lejos.

— ¿Obedecen los dayakos al hombre blanco?

—Los hombres que tienen un rostro pálido ejercen siempre gran autoridad sobre los hombres de color —respondió Nasumbata.

— ¿Y los dayakos lo han nombrado jefe en seguida?

—En seguida.

—Tú has estado otras veces en el lago. No lo niegues.

—No lo niego.

— ¿Tiene muchos guerreros el rajá?

—Eso dicen.

— ¿Posee muchas armas de fuego?

—Muchos kampilang y muchas sumpitan.

— ¿Y mirim o lilá?

—Nunca he visto esas grandes armas de fuego.

— ¡Ah, entonces nos veremos las caras! —respondió Sandokán.

Aspiró otras tres o cuatro bocanadas y después dijo:

—Creo, Nasumbata, que has nacido realmente bajo una buena estrella. Otro hombre en tu lugar, caído en mis manos, ya no estaría vivo. Había decidido echarte en el azufre de la caverna y ahora te concedo la vida. Pero ten en cuenta, Nasumbata, que yo no soy hombre que la conceda dos veces, y tú lo sabes. El Tigre de Malasia ha derrochado a veces vidas humanas cuando sus guerreros no merecían vivir... ¿Has visto al rajá?

—Sí, hace seis meses.

— ¿Un buen dayako no se equivoca nunca de camino?

—Nunca.

—Me llevarás al lago: ése es el precio de tu vida. Si no aceptas haré que te echen a la caverna, y en un minuto no habrá quedado ni un hueso de tu esqueleto.

—Haré lo que quieras, señor. He cometido la equivocación de dejarme engañar por las promesas de aquellos dos hombres blancos y del indio.

—Está bien. ¿Crees que los dayakos nos tenderán otra emboscada?

—Sé que el rajá del lago ha dado órdenes a todos sus guerreros de empuñar las armas y cortarte el paso, dándoles a entender que eres el cazador de cabezas más famoso de toda la isla. En tu avance encontrarás sin duda sorpresas poco agradables.

— ¡De eso me encargo yo! —observó Sandokán.

Había dirigido la mirada hacia un rincón del attap y había visto al negrito, que había asistido, completamente olvidado, al coloquio.

—Ven, buen hombre —le dijo—. ¿Dónde se encuentra tu poblado?

—En el camino que conduce al lago, orang —respondió el pigmeo.

—Me han dicho que eres un jefe.

—Mandaba una pequeña tribu.

— ¿Está lejos?

El negrito meditó un momento, se miró los dedos, contó una y otra vez y después hizo un gesto de impaciencia.

—No lo sé —dijo—, pero llegaremos pronto.

— ¿Conoces el camino?

—Nosotros sabemos siempre qué camino hemos de tomar.

— ¿Nos conducirás a tu poblado?

—Sí, orang.

Yáñez llamó a uno de los cuatro malayos que habían llevado a Nasumbata hasta el attap y que se habían quedado fuera de guardia.

— ¿Habéis salvado las reservas de municiones? —le preguntó.

—Sí, capitán. Tenemos dos cajas de armas de fuego.

—Bien, dame tu carabina.

En cuanto la tuvo en sus manos, Sandokán se la tendió al negrito, diciéndole:

—Esta es un arma que vale más que todas las sumpitan de los dayakos porque mata a gran distancia. Mis hombres te enseñarán a utilizarla. Eres un valiente, te lo dice un tuan-uropa.

—Eres grande, orang —respondió el negrito con voz conmovida—.

Cuando quieras mi cabeza no ofreceré resistencia.

— ¡No sabría qué hacer con cabezas! —dijo Sandokán estallando en una carcajada—. No soy un coleccionista empedernido como esos bribones de dayakos. Consévala sobre tu cuello tanto tiempo como puedas.

Era mediodía, la hora de la comida.

Sapagar, que conocía perfectamente las costumbres de su terrible señor, había mandado a algunos malayos a las selvas cercanas, apoyados por una fuerte escolta de assameses, para que volvieran con abundante fruta, pues a aquella hora tan calurosa no se podía contar con caza.

Sandokán, Yáñez y sus dos compañeros, ya muy sobrios por naturaleza, acogieron bien los durion, los pombo, las bananas y los mangos, y después, tras charlar un rato y recomendar a los malayos que estaban de guardia que no perdiesen de vista un solo momento a Nasumbata, se tumbaron sobre los suaves y perfumados lechos de hojas. Habían decidido ya no ponerse en marcha hasta que atardeciese, entre otras cosas para evitar un nuevo ataque por parte de los dayakos, cosa que no era improbable considerando que los mandaba el griego.

El día pasó sin ninguna señal de alarma.

Los salvajes cazadores de cabezas, plenamente derrotados, debían haberse alejado para preparar quizás en la inmensa selva alguna nueva emboscada.

En cuanto se hubo ocultado el sol, los malayos y los assameses despejaron la colina para comenzar el avance hacia el lago.

La gran caverna ardía todavía con gran furia, secando rápidamente las hierbas y plantas que crecían en la colina.

Por los dos orificios y la entrada de la caverna salían masas pestilentes de vapor que silbaban siniestramente.

En el interior se oían de vez en cuando estruendos formidables, como si las paredes, calcinadas por el azufre, se derrumbaran.

Sapagar había organizado una fuerte vanguardia formada por una veintena de hombres entre malayos y assameses y apoyada por dos espingardas, ya muy temidas por los dayakos a causa de los huracanes de clavos que lanzaban.

El negrito, que había asegurado que conocía perfectamente la gran selva, iba con ellos.

Los otros seguían en dos filas indias, llevando las municiones, las armas de recambio, las otras dos espingardas y a Nasumbata, cuya pierna no estaba aún curada.

Sandokán y sus amigos precedían a las dos columnas, detrás de la vanguardia, fumando tranquilamente y charlando con animación.

Acostumbrados a todas las aventuras, habían olvidado ya el terrible momento pasado en la caverna ardiente.

La selva era muy densa y enmarañada. Eran sobre todo el rotang y las demás plantas parásitas las que, unidas a las enormes raíces que salían del suelo, hacían difícil la marcha. Los veinte parang de la vanguardia no permanecían inactivos ni un instante y cortaban rabiosamente todos los obstáculos, que podían facilitar también magníficas emboscadas a los dayakos, más acostumbrados a éstas que a combatir en campo abierto.

A medianoche, cuando la luna iluminaba majestuosamente la gran selva, la columna se detuvo a descansar en un pequeño claro tras mandar centinelas en varias direcciones para prevenir algún posible ataque.

Sin embargo, no turbaron el descanso ni los enemigos ni las fieras, aunque se habían oído a no mucha distancia los rugidos de los tigres malayos, tan peligrosos y astutos como los indios, y los roncos gruñidos de alguna pantera negra.

—Esta calma me inquieta más que una descarga de carabinas —dijo Yáñez a Sandokán en el momento en que la columna se preparaba para reanudar la marcha—. Me parece imposible que el griego haya renunciado tan pronto a atormentarnos y que los dayakos, a los que tanto les gustan las emboscadas, hayan abandonado definitivamente la gran selva.

—Yo estoy completamente seguro de que nos siguen —respondió el Tigre de Malasia—. Ya verás como antes o después nos los encontraremos. El rajá del lago tiene mucho interés en detenernos antes de que lleguemos a las fronteras de su reino. Quizá no todas, las tribus le son leales, y alguna o muchas podrían acordarse de mi padre, su antiguo rajá, y de mí.

— ¿Esperas una insurrección?

—Por ahora no cuento más que con nuestros hombres y nuestras armas. Ya veremos lo que ocurre cuando grite a la cara de los dayakos del lago: «Venid a combatir contra el hijo de Kaidangan si os atrevéis». Espero que no hayan olvidado todavía el nombre de mi padre.

— ¿Sucederá lo que ha sucedido en Assam?

—Eso espero —respondió Sandokán con voz preocupada—. Pero yo seré menos generoso que tú y que Surama, pues no dejaré sobre sus hombros la cabeza del hombre que destruyó a mi familia y me robó el reino.

—No quisiera encontrarme en el pellejo de ese pobre rajá.

—Sabes que aquí las venganzas son terribles.

— ¡Claro! ¡Estamos en el país de los cortadores de cabezas!

La columna se había puesto de nuevo en marcha, abriéndose un surco profundo en la interminable selva.

Avanzaba siempre en el mismo orden: veinte hombres delante, apoyados por dos espingardas, y los demás detrás, en dos filas, con las carabinas montadas, preparados para responder a cualquier ataque y ametrallar a hombres y árboles juntos.

La selva parecía haberse despertado inesperadamente. Bajo las bóvedas que formaba la maleza se oían mil extraños ruidos.

Animales que no se podían distinguir bien, ya que la luna se había ocultado, huían velozmente ante la vanguardia, quebrando ruidosamente las ramas; más lejos las ranas croaban desgañitándose, y resonaban los lúgubres y temibles rugidos de los tigres en busca de presa o los silbidos chillones de los rinocerontes.

Pero la columna continuaba tranquilamente su marcha, sin impresionarse por la presencia de todas aquellas fieras.

Sólo los dayakos la preocupaban un poco, pues era probable que hubieran preparado alguna emboscada para detenerla. Aquellos temores no eran infundados. Hacía dos horas que caminaba, cortando plantas, cuando el negrito que la conducía se detuvo bruscamente, gritando:

— ¡Quietos todos! ¡Que nadie dé un paso!

Yáñez y Sandokán, viendo detenerse a la vanguardia, habían avanzado en seguida.

— ¿Qué pasa? —preguntó el primero.

—Los dayakos han pasado por aquí y han cavado una trampa —respondió el hijo de las selvas.

— ¡Una trampa!

—No pongas el pie sobre esta porción de terreno, orang. Debajo hay un hueco.

— ¿Cómo lo sabes?

El negrito, en vez de responder, tomó una gruesa rama que yacía a su lado, arrancada probablemente por algún impetuoso golpe de viento, y la lanzó contra el suelo.

Este se desgarró y la rama desapareció en una profunda zanja.

— ¿Has visto, orang? —preguntó el negrito con una sonrisa de triunfo.

—Era la boca del lobo —dijo Yáñez—. ¿Crees que la han cavado para nosotros o para que caiga algún búfalo o algún rinoceronte?

El negrito se agachó, arrancó algunas de las cañas que se habían colocado sobre la zanja para que disimulasen la trampa y mordió una sin limpiar siquiera la tierra que la envolvía en parte.

—Caña fresca —observó—. La han preparado hace poco, y no cabe duda de que han sido los dayakos.

— ¿Habrán adivinado esos bribones nuestra dirección? —se preguntó Sandokán, que parecía bastante preocupado.

— ¿Estás completamente seguro, amigo —inquirió Yáñez—, de que esta trampa la han preparado los dayakos para que cayésemos en ella?

—Necesitaría una antorcha —respondió el negrito.

— ¡Sapagar! —gritó Sandokán—. Búscanos una rama resinosa y enciéndela inmediatamente.

El lugarteniente mandó diez o doce hombres en varias direcciones y unos minutos después se presentó llevando unas ramas que ardían quizá mejor que una antorcha.

—Aquí está, capitán —dijo.

El negrito las tomó, se arrastró con precaución hasta el borde de la trampa, tanteando con una mano el terreno por miedo de que hubiese enterradas puntas de flecha envenenadas con upas o con cetting, y después miró al fondo.

— ¿Qué? —preguntó Yáñez.

—No han plantado más que un palo —respondió el negrito.

— ¿Qué quieres decir?

—Que es una trampa preparada para caza mayor y no para hombres. No deben de haber sido los dayakos los que la han cavado.

— ¿Quién, entonces?

—Quizá mis compatriotas —dijo el negrito—. Ya no estamos muy lejos del poblado.

— ¿Podemos, pues, reanudar la marcha? —preguntó Sandokán.

—Sí, orang.

— ¿Cuándo podremos llegar a tu poblado?

El negrito miró las estrellas, meditó unos instantes y respondió:

—Antes de que salga el sol.

— ¡Adelante! —mandó el Tigre de Malasia a sus hombres, que vigilaban atentamente los dos bordes de la selva, manteniendo un dedo en el gatillo de las carabinas.

—La columna se puso en marcha por tercera vez, siempre en el mismo orden. Sandokán y Yáñez se habían colocado ahora a la cabeza de la columna a pesar de las ardientes advertencias de Sapagar, que temía que cayese sobre sus jefes una nube de flechas envenenadas.

Pero vigilaba el negrito, un hombre que, acostumbrado a vivir en la selva y siempre alerta, valía más que un perro de guardia.

Comenzaban a difundirse por el cielo los primeros reflejos del alba cuando el hijo de las selvas se detuvo bruscamente, tomó el angilung, que no había abandonado, y lanzó unas notas agudísimas.

— ¿Qué haces? —le preguntó Yáñez, siempre desconfiado.

—Hemos llegado a mi poblado, orang —respondió el hombrecillo—, y despierto a mis súbditos. Mira allí arriba, en aquellos árboles: ¿los ves?

5. Los sargentos instructores

Los negritos de Bornee, como los de Filipinas, de las Célebes, de Palaván y de otras grandes islas del mar sino-malayo, conscientes de su debilidad para ofrecer una resistencia adecuada a sus enemigos, que parecen experimentar una verdadera satisfacción exterminándolos, como si fueran espíritus maléficos, no construyen en el suelo sus poblados.

Con el fin de prevenir imprevistos asaltos y carnicerías prefieren, con razón, formar sobre plantas altísimas sólidas plataformas y levantar sobre éstas refugios que no se pueden llamar siquiera cabañas, pues no son más que unos simples techados abiertos a todos los vientos y a las furiosas lluvias que de vez en cuando, aunque a largos intervalos, caen sobre aquellas regiones ecuatoriales e intertropicales.

Por supuesto, esas pintorescas construcciones, que curiosamente se encuentran también a orillas del Orinoco, uno de los ríos gigantes de Sudamérica, no los protegen completamente de sorpresas desagradables, pues los feroces coleccionistas de cabezas humanas de vez en cuando talan o incendian la selva, y entonces no queda nada de los poblados aéreos. Lo que no es obstáculo para encontrar luego los cráneos de sus desgraciados pobladores, más o menos intactos, y los dayakos no piden más, pues no son

como los neozelandeses, que ponían gran cuidado en conservar incluso las facciones de los enemigos vencidos.

El poblado aéreo del negrito se componía de media docena de inmensas plataformas y unos cincuenta techados formados por ramas entrelazadas y gigantescas hojas de banano y de arenga saccharifera.

Al oír las notas estridentes del angilung, varios hombres de piel negra y cabello crespo habían aparecido por los bordes de las plataformas empuñando lanzas cortas y cerbatanas, preparados para defenderse. Viendo a su jefe, al que creían perdido, lanzaron un alarido de alegría que encontró eco bajo los techados.

—Subid, orang —dijo el hijo de las selvas, dirigiéndose a Yáñez y Sandokán—, le debo la vida a uno de vuestros hombres y en mi poblado tendréis todo lo que poseen mis súbditos.

Desde lo alto de las plataformas habían echado una especie de escalera formada por fortísimos rotang.

El negrito se encaramó primero con una agilidad de mono, seguido inmediatamente por Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik.

En cambio, los malayos y assameses, para no congestionar el poblado, habían improvisado en seguida un pequeño campamento bajo los enormes árboles que sostenían las plataformas, colocando ante todo las espingardas en los cuatro lados de la maleza que rodeaba al poblado.

—Preferiría una cabaña en tierra —dijo Yáñez a Sandokán, que le precedía—. No sé cómo estaremos allí arriba.

—Realmente no son muy cómodos —respondió el Tigre de Malasia—. Conozco los poblados de los negritos y sobre todo los suelos de sus techados. Procura no romperte las piernas. Nosotros llevamos botas, mientras que estos hijos de las selvas no las han conocido nunca y poseen la agilidad de los monos.

Sandokán estaba en lo cierto, pues cuando Yáñez puso los pies sobre la primera plataforma se detuvo muy sorprendido, lanzando cuatro o cinco maldiciones a su Júpiter. Las plataformas no estaban cubiertas por tablas, como parecía. La estructura era muy robusta y estaba apoyada firmemente en sólidas ramas, pero el suelo estaba formado por bambúes colocados a la distancia de medio pie, o tal vez más, entre uno y otro.

— ¡Por Júpiter! —exclamó Yáñez—. Es una verdadera trampa en la que se corre el peligro de romperse las piernas, como has dicho. Estos salvajes cuando quieren pasear se ven obligados a hacer una gimnasia infernal.

—Están acostumbrados a ello —respondió el Tigre de Malasia.

— ¡Pero si llevasen zapatos! Desgraciadamente en este país no se conocen.

—No harían fortuna los zapateros.

—No me cabe la menor duda.

— ¿Empezamos a saltar?

—Saltemos —respondió Yáñez, que hacía unos momentos que olfateaba, con cierto agrado, un olor exquisito que salía de uno de los techados lleno de mujeres atareadas.

Iba a comenzar su gimnasia cuando vio a varios negritos que llegaban con grandes tablas. Sin duda habían comprendido la dificultad de sus invitados y se apresuraban a colocar puentes para hacerles menos cansado el avance por las grandes plataformas.

— ¡Vaya! —exclamó Yáñez—. ¡Qué amables son estos salvajes...!

—No sigas llamándoles salvajes —le dijo Tremal-Naik riendo.

—Tienes razón, amigo.

Pasaron por los puentes y llegaron a uno de los primeros techados, donde se encontraba el negrito rodeado por algunos hombres de baja estatura, casi desnudos y con extraños tatuajes en sus cuerpos: eran los notables o los guerreros más famosos de la tribu.

Cubrían los bambúes esteras muy gruesas formadas por nervaduras de arengas saccharifera para no exponer a los aventureros a alguna grave caída.

El negrito ofreció ante todo a sus nuevos amigos, en rudimentarias tazas de arcilla cocida, el kalapa, bebida refrescante que se encuentra dentro de los cocos; después cuatro mujeres trajeron un jabalí cocinado entero mientras unos muchachos ofrecían cazos llenos de laron, las larvas de las termitas, y de ud-ang, una mezcla repugnante de pequeños crustáceos secados y pulverizados junto con peces dejados antes al sol para que fermenten y se pudran, pese a lo cual es apreciada por los gourmets de Borneo, ya sean malayos, dayakos o negritos.

—Mi tribu os ofrece, orang, lo mejor que posee —dijo el negrito.

— ¿Y nuestros hombres? —preguntó Yáñez.

—He hecho que asen para ellos dos babirusas capturadas ayer por la mañana —respondió el jefe—. No pasarán hambre.

— ¿Y tu tribu?

—Por hoy se conformará con frutas de la selva. No te preocupes, orang, y come.

Los tres aventureros, que hacía unas treinta horas que no comían, no se hicieron rogar y festejaron el jabalí asado, regándolo con no pocas tazas de excelente bram, licor fortísimo extraído del arroz fermentado y del jugo de ciertas palmeras, que se parece bastante al sam-sciù de los chinos. En cambio, los notables o guerreros célebres, o lo que fuesen, habían empezado a comer las larvas de termitas y el ud-ang que Yáñez, Sandokán y Tremal-Naik habían descartado inmediatamente.

Habían terminado la comida y comenzaban a humear las pipas y los cigarrillos cuando Yáñez, que parecía atormentado por un pensamiento, se dio una fuerte palmada en la frente diciendo:

— ¡Tengo una idea!

Sandokán y Tremal-Naik se habían vuelto hacia él, interrogándolo con la mirada.

—Sí, una idea —repitió el portugués.

—Si ha nacido en tu cerebro debe de ser muy buena —dijo el Tigre de Malasia—. Tu cerebro ha sido siempre fertilísimo en hallazgos extraordinarios. Explícate.

En vez de contestar, Yáñez se dirigió al negrito, preguntándole:

— ¿De cuántos guerreros dispone tu tribu?

—De unos cuarenta, orang. Los cazadores de cabezas la diezmaron cruelmente el año pasado.

— ¿Son valientes, por lo menos?

—Se han batido siempre muy bien.

— ¿Crees que si permaneces aquí estás resguardado de las bandas dayakas que recorren la selva?

—Es posible, orang, que destruyan mi tribu de un momento a otro. Cuando hayáis partido vosotros, que tenéis tantas cañas que truenan, los cazadores de cabezas caerán sin duda sobre nosotros para vengarse de que yo os he servido de guía. ¡Los conozco demasiado bien!

— ¿Quieres seguimos hacia el lago? Nosotros nos encargaremos de protegerte a ti, a tus hombres, a tus mujeres y también a los niños.

En los ojos negríssimos del hijo de las selvas brilló un relámpago de alegría.

— ¿Lo harás, orang? —preguntó conmovido.

—Y enseñaré también a tus hombres a usar las cañas que truenan. Tenemos un par de cajas de carabinas, ¿verdad, Sandokán?

—Suficientes para armar a todos estos hombres —respondió el Tigre de Malasia.

— ¿Apruebas mi idea?

—Por completo, Yáñez. Ya te había dicho antes que debía de ser muy buena. Disparen bien o mal, no se pueden despreciar cuarenta bocas de fuego. Nos estorbarán las mujeres y los niños.

—Haremos de ellos portadores y portadoras de víveres —respondió Yáñez.

—Le encuentras respuesta a todo —dijo Sandokán—. ¡Diablo de hombre!

—No soy un diablo, sino un rajá indio —dijo, bromeando, el portugués.

— ¿Pero quién adiestrará a estos salvajes que no han tenido nunca en sus manos un fusil? —preguntó Tremal-Naik.

— ¿Quién? Kammamuri y yo —contestó Yáñez—. Sandokán no tiene ninguna prisa por colocarse en la cabeza la corona de rajá del Kin-Ballu, una corona que probablemente no conseguirá encontrar ni siquiera en el fondo del lago, por lo que podemos detenernos unas semanas para instruir a estos negritos. Tengo esperanzas de hacer de ellos óptimos soldados que efectuarán tan bien las maniobras como los soldados portugueses y holandeses. ¡Uno..., dos..., en fila..., adelante..., corriendo..., carguen..., apunten..., fuego a discreción...! ¡Por Júpiter, sería un magnífico sargento instructor!

— ¡Un gran general! —dijo Tremal-Naik—. Me parece escuchar a sir John Dukley dirigiendo las maniobras de los cipayos en la magnífica explanada del fuerte William.

— ¡He aquí a un hombre realmente maravilloso! —dijo Sandokán estallando en una carcajada—. Verás, mi querido Tremal-Naik, cómo sabrá convertir a estos salvajes en soldados más disciplinados que mis malayos y mis assameses. ¡Es una pena que se haya convertido en rajá!

Aquel primer día pasado en el poblado aéreo de los negritos transcurrió alegremente, regado con bastante abundancia por bram y kalapa.

También los malayos y assameses, acampados alrededor de los gigantescos árboles, gozaron de la hospitalidad de aquellos pobres negritos.

Por la tarde en las plataformas se organizó incluso un baile, en el que se guardaron bien de participar los jefes de la piratería y los assameses, que calzaban botas para no exponerse al peligro de romperse las piernas.

Sandokán no se olvidó de tomar después del anochecer grandes precauciones con el fin de evitar cualquier sorpresa por parte de los dayakos, que no habían dado señales de vida.

Desconfiaba mucho del griego, cuyo espíritu vengativo conocía ya perfectamente. Por fortuna, disponía de los cuarenta guerreros del negrito, a los que colocó como centinelas avanzados y leales en la gran selva, para prevenir a sus malayos y a los assameses de Yáñez de un ataque inesperado.

Además, las cuatro espingardas, cargadas hasta la boca de clavos de cobre y fragmentos de vidrio, estaban preparadas para acoger debidamente a los feroces cazadores de cabezas.

Pero aquellas precauciones fueron completamente inútiles, pues la noche transcurrió muy tranquila y todos pudieron gozar de un buen sueño, cosa que necesitaban urgentemente.

Unas horas después del amanecer Yáñez estaba en pleno ejercicio de sus funciones de sargento instructor.

Su voz retumbaba como una trompeta bajo la bóveda de los grandes árboles, arrancando con frecuencia carcajadas de Tremal-Naik y Sandokán, que desde lo alto de las plataformas asistían al espectáculo junto con las mujeres de la tribu.

— ¡Uno..., dos..., en fila..., a la derecha..., izquierda..., carguen..., apunten..., fuego..., al asalto...! ¡Hurra por el Tigre de Malasia!

Y no bromeaba el portugués. Cuando un guerrero no se movía con rapidez caía sobre la espalda del desmañado una lluvia de palos, plenamente aprobada por el jefe de la tribu.

Sin embargo, aquellos pobres salvajes, a pesar de sus buenos deseos de convertirse en dignos guerreros del tuan-uropa, parecían tener la cabeza muy dura, pues después de un par de horas sabían aún menos que antes y no habían conseguido todavía marchar en columna. Quizá no comprendían completamente las órdenes que el portugués daba, acompañadas de palos.

— ¡Por Júpiter! —exclamó Yáñez, que hacía dos horas que se tostaba bajo un sol de fuego—. ¿Tendré que abandonar mi famosa idea?

Miró hacia las plataformas.

Sandokán y Tremal-Naik, tumbados a la sombra de los grandes árboles, al borde del poblado aéreo, con sendas pipas en la boca, lo miraban sonriendo irónicamente.

—Parece como si se divirtieran con mis esfuerzos prácticamente inútiles —dijo—. ¡Kammamuri, ven!

El maharata, que gozaba también del insólito espectáculo a la sombra de un árbol, conteniendo con dificultad la risa, escupió la nuez de areca que estaba masticando y avanzó diciendo con voz grave:

—Presente, general.

— ¡Por la muerte de Júpiter! —gritó Yáñez un poco exasperado—. Me parece que todos os estáis burlando de mí.

—En absoluto, general.

—Te he nombrado instructor de las tropas assamesas porque perteneces a la más brava casta guerrera de la India.

—Cierto, señor Yáñez.

—Pero no te he visto dirigir a mis súbditos.

—Cierto, señor Yáñez.

—Adiéstrame, pues, a estos salvajes, que parecen tener un cerebro muy cerrado. ¡Yo ya tengo bastante!

—Se precisa un buen bambú para infiltrar en sus cráneos las maniobras de los cipayos.

—El jefe te lo permite.

—Entonces, dejadme a mí. Os aseguro, señor Yáñez, que dentro de ocho días estos hombres efectuarán las maniobras como el primer regimiento de fusileros de Bengala.

— ¡Vete al diablo! —gritó Yáñez—. Si no lo consigues, te relevaré del cargo de instructor de los regimientos assameses, palabra de honor.

Se agarró a la escalera formada por fibras de rotang y subió hacia el poblado aéreo mientras Kammamuri gritaba, desgañitándose, a los atontados salvajes:

—Marchen..., alto..., formad... ¡por la muerte de Shiva, de Visnú, de Brahma y de todos los kateri de la India! ¡Adelante..., alto..., rodilla en tierra..., fuego..., carguen..., rompan filas..., en columna..., al ataque! ¡Barred a los dayakos sin darles cuartel!

6. El asalto de los rinocerontes

Ocho días después, malayos, assameses y negritos abandonaban el poblado aéreo y el campamento para reanudar su marcha hacia el Kin-Ballu.

La columna estaba muy bien ordenada, pues Kammamuri, a fuerza de gritos y bastonazos había conseguido, cosa increíble, transformar a los cuarenta guerreros del jefe en verdaderos soldados, que no habrían

desmerecido al lado del primer regimiento de fusileros de Bengala, con gran sorpresa de Yáñez, Sandokán y Tremal-Naik.

Decididamente, también aquel leal servidor del ex cazador de la selva negra había nacido... general de los estados maharatas, o, por lo menos, excelente sargento instructor.

Una treintena de mujeres y otros tantos muchachos seguían a la columna llevando víveres y municiones y protegidos por una fuerte retaguardia mandada por Sapagar.

Los dayakos no habían dado señales de vida, pero todos sentían por instinto que aquellos feroces cazadores de cabezas no debían de haber abandonado la gran selva y la vigilaban desde lejos.

En varias ocasiones por la noche los negritos que montaban guardia alrededor del campamento habían visto sombras humanas deslizarse entre los grandes árboles y los rotang y desaparecer con velocidad fulminante sin dejar casi ninguna señal. El vengativo griego no había abandonado, ciertamente, su vigilancia.

Sin embargo, la columna, provista de casi un centenar de bocas de fuego y apoyada por las cuatro espingardas, tenía, por el momento, muy poco que temer, aunque los negritos no eran más que malos reclutas que cerraban los ojos cada vez que disparaban las carabinas.

Durante cuatro días la columna continuó tranquilamente su marcha, sin ser molestada en ninguna de sus etapas y permitiéndose incluso el lujo de dar alguna batida para proveerse de carne; pero hacia el anochecer del quinto, cuando en la lejanía comenzaban ya a delinearse netamente sobre el horizonte incendiado las altas cimas del Kaidangan, una cordillera que surge casi a medio camino entre la bahía del Malludu y el Kin-Ballu, un acontecimiento, aunque no inesperado, la detuvo bruscamente.

La columna iba a acampar en un pequeño claro abierto tal vez por una carrera de elefantes, pues yacían en el suelo numerosos troncos de árbol que parecían violentamente partidos, cuando el negrito, que guiaba siempre a la vanguardia y observaba todo con atención, se aproximó a Kammamuri, por el que sentía un cariño especial, diciéndole con su voz gutural:

— ¡El enemigo!

— ¿Dónde? —preguntó el maharata desconcertado, pues hasta entonces no había notado nada alarmante.

—Desciende del Kaidangan.

— ¿Tienes dos anteojos fijados a tus pupilas?

—No sé lo que son esas cosas —respondió ingenuamente el hijo de la selva.

—No es necesario que en este momento te explique qué clase de bichos son. Otra vez será. ¿Dónde está el enemigo? No lo veo.

—Baja por la montaña, ya te lo he dicho, orang.

— ¿Por qué parte?

— ¿No ves allá arriba unos puntos luminosos corriendo?

—Son luciérnagas.

—Te equivocas, orang.

— ¿Qué crees que son entonces?

—Grandes animales.

— ¿Que llevan antorchas en la boca?

El salvaje hizo un gesto de impaciencia.

—No bromees, orang —dijo con voz grave—. Dentro de poco estarán aquí y barrerán nuestro campamento. Los cazadores de cabezas están detrás de esos bichos.

— ¡Que Shiva me ahogue en el mar de leche de la gran serpiente si entiendo a este hombre! —exclamó Kammamuri—. Quizás el Tigre de Malasia, que conoce este país mejor que yo y que comprende mejor que yo la lengua de estos hombres, pueda entender algo más.

Dejó al negrito, que seguía mirando con cierta preocupación las pendientes boscosas del Kaidangan, y fue a informar a los jefes de la expedición de lo que había oído. Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik, que marchaban con el grueso de la columna, llegaban en aquel momento al claro, en el que los malayos, ayudados por los assameses de la vanguardia, habían construido ya con rapidez varios attap para resguardarse de la humedad de la noche, que produce con frecuencia la llamada fiebre de los bosques o fiebre negra, enfermedad que en menos de veinticuatro horas manda al otro mundo al hombre más robusto.

—Si el negrito no está tranquilo es que nos amenaza algún peligro —dijo Sandokán tras escuchar atentamente a Kammamuri—. Yo conozco a estos hijos de la selva y sé que su instinto no les abandona nunca. ¿Dónde están esos fuegos?

—Bajan por las montañas.

— ¿Y tú crees que son luciérnagas?

—A mí me lo parecen.

—Estamos a un par de millas de la base del Kaidangan. ¿Cómo pretendes, mi querido Kammamuri, distinguir a tanta distancia un insecto fosforescente?

— ¿Es que tus ojos se han convertido de repente en anteojos de marina? — preguntó Yáñez—. A veces Brahma, Shiva y Visnú hacen milagros desconcertantes.

—En los que no he creído nunca —añadió Tremal-Naik.

—Vamos a ver estos misteriosos fuegos —concluyó Sandokán.

El negrito se había encaramado a un betel cuyo delgado tronco tenía quince o veinte metros de altura y, agarrado a las larguísimas hojas, oteaba con atención la llanura que se extendía más allá de la selva hasta la base de la montaña.

— ¿Qué ves? —le preguntó Sandokán.

—Los fuegos.

— ¿Qué son?

—Todavía no lo sé, orang —contestó el hijo de la selva.

Ahora corren a gran velocidad por la llanura.

— ¿No son luciérnagas?

—No, orang: son grandes animales.

—No he visto nunca animales grandes luminosos.

—Espera, orang.

— ¿Entiendes algo de este asunto, Yáñez? —pregunto Sandokán, dirigiéndose al portugués, que estaba comiendo tranquilamente una magnífica banana que le había ofrecido Sapagar.

—Nada, hermanito.

— ¡Y sin embargo este negrito no puede equivocarse!

—Será como tú dices.

—Parece que te interesa más la banana que el peligro que nos amenaza — dijo Sandokán.

—De momento sí: es realmente exquisita. No las he comido tan buenas ni siquiera cuando estaba en la corte de Surama.

—Saca alguna conclusión.

—Esperemos.

— ¿Pero qué crees que serán esos fuegos?

—Cometas.

En aquel momento se oyó un disparo seguido por un grito.

— ¿Quién ha disparado, Sapagar? —gritó Sandokán.

Varios malayos y no pocos assameses se precipitaron hacia un tupido matorral que se alargaba hacia uno de los cuatro ángulos del campamento.

Se oían voces en las tinieblas.

— ¡Buen disparo!

— ¡Una bala en la frente!

— ¡Los bribones están cerca!

— ¡No, era un espía!

—Bien muerto está.

Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik se precipitaron hacia el matorral.

— ¿A quién habéis matado? —preguntó el primero, abriéndose paso.

—A uno de esos malditos dayakos, señor —respondió Sapagar, que había sido uno de los primeros en acudir—. Ese perro nos espiaba y tal vez esperaba la ocasión propicia para lanzarnos unas docenas de flechas envenenadas.

— ¡Échalo a los tigres o a las panteras!

— ¡A las armas! —gritó en aquel mismo momento el negrito.

— ¡Vaya! —exclamó Yáñez—. Esta noche no se puede dormir ni fumar un cigarrillo. Bueno, la verdad es que nuestras carabinas corren el peligro de oxidarse. ¡Eh, Kammamuri, tú que has sido el sargento instructor de estos salvajes, haz que formen de modo más o menos regular! Yo me encargo de mis assameses.

— ¡No! —gritó Sandokán—. Ya he comprendido de lo que se trata. Es una vieja estratagema de los dayakos de estas regiones. ¡Rápido! Ocupad las ramas de los árboles más robustos y estad preparados para abrir fuego. Primero los niños y las mujeres.

— ¿Qué nos echan encima esos canallas? —preguntó Yáñez, que conservaba su calma habitual y no parecía tener mucha prisa por ponerse a salvo.

—No pierdas tiempo, hermano —respondió el Tigre de Malasia—. Sígueme allá arriba, entre las ramas de ese magnífico pombo. Resistirá los embates de esas bestias.

— ¿De qué bestias? Estás muy enigmático.

En vez de contestar, Sandokán se lanzó hacia el gigantesco árbol, se agarró a los festones de rotang y de nepentes y trepó rápidamente, seguido inmediatamente por Tremal-Naik y Sapagar, que ayudaba a Nasumbata.

También los demás se encaramaban precipitadamente a las plantas más fuertes, entre los chillidos de las mujeres y los niños.

Al verse solo, Yáñez creyó conveniente imitar aquella maniobra de cuadrumanos y llegó lentamente donde estaba Sandokán.

—Ahora me explicarás qué espantoso cataclismo está a punto de caer sobre nosotros —dijo el pirata una vez se hubo acomodado en la horquilla de una gruesa rama.

— ¿No oyes?

—Sí, un estruendo lejano que parece producido por el galope desenfrenado de un número considerable de pesados animales y que nosotros oímos ya cuando asistimos a la emigración de los búfalos.

—Pero esta vez no se trata de búfalos, sino de animales mucho más narigudos.

— ¿Narigudos? —exclamó el portugués mirándole con estupor—. ¿Elefantes?

—No, rinocerontes; y estoy segurísimo de que no me equivoco.

— ¿Crían esas bestias los dayakos de tu país? Es algo que desconocía.

—Los utilizan para la guerra, y los que capturan en las trampas los reservan para lanzarlos contra sus enemigos. Comprenderás perfectamente, Yáñez, que es muy difícil resistir esas cargas, especialmente si tienen lugar en una llanura.

— ¿Y cómo los azuzan y dirigen?

—Con fuego. Ahora verás en acción a los conductores de esos bichos. Los rinocerontes han entrado ya en la selva y se dirigen hacia nosotros.

—No me preocupan.

—Claro, porque estás seguro encima de un árbol que resistiría el embate de diez elefantes.

—Puede ser, Sandokán —respondió Yáñez.

A poca distancia se oían golpes tremendos y fuertes resoplidos.

Los rinocerontes corrían desesperadamente, enfurecidos por los hombres

que los azuzaban.

— ¡Preparad las armas! —gritó Sandokán a sus hombres, que se encontraban encaramados, en pintoresco desorden, en las gruesas ramas de los altos árboles.

—Y sobre todo no olvidéis haceros con comida abundante —añadió Yáñez—. La carne de los rinocerontes no es tan mala como dicen.

El estruendo aumentaba por momentos, en un crescendo impresionante. Bajo los árboles se veían como líneas de fuego cruzándose, separándose y uniéndose de nuevo.

—Eh, Sandokán —dijo Yáñez, que no estaba nunca callado más de diez minutos—, tú que parece conocer el modo de guerrear de estos condenados cazadores de cabezas, ¿no podrías explicarme la presencia de esos fuegos?

—Eso es precisamente lo que hace terribles a los rinocerontes, amigo.

— ¿Cómo?

—Todos esos bichos llevan ensartado en el cuerno un haz de bambúes secos.

—Entiendo. Al correr, la llama se reanima y las pobres bestias se queman la nariz y la frente.

—Y quedan cegados.

— ¡Son listos esos salvajes!

—Ya están aquí.

—Estamos preparados para recibirlos.

Los rinocerontes habían llegado ya a muy poca distancia y se precipitaban por la selva con ímpetu irresistible, unidos entre sí por sólidas cadenas de hierro.

Los desventurados animales llevaban ensartados en el cuerno haces de leña untada con resina; los seguían unos cincuenta dayakos que los espoleaban despiadadamente con largas lanzas.

Los árboles tiernos y los matorrales caían segados por las cadenas, y cuando la manada topaba con un gran árbol que ni siquiera los elefantes podían derribar, los animales se desplomaban patas arriba lanzando berridos ensordecedores, pues aquellas caídas provocaban lluvias de chispas que producían quemaduras muy dolorosas.

Aquél era el momento más difícil para los dayakos, pero aquellos bribones conseguían a golpes de lanza que los animales volvieran a tomarla dirección

deseada.

La manada que iba a arrasar el claro se componía sólo de unos quince rinocerontes, pero si hubieran sorprendido a los malayos, a los assameses y a los negritos bajo los attap habrían hecho una carnicería. Habrían pasado sobre sus cuerpos y sin duda habrían destripado o lanzado por los aires a un buen número, dado el furor que los poseía.

Afortunadamente el negrito había dado la alarma a tiempo y Sandokán había intuido inmediatamente el peligro.

Después de otra caída ante un grupo de durion y casuarinas, cuyos troncos gruesos y fuertes no habían cedido, los rinocerontes se lanzaron furiosamente por el campamento, barriendo los ligeros techados construidos por los malayos, pero fueron a chocar contra otro grupo de grandes plantas.

Se vio entonces un espectáculo horripilante. Los pobres animales, que debían de haber perdido la visión por la incesante lluvia de chispas que caía de los haces de bambúes ensartados en su cuerno nasal y que no se habían apagado todavía, detenidos bruscamente en su loca carrera, se encabritaron como si se hubieran vuelto locos y se lanzaron unos sobre otros, en una confusión indescriptible, quemándose recíprocamente.

Los dayakos encargados de conducirlos iban a lanzarse contra ellos para obligarles a reanudar la carrera cuando resonó la voz metálica de Sandokán, imponiéndose por un momento sobre los bramidos horripilantes de los colosos.

— ¡Fuego contra los hombres!

Resonaron, una tras otra, tres descargas.

Malayos, assameses y negritos disparaban furiosamente.

Los dayakos, asustados por aquel estruendo y por los silbidos de los proyectiles, abandonaron a los rinocerontes y escaparon velozmente, dejando tras ellos una decena de cadáveres.

— ¡Pensad en la comida! —gritó Yáñez, que ni siquiera se había dignado desperdiciar una bala.

Los rinocerontes se habían puesto en pie y estaban casi todos libres, pues en aquel último y formidable choque se habían roto las cadenas que los unían.

Sin embargo, uno de ellos había quedado tendido contra el colosal tronco de un durion, pues en la desesperada carga se había partido el cráneo y su hocico se chamuscaba, emanando un olor nauseabundo de carne quemada.

Bastaron unos disparos para poner en fuga a los demás y despejar el campamento, que había quedado en condiciones deplorables, pues ni un solo

attap permanecía en pie.

— ¡Terminó la fiesta! —dijo Yáñez, pidiéndole un cigarrillo a Tremal-Naik—. En este momento quisiera ver la cara de ese perro griego. No estará muy contento por el fracaso de esta nueva modalidad de carga. Podemos bajar, Sandokán.

—Creo que podemos acampar ya sin peligro. Supongo que los dayakos no tendrán a su disposición otra manada de rinocerontes. De momento nos dejarán tranquilos, aunque espero de ellos otras sorpresas. El rajá del lago nos disputará furiosamente el terreno.

Se agarraron a los rotang y calamus y se descolgaron hasta el suelo. Los malayos, assameses y negritos los habían precedido y se habían lanzado contra el rinoceronte empuñando los parang, poniéndose a trabajar para despedazarlo, lo que no era tan fácil como puede parecer, pues esos animales tienen una piel tan resistente que pueden desafiar impunemente las balas de los viejos fusiles, y costillas tan firmes que ponen a prueba las mejores hachas.

Mientras tanto, algunos malayos se encargaban de reconstruir los attap, trabajo mucho más fácil que el descuartizamiento del coloso.

—Eh, Sandokán —dijo Yáñez, siempre de buen humor—, ¿no volverán los rinocerontes? Si están ciegos es probable que vuelvan a molestarnos.

—No se puede descartar ese peligro —respondió el Tigre de Malasia—. Pero esperemos que hayan huido y no vengan ya por aquí.

—De cualquier modo, estaremos preparados para recibirlos —añadió Tremal-Naik, que estaba tranquilamente tumbado bajo el primer attap reconstruido.

—Esperemos que nos dejen cenar sin contratiempos —dijo Yáñez—. ¿Y los dayakos?

—No te preocupes por ellos —dijo Sandokán—. Deben tener un miedo terrible, y por ahora, después de ver la inutilidad de su intento de destruirnos, nos dejarán tranquilos. Los encontraremos más adelante. Eh, Sapagar, te recomiendo la cena. No será demasiado delicada, pero nos la comeremos de todas formas. Estamos acostumbrados a la caza mayor.

Los negritos, ayudados por sus mujeres, habían recogido ya leña en abundancia y habían encendido siete u ocho hogueras, suficientes para asar una docena de búfalos salvajes.

Se asaban ya enormes trozos de carne chisporroteando alegremente.

A pesar de que en las proximidades podía haber dayakos todavía, los muchachos recogían mangos, pombos, bananas y durion, trepando con la

agilidad de los monos a los árboles más altos.

Sapagar, en cambio, estaba ocupado asando para sus señores anchas tajadas de frutos de árboles del pan, que, aunque no sabían a pan de trigo, podían pasar por tajadas de calabaza cocinada al horno con un ligero sabor de alcachofa.

La noche se presentaba espléndida. Brillaba la luna e inundaba con sus rayos azulados el claro, y de las montañas cercanas descendían de vez en cuando soplos de aire fresco y perfumado. En la gran selva reinaba un profundo silencio, roto sólo por el ligero murmullo de las frondas.

—Es una noche deliciosa, que recuerda las tibias y perfumadas de Assam, ¿verdad, Tremal-Naik? —dijo Yáñez.

—Yo, la verdad, estoy ocupado oliendo el perfume del asado —respondió el indio—. He visto demasiadas en la jungla negra; pero precisamente las más hermosas solían ser las más peligrosas.

— ¡Te estás convirtiendo en un pájaro de mal agüero! —dijo el portugués—. Estos indios se vuelven fúnebres cuando dejan de ver el Ganges.

—Aún no ha salido el sol.

—Si estuviese en mi mano le mandaría un mensaje para decirle que no apareciera hasta después de las nueve... ¡Ah, aquí está Sapagar! ¿Quién diría que la carne de un rinoceronte exhala un olor tan apetitoso cuando está bien asada?

—Yo, que la he comido con frecuencia cuando era todavía casi un niño —respondió Sandokán.

—Tú eras entonces medio salvaje y no podías opinar. Aquí hay un hombre civilizado, un tuan-uropa, como nos llaman los malayos a los europeos, y a mí me corresponde dar una opinión exacta sobre si los rinocerontes son realmente succulentos; en caso afirmativo daré órdenes a mis grandes cazadores de Assam de capturar por lo menos uno cada semana y a mi primer cocinero le encargaré que lo cocine entero y perfectamente si quiere permanecer en la corte de Surama, la mujer del príncipe consorte.

—Y rajá en parte —dijo Tremal-Naik.

—Mejor dicho, maharajá —dijo Sandokán.

Sapagar, seguido por cuatro o cinco mujeres negritas, había aparecido bajo el attap llevando triunfalmente bajo una doble hoja de banano un asado colosal, suficiente para veinte personas, mientras sus ayudantes traían, también sobre hojas de banano, anchas rebanadas del fruto del árbol del pan asadas y pirámides de pombos y bananas.

— ¡Esto es un verdadero banquete! —exclamó Yáñez—. ¿Se podría conseguir también, señor mayordomo o chef, un poco de vino?

—Hemos descubierto, señor, una arenga saccharifera, y mis hombres están exprimiéndola.

—Si alguna vez te decides a venir a la corte de Assam te nombraré primer cocinero de la corte.

—Prefiero trabajar con el parang, señor —respondió el malayo riendo—. Es más emocionante.

— ¡Carnicero y bandido! Renuncias a una posición honrosa para seguir siendo pirata.

— ¡Como si tú no lo hubieses sido nunca! —dijo bromeando Sandokán.

—Entonces defendíamos Mompracem contra los leopardos ingleses.

Al oír nombrar a su isla una sombra oscureció la frente de Sandokán.

— ¡Ya está conmovido! —dijo Yáñez, que se había dado cuenta.

— ¿Sabes que daría todo el reino de mis antepasados por un solo trozo de aquella tierra?

—Ahora preocúpate por conquistar aquél.

—Sí, por ahora.

—Y dale una buena dentellada a este asado. Ya tendremos tiempo de hablar de ese asunto, que también a mí me interesa.

Le pidió a Tremal-Naik el tarwar y se puso a cortar en lonchas el trozo de rinoceronte.

Se habían puesto a comer con buen apetito, acompañando la carne, un poco coriácea pero sabrosa, con frutos del árbol del pan y alguna banana, cuando a poca distancia resonó un silbido estridente, seguido por un fragor de ramas y árboles.

— ¡Vuelven los rinocerontes! —gritó Yáñez, saltando hacia su carabina—. ¡Nos han aguado la cena!

7. Cargas furiosas

Los malayos, assameses y negritos que estaban refocilándose con la carne de rinoceronte alrededor de las gigantescas hogueras se habían incorporado rápidamente, lanzándose hacia las carabinas, pues tampoco a ellos les había

pasado inadvertido aquel amenazador resoplido.

Si se hubiera tratado de un solo animal tal vez no se habrían preocupado demasiado, pero sabiendo que muchos otros vagaban por la selva completamente ciegos el asunto se volvía inquietante.

Aquellos animales, irritados por las quemaduras, podían de un momento a otro volver sobre sus pasos y arrollar el campamento y a los acampados, sin que ninguna fuerza humana pudiese detener su impulso poderoso. No obstante, los árboles seguían ofreciendo un segurísimo refugio.

Uno por lo menos de aquellos desventurados animales merodeaba por las proximidades del campamento y desahogaba su rabia y sus dolores contra los matorrales y las plantas de tronco delgado.

Se oían crujidos que se hacían cada vez más nítidos y el sonoro golpear de la cadena contra los troncos.

—Creo —dijo Yáñez— que estos animales nos molestarán más ahora que cuando asaltaban el campamento. Aunque no nos ven, sabrán orientarse por el olfato, y los cazadores me han asegurado que los rinocerontes lo tienen finísimo.

—Es cierto —confirmó Tremal-Naik.

—Y precisamente por eso estoy decidido, si se presenta la ocasión, a acabar con esos peligrosos animales —dijo Sandokán—. Sapagar, haz que las mujeres y los niños se refugien en los árboles, y nosotros preparémonos para combatir, por ahora, a ese bicho que se divierte arrancando plantas. Siempre será uno menos que se lanzará sobre la columna cuando reanudemos la marcha.

Esperó a que se cumpliera su orden y después se puso en marcha intrépidamente hacia la selva, seguido por Yáñez, Tremal-Naik y media docena de malayos elegidos entre los mejores tiradores, mientras los otros se disponían en una doble fila, mandados por Sapagar y Kammamuri, para cortar el paso al animal y fulminarlo antes de que pudiese cruzar el claro.

Continuaba el estruendo en medio de la densa maleza de arecas, entrelazada estrechamente con haces de grandes calamus.

Al parecer el animal había quedado aprisionado y al no encontrar la salida, pues debía de haber perdido la vista, intentaba abrirse camino a cornadas.

—Lo sorprenderemos ahí dentro —dijo Sandokán, que avanzaba cautelosamente.

Iba a agarrarse a los calamus, pues tampoco él había encontrado una abertura, cuando oyó al rinoceronte lanzar una especie de bramido, seguido

inmediatamente por otro más ronco y menos sonoro.

— ¿Qué pasa, Sandokán? —preguntó Yáñez mientras en el interior de la maleza se percibía con claridad el ruido producido por árboles y matorrales al romperse—. Parece como si se estuviera librando un terrible combate bajo esas gigantescas hojas.

—El rinoceronte debe de haber sido asaltado —dijo el Tigre de Malasia.

— ¿Por quién?

—Por alguna pantera que estaba emboscada. No os acerquéis a la maleza: apuntad las carabinas y estad preparados para abrir fuego.

El rinoceronte lanzaba bramidos horripilantes y resoplidos agudísimos, a los que respondían siempre roncros rugidos que no se parecían en nada a los formidables e impresionantes de los tigres de Borneo, más pequeños que los indios pero no menos sanguinarios.

Los troncos de los sagú y de las arecas oscilaban amenazadoramente, como si los golpease una catapulta con ímpetu irresistible, y las gigantescas hojas se agitaban borrascosamente, como si hubiera estallado inesperadamente un huracán.

Sandokán, viendo que ninguno de los combatientes conseguía abrirse paso, a pesar de los prudentes consejos de Yáñez y Tremal-Naik, con su habitual temeridad se agarró a los calamus, sosteniendo la carabina por la correa con los dientes.

Trepó tres o cuatro metros y luego bajó rápidamente.

— ¿Qué? —preguntaron Yáñez y Tremal-Naik.

—No me había equivocado: una pantera negra ha atacado al rinoceronte —respondió el Tigre de Malasia.

— ¡Pobre bicho! —exclamó el portugués—. Ha perdido la vista y ahora siente sobre el lomo las uñas de esa fiera, duras como el acero... ¿Se abre paso o no?

—Está esforzándose furiosamente por escapar de esa trampa. Se ha metido en una verdadera red de rotang, y tendrá que sudar mucho para salir de ella. Tened cuidado: os podría embestir. Ese gran animal estará furioso.

—En lo que a mí se refiere —dijo Yáñez—, me preocupa más la pantera que el rinoceronte. Yo dispararé mis dos balas contra ella y...

Un estruendo formidable interrumpió su frase.

El rinoceronte, con un último y más potente impulso, había conseguido salir de su prisión vegetal y corría por el claro llevando sobre su lomo,

estrechamente agarrada, a una soberbia pantera negra, que no dejaba de desgarrar ferozmente con dientes y garras la dura piel de su enemigo.

Sandokán, Yáñez, Tremal-Naik y los seis malayos se apartaron apresuradamente para no correr el peligro de que los arrollase el rinoceronte o les atacase la pantera, que en aquel momento podía resultar más temible que el pobre ciego.

Retumbó sonora bajo los árboles la voz del portugués:

— ¡Para mí la piel negra y suave; para vosotros la dura!

Y se oyó una descarga cuyo eco resonó en la gran selva.

El rinoceronte, alcanzado probablemente por varias balas, se encabritó bruscamente, mostrando su cuerno nasal, medio consumido ya por el fuego, y después cayó bruscamente al suelo, agitando desesperadamente sus patas macizas.

La pantera, más ágil, había saltado hacia un lado y miraba a los cazadores con sus ojos fosforescentes.

—Es mía —dijo Yáñez, que había reservado sus proyectiles.

Y apuntó la carabina.

La fiera, sorprendida al encontrarse ante tantos hombres, estaba agazapada y gruñía sordamente, aunque se disponía a intentar un ataque desesperado.

Yáñez, tranquilo como si se encontrase ante un blanco cualquiera, había apuntado ya hacia ella. Resonaron, una tras otra, dos detonaciones secas.

La pantera se revolcó dos veces por el suelo, gruñendo; después, aunque perdía sangre abundantemente por el hocico y por el lomo, se incorporó con un movimiento rapidísimo y, haciendo acopio de sus últimas fuerzas, se lanzó contra el grupo de los cazadores, que estaban en aquel momento recargando las armas.

Sandokán, que conocía la extraordinaria vitalidad de aquellas fieras, se mantenía en guardia, aunque tenía gran confianza en la habilidad del portugués.

Extraer la cimitarra y cortarle el paso a la fiera fue cosa de un solo instante. El arma brilló y cayó con gran fuerza, cortándole limpiamente la cabeza al enfurecido animal.

— ¡Por Júpiter! —exclamó Yáñez con cierto estupor—. ¿Es que se necesita un cañón para derribar a estos animales?

—Esperaba algo así —respondió Sandokán—. Conozco la vitalidad extraordinaria de estas fieras.

—Pueden competir con los tiburones.

—En efecto, Yáñez.

—Es una pena no tener un poco de frío.

— ¿Por qué?

—Esa magnífica piel podría servirme.

—Como te pertenece, haré que la preparen y la utilizarás durante la noche para protegerte de la humedad del terreno. Cuanto más avancemos más terrenos pantanosos encontraremos, y no sentirás tenerla. Nos ocuparemos de ello mañana por la mañana. Me parece que ahora tenemos derecho a descansar un poco después de tantos acontecimientos.

—No hemos comido el postre.

— ¡Ah, Yáñez! ¿Cuándo dejarás de ser tan despreocupado? —dijo Tremal-Naik.

—Cuando tenga cien años —respondió el portugués—. ¡Por Júpiter! Aún no estoy decrepito... Comeremos la fruta mañana como desayuno.

Volvieron al campamento, donde los malayos, assameses y negritos seguían esperando la carga del rinoceronte, hicieron bajar de los árboles a las mujeres y los niños, dispusieron una doble guardia en los linderos de la selva y después de charlar un rato con el jefe de los negritos y con Nasumbata, se tumbaron sobre las frescas hojas sin olvidar colocar al lado las carabinas y las armas blancas.

También aquella noche transcurrió tranquilamente.

Los rinocerontes debían de haberse alejado mucho, y los dayakos, después de la dura lección encajada, habían comprendido ya que se encontraban ante una columna muy resistente y formada por hombres decididos a defenderse hasta el final, y parecían haber renunciado, de momento por lo menos, a emprender una eficaz ofensiva.

Al amanecer, Sandokán, seguro ya de que había impresionado profundamente a los guerreros del rajá blanco después de la inútil carga de los rinocerontes, daba la señal de partida y la columna reanudaba su marcha para llegar a las pendientes del Kaidangan, donde esperaba descansar unos días antes de continuar hacia las montañas del Kin-Ballu para descender después hacia el lago del mismo nombre. Sin embargo, hay que decir que nadie estaba seguro de que aquella marcha fuera a terminar sin alguna otra extraña peripecia.

Especialmente Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik esperaban a cada paso alguna sorpresa desagradable por parte del griego o de los rinocerontes que

corrían desesperadamente por las selvas.

En efecto, hacía un par de horas que marchaba la columna por una densa selva, formada casi exclusivamente por bananos salvajes, cuyas inmensas hojas formaban una semipenumbra, cuando la nutrida vanguardia, formada por malayos y negritos, se detuvo bruscamente una vez más, formando de manera más o menos regular.

— ¡Es una magnífica marcha de emboscadas! —dijo Tremal-Naik—. ¿Para cuántos días tendremos todavía?

—Hasta que llegemos a orillas del lago —respondió Yáñez.

Sandokán se había apresurado por llegar a la vanguardia mandada por Kammamuri.

— ¿Qué esperas, amigo? —le preguntó—. Imagino que no habrás hecho detenerse a nuestros exploradores para demostrar tu habilidad como instructor. No sería el momento adecuado.

—No, señor —respondió el maharata—. Las maniobras se hacen en tiempos de paz y no en tiempos de guerra. La selva está agitada.

— ¡Pero si en este momento no sopla ni la más ligera brisa!

—Y, sin embargo, la selva no está tranquila.

— ¿Estarán avanzando los dayakos?

—Creo más bien, capitán, que se trata una vez más de esos malditos rinocerontes, que no saben adónde ir.

—No quisiera tener sus ojos, amigo. Deben de estar ciegos.

— ¿Oyes, señor?

Mientras la pequeña formación conservaba una inmovilidad absoluta, manteniendo las carabinas apuntadas por todas partes, incluso contra el grueso de la columna, pues el instructor de las tropas assamesas había enseñado, especialmente a los negritos, que tenían que colocarse en cuatro líneas, Sandokán se puso a escuchar, colocándose las manos detrás de las orejas para recoger mejor los más leves ruidos.

— ¡Saccaroa! —murmuró finalmente levantándose—. Tienes un oído finísimo, mi querido Kammamuri. No en balde has vivido en las Sunderbunds tantos años con tu señor... Hay animales corriendo por la selva.

—Son esos simpatiquísimos rinocerontes —dijo Yáñez, que se había unido a ellos—. ¡Qué bichos tan encantadores!

—Creo que lo has acertado, hermano —respondió Sandokán.

—Ya te había dicho que teníamos que exterminarlos antes de dar la orden de avanzar.

— ¿Y por qué no has ido tú a asirlos por el cuerno?

— ¡Por Júpiter! ¿Y me preguntas por qué? Si los haces de leña que les habían regalado los dayakos se lo habían quemado ¿por dónde querías que los asiese?

—Por la cola —dijo Tremal-Naik, que había llegado también a la vanguardia.

—Y tú, gran cazador de las Sunderbunds, ¿por qué no has ido a asirlos por la nariz?

—Porque la deben de tener quemada por el fuego.

—Es cierto, amigo —respondió Yáñez con aire serio—; y la cola estaba demasiado lejos del cuerno. Otra vez será, cuando vuelva yo a nacer con la fuerza de Sansón.

— ¿Quién es ése? —preguntó Tremal-Naik.

—Un personaje que los indostánicos no han conocido nunca. Tú no eres cristiano ni has leído historia sagrada.

El indio iba a contestar cuando un grito, o, mejor dicho, una orden seca lanzada por Kammamuri, el instructor de los guerreros de los bosques, interrumpió aquella extraña conversación.

— ¡Formar en doble hilera!

— ¡Pero ése no es un general nacido para mandar! —exclamó Yáñez—. ¿Qué quiere decir esa orden? ¡Pobres tropas assamesas! ¡Y los maharatas se jactan de ser los mejores guerreros de la India!

Pero con gran sorpresa vio cómo la vanguardia rompía el cuadrado con gran precisión y rapidez y se disponía en dos líneas, una de rodillas y otra de pie, en posición de fuego, presentando un frente muy sólido.

—Hace un momento estaba calumniando a mi sargento instructor —dijo, entre serio y jocos, a Sandokán y Tremal-Naik—, y ahora me veo obligado a retirar esas afirmaciones injuriosas para un hombre de armas... ¡Kammamuri —gritó después—, te nombro en este campo de batalla coronel de las tropas de la raní de Assam! Morirás como un gran mariscal.

—Prefiero vivir muchos años como sargento instructor —respondió el maharata.

—Coronel he dicho.

—Bien, alteza; coronel.

Una gran carcajada siguió a aquella cómica respuesta. Aquellos hombres extraordinarios se divertían alegremente ante un peligro que podía ser gravísimo. Mientras tanto continuaba el estruendo en la densa selva. Parecía que aquellos animales enloquecidos se lanzasen en todas direcciones, sedientos de muerte y destrucción.

No cabía la menor duda de que eran los mismos rinocerontes que los dayakos habían lanzado a la carga la noche anterior, pues de vez en cuando se oían los bramidos formidables que lanzan sólo cuando están furiosos; de ordinario no se les oye más que una especie de resoplido algo estridente.

— ¡Parece que haya veinte catapultas en medio de esas plantas! — murmuró Yáñez—. Sin embargo, los dayakos no han sabido fabricar nunca esas antiquísimas máquinas, por lo que en ese aspecto estoy completamente tranquilo.

En aquel momento sonaron a su espalda grandes gritos, seguidos por varios disparos de carabina.

El grueso de la columna escapaba, sin dejar de disparar, precedido por las mujeres y los niños, que chillaban desesperadamente.

Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik se habían lanzado hacia adelante mientras Kammamuri ordenaba a su vanguardia otro cambio de frente.

Entre los árboles, guiados por su instinto, habían aparecido tres rinocerontes con el cuerno nasal medio consumido por el fuego y trozos de cadenas atados a las piernas, y tras un breve titubeo se habían lanzado furiosamente contra la columna; y no debían de estar solos, pues en la selva se seguían oyendo extraños ruidos.

Un rinoceronte había caído en seguida ante las primeras descargas, pero los demás aunque seguramente habían recibido vanos impactos, habían continuado su carrera.

La columna se había desmembrado. Incluso los malayos, el gran núcleo de la expedición, habían huido, refugiándose tras los troncos de los árboles por miedo a que les embistiesen los terribles cuernos de aquellos animales.

Sandokán y sus dos compañeros hicieron frente con decisión a uno de los dos supervivientes, mientras Kammamuri ordenaba disparar una docena de tiros contra el tercero.

— ¡Apuntad a los ojos! —gritaba el Tigre de Malasia—. ¡Y al cuello!

Partieron seis disparos formando casi una sola detonación y cayó también el segundo rinoceronte. El tercero, en cambio, había pasado corriendo

desenfrenadamente ante la vanguardia, aguantando la descarga y volviendo a internarse en la selva, no sin dejar por el camino grandes manchas de sangre.

— ¡Vaya! —exclamó Yáñez, que recargaba tranquilamente su carabina—. Parece ser que esos animales se han convertido realmente en los aliados de los dayakos; y, sin embargo, no deberían estarles muy agradecidos a los que los han cegado. En este mundo ya no se entiende nada.

—Pero yo entiendo una cosa —dijo Sandokán.

— ¿Qué?

—Que el asunto no ha terminado aún, pues hay más animales en la maleza que tratan de abrirse paso para llegar hasta nosotros.

—No parecen ciegos.

— ¡Ya verás cómo se nos echan encima! Es completamente necesario exterminarlos; si no los matamos a todos, no nos dejaran un momento de descanso.

—Entonces déjame a mí —propuso Yáñez—, ¡Coronel Kammamuri...!

—Presente alteza —respondió el maharata, que, después del inesperado ascenso, parecía haber recordado finalmente que al portugués le correspondía aquel título pomposo.

—Toma el mando de toda la columna y haz que formen las mujeres y los niños en medio. Nosotros combatiremos en primera línea y nos reservarás el puesto de máximo peligro.

—Sí, alteza.

—Esto es toda una comedia —dijo Sandokán a Tremal-Naik—. Este Yáñez no cambiará nunca, ni siquiera cuando se lo lleve la muerte... si puede con él.

Mientras tanto, Kammamuri lanzaba órdenes tajantes a diestro y siniestro y se había formado el cuadro, dejando dentro a las mujeres de los negritos y a sus pequeños. Como buen estratega, el maharata había reforzado especialmente el frente que cubría la parte de selva donde corrían los rinocerontes. Yáñez y sus amigos se habían colocado en primera línea, de pie, en la postura clásica de los cazadores que esperan a la presa, mientras que todos los malayos se habían arrodillado tras dejar cruzados ante ellos los parang y los kriss de punta envenenada. El asalto de las molestas bestias no podía tardar. Parecían, si no visto, haber olfateado por lo menos al enemigo. En realidad, si hubieran tenido delante a los dayakos en vez de a los malayos, assameses y negritos, les habrían atacado igualmente.

El primero que salió de la selva fue un colosal rinoceronte cuyo hocico

estaba terriblemente quemado. De su cuerno no quedaba más que un trozo de medio pie de longitud, mientras que originariamente debía alcanzar por lo menos un metro. Una descarga de los hombres de la primera línea, que estaban arrodillados, bastó para dejarlo fuera de combate.

El animal, que debía de encontrarse ya en pésimas condiciones de salud, se encabritó bajo aquella tempestad de balas que le agujereaba la gruesa piel y cayó de costado para no levantarse. Atraídos tal vez por las detonaciones, otros dos, que habían conseguido encontrar el camino abierto por el coloso, se habían precipitado a su vez contra la formación, lanzando su grito de guerra, pero no habían tenido mejor suerte.

La segunda línea los había fusilado antes de que pudieran recorrer la mitad de la distancia, derribándolos uno al lado del otro.

— ¡Por Júpiter —dijo Yáñez—, estos hombres combaten como héroes! Haremos algo grande con nuestros guerreros cuando lleguemos a las orillas del Kin-Ballu.

— ¿Tú crees, hermano? —preguntó Sandokán, que estaba a su lado.

—Tenemos hombres que resistirán maravillosamente las peores cargas.

—Ya lo veremos.

— ¿Lo dudas?

— ¡Oh, no!

Una nutrida descarga ahogó sus voces. Otros rinocerontes, descubierto el camino, se lanzaban al ataque en grupos de tres o cuatro, pero la formación resistía y continuaba fulminándolos.

Cuando un animal, aunque gravemente herido, trataba con un último esfuerzo de llegar a las primeras filas, los malayos se lanzaban contra él empuñando los parang y lo remataban desgarrando la piel durísima del animal. Yáñez, Sandokán y Tremal-Naik, los mejores tiradores de la columna, intervenían a tiempo con descargas siempre acertadas.

La batalla continuó durante más de media hora. Cada cinco o diez minutos atacaban dos o tres rinocerontes y caían antes de llegar al cuadro.

Se levantaba ya una montaña de carne ante los valientes, que arriesgaban con firmeza sus vidas para salvar a las mujeres y los niños encerrados en medio de la formación.

—Al parecer, ha terminado ya la batalla y podemos reanudar nuestra marcha hacia el Kaidangan —dijo Yáñez—. Ya no oigo sus resoplidos en la maleza. Tenemos ante nosotros diez o doce cadáveres que harán las delicias de los tigres y las panteras. ¡Qué banquete para esas fieras, y ganado sin dar un

solo zarpazo! ¿Reanudamos nuestra marcha, Sandokán? Empiezo a encontrarla divertida.

—Como te parezca.

—Kammamuri —gritó el portugués—, haz que rompan las líneas, reorganiza la columna, lanza cuatro o cinco de tus curiosas órdenes y vamos a cazar las cacatúas del Kaidangan. Sandokán asegura que son muy grandes y de carnes delicadas. Vamos a ver si tiene razón.

8. El asalto al «Kaidangan»

Los previsores malayos y los negritos, que conocían Borneo mucho mejor que los assameses, sus selvas y sus páramos extensísimos, tras cortar una veintena de gigantescas patas de rinoceronte (que podían pasar, hasta cierto punto, por enormes jamones de haber estado ahumadas), reanudaron la marcha, siguiendo las órdenes de Sapagar y Kammamuri, deseosos de descansar completamente seguros en las laderas o en la cumbre del Kaidangan, ya muy próximo.

Tras desembarazarse de aquellos molestos rinocerontes podían ahora avanzar tranquilos, pues lo único que podían temer era un asalto por parte de los dayakos mandados por el griego, eventualidad poco probable, de momento por lo menos, en opinión de Sandokán y Yáñez.

Hasta el amanecer no llegó la columna al pie del Kaidangan.

Aunque lo llamen cordillera, no es más que un pico aislado, de dimensiones enormes, que no llega ciertamente a los mil metros de altitud, con anchas laderas cubiertas por espesos bosques.

Era la etapa que Sandokán, profundo conocedor de la región, había fijado para la gran pausa, pues quería conceder a la columna un merecido descanso después de tantas peripecias. Había escalado ya multitud de veces en su juventud aquella montaña, por lo que le resultó sumamente fácil encontrar una especie de quebrada por la que entró su columna.

La ascensión fue larga pero no difícil, y hacia las dos de la madrugada los malayos, que formaban la vanguardia, llegaron a la cima, donde había una pequeña meseta que parecía hecha a la medida para acampar cómodamente.

Los negritos, que habían recogido ya ramas de árbol y hojas enormes, pues el último trecho del cono carecía de bosques, se apresuraron a montar los attap ayudados por los malayos, mientras Yáñez y Sandokán, que habían subido a una alta roca, examinaban atentamente la llanura que se extendía a sus pies.

Hacia el sur, en dirección al lago, no había ya bosques. El terreno formaba suaves ondulaciones cubiertas por una hierba muy alta, al parecer interrumpida sólo por alguna mancha de bambúes o algún grupo de árboles frondosos.

—Es el gran llano —dijo Sandokán—; y lo tendremos que recorrer durante muchos días antes de llegar al lago. Y en él nos esperarán sin duda los dayakos.

— ¿Entre esas altas hierbas? —preguntó Yáñez con su habitual flema, volviendo a encender el cigarrillo, que se le había apagado.

—Estoy completamente seguro.

—Esperemos que no nos pase algo parecido a lo que nos ocurrió en las junglas de Assam. ¿Te acuerdas, Sandokán? Faltó poco para que nos asaran a todos.

—No he olvidado esa desagradable aventura —contestó el Tigre de Malasia—. Sin embargo, esas hierbas no estarán tan secas como las de las llanuras indias. Lo que es evidente es que no cruzaremos el llano sin alguna sorpresa desagradable.

— ¿Y adonde han huido esos malditos dayakos? ¿Nos habrán abandonado realmente por ahora? Me parece imposible.

Sandokán sonrió.

— ¿Abandonado? —dijo después—. ¿Quién puede pensar tal cosa? Yo no, desde luego. Cuando menos lo esperemos nos caerán encima. Como sabes, el dayako sólo conoce la guerrilla de emboscadas, y cuando nos encontremos entre esas hierbas no economizará flechas envenenadas. Dejaremos descansar por ahora unos días a nuestros hombres, pues quiero que estén frescos y preparados para cualquier acontecimiento. Mientras tanto, Kammamuri podrá aprovechar para adiestrar mejor a sus negritos.

— ¡Mi coronel hará milagros! —respondió Yáñez riendo—. Se ha convertido en un famoso instructor de reclutas, aunque sean negros y salvajes.

Bajaron de la roca y llegaron al attap que les había asignado Sapagar, y que era más alto y espacioso que los demás, y se tumbaron sobre un lecho de hojas tras darle instrucciones a Kammamuri para que mandara centinelas hasta la mitad del cono, cerca del borde de los bosques. La noche transcurrió muy tranquila, sin ninguna alarma. Los dayakos no dieron señales de vida.

¿Se habían retirado definitivamente hacia el lago, para concentrar la defensa alrededor de los grandes poblados del rajá blanco, o bien esperaban una buena ocasión para entablar batalla? Eso es lo que se preguntaban, no sin inquietud, Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik. También el día fue muy tranquilo.

No se vio ningún grupo en el llano ni se descubrió ningún dayako en los bosques que cubrían las laderas.

Kammamuri no había perdido el tiempo. Mientras los malayos y assameses se entregaban al ocio, él había asumido de nuevo sus funciones de sargento instructor, enseñando a los negritos quién sabe qué extraordinarios movimientos.

Pasaron así otros dos días. Sandokán, aunque deseaba ardientemente avanzar con resolución hacia el lago, no se decidía a lanzar a su columna por el llano. Deseaba ante todo saber algo acerca del enemigo.

Había mandado patrullas a la extensa llanura para enterarse de si se preparaban emboscadas entre las altísimas hierbas, pero en vano; todas habían vuelto sin haber encontrado ningún dayako.

Sin embargo, por instinto presentía la proximidad del enemigo, y lo mismo le ocurría a Yáñez. Pasaron otras veinticuatro horas en una angustiada espera. Las provisiones se habían terminado ya. En los bosques no había ya fruta; las patas de rinoceronte habían desaparecido y la cima del Kaidangan no ofrecía nada comestible.

—Partamos —dijo Yáñez el cuarto día—. No tengo ningún deseo de morir de hambre mientras veo allí abajo, entre la alta hierba, tapires, babirusas y búfalos salvajes en gran número.

—Esperemos a mañana —respondió Sandokán, que parecía muy nervioso—. Mandaré una veintena de cazadores a batir los bosques. La noche será oscura, pues no hay luna, y podrán hacer buenas presas.

—Empiezo a aburrirme.

—Y yo tanto como tú.

—Y mi carabina se queja de permanecer tanto tiempo inactiva.

—La mía protesta tanto como la tuya.

—¿Tendrán los dayakos miedo de atacarnos?

—Ya lo sabremos —contestó Sandokán—. Vamos mientras tanto a cenar.

—No tenemos más que un cesto de bananas.

—De momento bastarán. Hemos cenado menos aún en otras ocasiones. Ordena a Kammamuri que escoja a los cazadores.

—Creo que la caza no será muy abundante.

—Quién sabe si no será abundante la otra.

—¿Qué quieres decir?

—Esperemos —respondió Sandokán.

La cena fue realmente muy escasa aquella noche, especialmente para los hombres que formaban la columna, y también un poco triste. Parecía haber desaparecido el buen humor de los días anteriores. Incluso Yáñez, aquel tipo admirable que bromeaba incluso ante los peligros más graves, parecía preocupado.

—Te has puesto demasiado serio —le dijo Sandokán cuando se acabaron las bananas y los cazadores se pusieron en marcha por las laderas de la montaña.

—Debe de ser el tiempo —respondió el portugués.

— ¿O sientes tú también que va a ocurrir algo grave? —preguntó Tremal-Naik.

— ¡Qué caras tan largas tenéis! Parecéis gente que acompaña al cementerio a un cortejo fúnebre. ¡Esto no puede seguir así! —exclamó Yáñez—. Detesto a las personas melancólicas.

Encendió un cigarrillo y salió, dirigiéndose hacia la roca que servía en cierto modo de observatorio. La escaló lentamente y se sentó en la punta, lanzando, con lentitud estudiada, nubecillas de humo.

Iba a cambiar el tiempo. Nubes negríssimas, repletas de llovizna, avanzaban hacia el gran lago con cierta rapidez. Reinaba una gran calma sobre la enorme llanura, pero era una calma que irritaba a los hombres y quizá también a los animales. La atmósfera estaba cargada de electricidad y ponía a todos nerviosos. Yáñez miró sucesivamente el cielo, la llanura ya oscura y el campamento.

Los malayos, assameses y negritos vivaqueaban, junto con las mujeres y los niños, alrededor de hogueras gigantescas, charlando y fumando.

Por las laderas del Kaidangan se oía de vez en cuando algún disparo de fusil. Los cazadores mataban toda la caza que se ponía a tiro de sus carabinas.

— ¡Tendremos una noche pésima! —gruñó, lanzando una última nubecilla de humo—. Huracán y preocupaciones. ¡Por Júpiter! ¿Qué va a suceder? Sin embargo, Sandokán no es hombre que se impresione fácilmente. ¿Estará a punto de estallar el globo terráqueo?

Una descarga lo hizo incorporarse.

Llegaban gritos de abajo.

— ¡A las armas! ¡A las armas!

Lanzó el cigarrillo y corrió roca abajo gritando:

— ¡Sandokán! ¡Sandokán!

La voz de Kammamuri retumbaba fuertemente en la oscuridad que había envuelto ya a la montaña:

— ¡Rápido, negritos...! ¡Formad...! ¡Preparados para cargar...! ¡Veinte hombres a la derecha...! ¡Veinte a la izquierda...! ¡Apunten...!

Continuaban oyéndose disparos por las laderas del monte, cada vez más nítidos. Al parecer los cazadores se batían rápidamente en retirada, no sin presentar de vez en cuando una eficaz resistencia. Los malayos y assameses se habían lanzado hacia las carabinas, deshaciendo los haces, mientras otros abrían rápidamente algunas cajas de municiones que estaban a cubierto bajo un attap casi impermeable.

— ¡Eh, Sandokán! —dijo Yáñez, acercándose al famoso pirata, que daba órdenes a diestro y siniestro—. ¿Se hunde el mundo?

— ¡Parece que va a hundirse la montaña! —respondió el Tigre de Malasia.

— ¿Quiénes son los gigantes que han emprendido hazaña tan colosal?

— Los dayakos, que llegan en bandadas.

— Si se trata de ellos vuelvo a encender mi cigarrillo.

— No bromees, Yáñez. Si el griego se atreve a atacar debe estar bien seguro de lo que hace. Lanzará contra nosotros centenares de hombres.

— Es decir, les hará subir la montaña.

— Eso es.

— Lo cual no será tan fácil, hermano.

Continuaban los disparos por las pendientes del gigantesco monte. Las detonaciones resonaban en las quebradas.

Parecía que estuviesen estallando granadas por todas partes.

Sandokán había tomado el mando de la columna.

— ¡Emplazad las espingardas! —había gritado—. ¡Abrid la caja de la metralla...! ¡No disparéis hasta que los cazadores hayan llegado a la meseta! ¡Kammamuri, coloca a tus hombres en cuatro frentes...! ¡Las mujeres y los niños bajo los attap!

Los disparos se iban haciendo más numerosos y fuertes. Los cazadores se batían en retirada rápidamente, sin cesar de hacer fuego.

De vez en cuando, en la profunda oscuridad, se oían estruendos ensordecedores que se confundían con los primeros truenos.

Relampagueaba y tronaba hacia el gran lago y las nubes continuaban acercándose, impulsadas por vigorosos soplos de un viento muy caliente.

Los malayos, assameses y negritos que habían permanecido en el campamento se habían dividido en cuatro grupos, y cada uno de éstos tenía delante una espingarda, manejada por cuatro artilleros de los praos. Las mujeres y los niños se habían refugiado bajo los techados en ansiosa espera del resultado de la batalla, que se presentaba larga y terrible.

Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik recorrían sin descanso los frentes de combate, más irritados por no poderse lanzar aún contra el enemigo que preocupados. No eran hombres que temblasen ni siquiera ante los mayores peligros. Habían pasado por demasiados durante su vida aventurera para impresionarse por aquel ataque nocturno, que probablemente no sería el último.

— ¡Por Júpiter! —exclamó Yáñez, que estaba escuchando atentamente los disparos que resonaban en las oscuras cañadas—. ¿Qué hacen nuestros cazadores? ¿Disparan contra cientos de babirusas y tapires o contra los dayakos?

—Te puedo asegurar que no son animales los que caen bajo los disparos de esas carabinas, sino hombres —respondió Sandokán.

— ¡Que se retiren, entonces!

—Tratarán de hacerlos volver a la selva. Ya sabes que mis malayos no ceden hasta el último momento.

—Pero mis nervios están en tensión.

—Ellos no pueden saberlo, Yáñez. Por otra parte, tampoco los míos están completamente calmados.

En aquel momento apareció un hombre en la explanada gritando:

— ¡No disparéis!

Era Sapagar, que había mandado el pelotón de cazadores.

— ¿Contra qué animales tiran tus hombres? —preguntó Yáñez avanzando hacia él.

—Contra animales de dos patas, señor —respondió el lugarteniente del Tigre de Malasia, jadeando afanosamente—. Se lanzan al asalto del Kaidangan.

— ¡Oh! —exclamó el portugués—. ¿Se han vuelto locos los dayakos?

—No lo parece, señor. Ni siquiera el plomo los detiene.

—Los detendrán las espingardas —dijo Sandokán—. ¿Son muchos?

—No lo sé, capitán. Salen en grupos de los bosques y os aseguro que no escatiman flechas envenenadas. Afortunadamente nuestras balas tienen un alcance mucho mayor y se puede combatir a gran distancia sin demasiado peligro.

— ¿Se repliegan tus hombres?

—Están sólo a doscientos pasos de aquí. Disputan el terreno palmo a palmo.

Sandokán se llevó a la boca el silbato de oro que llevaba sobre la faja roja y lanzó tres silbidos estridentes. Era la señal de retirada.

Casi inmediatamente cesaron los disparos y unos minutos después aparecieron los treinta cazadores. La batida, a pesar de la sorpresa preparada por los dayakos, no había sido infructuosa, pues volvían con cuatro babirusas y siete u ocho feos monos llamados narigudos, pues tienen una nariz monstruosa muy repugnante, ya que tiene un color rojo y suele estar agrietada. Era una reserva valiosísima en aquellos momentos, que permitiría a la columna resistir unos días de asedio sin padecer hambre.

Además, no había que preocuparse por la falta de agua, pues casi en el centro de la meseta había una especie de estanque formado probablemente por las lluvias, en cuyas aguas Yáñez, que lo había explorado, había visto varios grandes anfibios, de más de un metro de longitud, que los malayos llaman bewak o selira. También éstos podían servir en caso de necesidad, por lo menos para los negritos y sus familias.

Sandokán agregó los cazadores a los cuatro grupos, recomendándoles que no desperdiciaran municiones y tiraran sólo sobre seguro; después llamó a Sapagar, indicando a Yáñez y Tremal-Naik que le siguieran.

—Como tenemos un momento de tregua y no ha comenzado todavía el asalto al Kaidangan podemos cambiar impresiones. Me has dicho que no conoces las fuerzas de los dayakos.

—No, capitán.

—Si se atreven a atacarnos también aquí arriba, después de las durísimas lecciones que les hemos dado, deben de ser sin duda muy fuertes. Ya saben que disponemos de un buen número de bocas de fuego pequeñas y grandes.

—Eso me parece a mí también —dijo Yáñez, al que no se le escapaba ni una sílaba.

—Aún no pueden haber cubierto todo el Kaidangan, pues tiene una base demasiado ancha —prosiguió Sandokán—. Por otra parte temo que el maldito

griego, de acuerdo con los hijos del rajá del lago, haga aquí el supremo esfuerzo para interrumpir nuestro avance.

— ¿Lanzando a los dayakos al asalto del monte? —preguntó Tremal-Naik.

—No, asediándonos.

—Pero tenemos todavía fuerzas suficientes para romper las líneas de los sitiadores —observó Yáñez.

—Es probable, pero gastaríamos muchas municiones y sufriríamos muchas bajas. ¿Y cómo nos abasteceríamos?

— ¿Dónde quieres llegar, hermano?

—A que es completamente necesario que alguien vaya hasta la bahía y haga avanzar a marchas forzadas a Sambigliong y a sus hombres con la mayor carga de municiones posible. ¿Qué sucedería si llegásemos a orillas del lago sin carga de metralla y sin una bala? Nuestros parang y nuestros kriss no bastarían para impresionar a los habitantes de los poblados.

— ¿Quieres que vaya a buscarlo y lo traiga? —preguntó Sapagar.

—Es lo que quería proponerte —respondió Sandokán—. Dos hombres hábiles, rápidos y prudentes podrían cruzar las líneas de los dayakos, especialmente durante esta noche de tempestad.

— ¿Por qué dos?

—Te quiero proporcionar un guía fiel y seguro que conozca bien la región: el jefe de los negritos.

—Dame tus últimas instrucciones y partiré —dijo el valeroso lugarteniente de los viejos tigres de Mompracem.

— ¿Has observado, hacia el norte, una colina aislada?

—Sí, capitán.

— ¿A qué distancia crees que se encuentra?

—A menos de tres millas.

—Luego podrías llegar allí entre las dos y las tres de la madrugada.

—Espero que incluso un poco antes —respondió Sapagar.

—Lo primero que deberás hacer es llegar a aquella elevación y encender una hoguera.

— ¿Para qué? —preguntó Yáñez.

—Para que estemos seguros de que has pasado las líneas de los sitiadores. Resistiremos hasta que veamos esa señal y después trataremos de bajar por el

monte, a ser posible inadvertidos. Si conseguimos llegar a la llanura quedaremos citados en la cumbre de la montaña Kin-Ballu, no te olvides. Allí esperaremos a Sambigliong, a sus hombres y las municiones.

—Adelante, amigo: el jefe de los negritos está dispuesto a guiarte.

— ¡Que los genios buenos protejan a mis jefes! —dijo el lugarteniente.

Se colocó la carabina en bandolera, sacó el parang, agarró entre los dientes el kriss sinuoso y desapareció en la oscuridad.

Comenzaba entonces a llover. Grandes gotas caían con un ruido extraño, chocando fuertemente contra las rocas, y en la lejanía el trueno aumentaba en intensidad, retumbando siniestramente.

Curiosamente no relampagueaba.

Yáñez, Sandokán y Tremal-Naik habían vuelto a las posiciones avanzadas protegiendo con sus chaquetas las llaves de las carabinas.

Malayos, assameses y negritos seguían en sus puestos y esperaban intrépidamente el ataque de las hordas dayakas, preparados para lanzar contra ellos sus huracanes de metralla. Sobre las cuatro espingardas habían construido pequeños attap, deshaciendo otros, pues no disponían de material suficiente.

Todos se habían puesto a escuchar, pero ningún ruido traicionaba la marcha de los enemigos. Sólo el trueno retumbaba entre las nubes de tormenta que un viento cada vez más cálido impulsaba en una desenfrenada carrera.

Continuaban cayendo las gotas con ruido monótono y la oscuridad parecía aumentar por momentos. Las nubes descendían hacia la cima del Kaidangan, envolviéndolo poco a poco en una ligera niebla.

Inesperadamente, cuando comenzaba a crepitar la lluvia, se oyó un grito:

— ¡A las armas! ¡Ahí está el enemigo!

Después resonó un disparo. Un centinela avanzado se había replegado rápidamente hacia la meseta.

Formas humanas, confusas en la niebla, trepaban silenciosamente por las pendientes del monte, lanzando las primeras andanadas de flechas.

— ¡Que cada uno de nosotros tome el mando de un grupo! —ordenó fríamente Sandokán dirigiéndose a Yáñez, Tremal-Naik y Kammamuri—. Hemos de resistir hasta que veamos la señal.

Después, levantando la voz, añadió:

—Ahorrad, si es posible, balas, pero no escatiméis clavos. ¡Preparados

para abrir fuego!

Resonaron dos disparos de espingarda, causando un espantoso griterío. Los malayos, que se encargaban de aquellas largas bocas de fuego, habían comenzado a ametrallar a las hordas que se lanzaban al asalto del Kaidangan, incitadas probablemente por el griego y los dos hijos del rajá del lago.

Se produjo un breve silencio y después entraron en acción las carabinas. Se sucedían las descargas, compitiendo con la potente voz del huracán, alternándose con los disparos de espingarda. Los cuatro grupos, cada uno de ellos mandado por un jefe, formados por malayos, assameses y negritos, habían entablado resueltamente el combate, decididos a vender cara la vida.

Protegidos por las enormes rocas, que cubrían la altiplanicie y formaban trincheras casi inexpugnables, no tenían que temer demasiado, de momento por lo menos, a las flechas envenenadas, que llevaban casi siempre una dirección vertical a causa de la pendiente del Kaidangan.

Durante un cuarto de hora se oyó un estruendo continuo, ensordecedor. En dos ocasiones nutridas bandas de dayakos se habían presentado en los lindes de la meseta intentando una carga a golpes de kampilang, pero los huracanes de clavos lanzados por las cuatro espingardas las habían hecho retroceder, obligándolas a retiradas más que precipitadas. Y no combatían sólo los malayos, assameses y negritos. Las mujeres salvajes, junto con sus hijos mayores, habían tomado también parte en la lucha, lanzando a las cabezas de los asaltantes una verdadera lluvia de piedras más o menos gordas y tan peligrosas como las balas de las carabinas.

Acostumbradas a defender sus poblados aéreos y a combatir al lado de sus maridos y sus hijos, aquellas intrépidas mujeres desafiaban las flechas envenenadas y la tempestad para cumplir con su deber.

Los dayakos, que debían haber sufrido numerosas bajas, después de efectuar un último esfuerzo, saludado por cuatro disparos de espingarda casi simultáneos y una cuarentena de tiros de fusil, se habían retirado precipitadamente a las selvas que cubrían las laderas del Kaidangan, pues habían comprendido ya la imposibilidad de conquistar su cumbre con sus ataques con armas blancas. En su bando no se habían oído más que escasísimos disparos, procedentes, probablemente, del griego y de los hijos del rajá del lago.

— ¡Parece que ya tienen bastante! —dijo Yáñez a Sandokán—. Estoy seguro de que esta noche no volverán al ataque.

— ¿Y mañana? —preguntó el Tigre de Malasia.

—Los haremos retroceder una vez más por las laderas del Kaidangan.

— ¿Y pasado mañana?

—Lo mismo, ¡por Júpiter!

— ¿Y las municiones? ¿Durarán eternamente?

—Sé que ése es nuestro problema. ¿Qué piensas hacer?

—Esperar la señal y después partir.

—Hace más de una hora que salió Sapagar.

—No llegará a la altura antes de las tres de la madrugada.

—Pues esperemos. Pero ¿crees que conseguiremos escapar de los dayakos?

—No me cabe la menor duda.

—Y ese Nasumbata ¿no nos causará contratiempos? ¿Quién lo llevará?

—Lo dejaremos aquí. Que se las entienda con su amigo griego y tu chitnudgar. Ya no sé qué hacer con él. Me ha dicho lo que quería saber y ahora no tenemos tiempo de ocuparnos de los inválidos.

—Esperemos que los dayakos lo confundan con uno de nuestros hombres y lo decapiten —dijo Yáñez—. Su cabeza le pesa ya demasiado sobre los hombros y hace tiempo que debería figurar en alguna colección de cráneos.

Mientras hablaba seguía a Sandokán, que se dirigía hacia la roca que servía como observatorio. La lluvia continuaba cayendo y una profunda oscuridad envolvía las llanuras circundantes. Se habría visto en seguida un punto luminoso que apareciese por el norte. Los centinelas avanzados, salidos de los cuatro grupos después de la retirada de los dayakos, continuaban disparando de vez en cuando sus carabinas para que el enemigo comprendiera que en la pequeña meseta no se descuidaba la vigilancia.

Sandokán y Yáñez se habían puesto a observar. Ya no se veía la colina, pues, como hemos dicho, la envolvía la oscuridad. Pasó una hora sin que los dayakos reanudasen el ataque, pero volvió a sonar la voz de los centinelas.

— ¡A las armas!

9. La retirada al Kim-Ballu

Sandokán y Yáñez se habían precipitado roca abajo decididos a presentar una desesperada resistencia en espera de la señal, pues no querían intentar el descenso sin tener la seguridad de que Sapagar y el jefe de los negritos estaban

ya libres de peligro.

El éxito de la expedición podía depender ya de aquellos dos hombres. Un refuerzo de veinte malayos, curtidos por toda clase de batallas terrestres y navales y además cargados de municiones, no era cosa despreciable en una lucha que podía deparar, a orillas del misterioso lago, desagradables y gravísimas sorpresas.

Los cuatro grupos habían respondido en seguida a la alarma dada por los centinelas con cuatro sonoras descargas de espingarda, cubriendo de clavos las laderas del Kaidangan.

Los dayakos debían haber experimentado el efecto de aquella andanada, pues los disparos provocaron agudísimos gritos de dolor.

Las carabinas no tardaron en entrar en acción por segunda vez. Se sucedían las descargas cuando las espingardas iban a ser recargadas.

La meseta parecía un cráter. Lo que sorprendía a Sandokán y a Yáñez era el comportamiento de los negritos.

Aquellos pequeños hombres, quince días antes todavía salvajes y perfectamente desconocedores del uso de las armas de fuego, combatían magníficamente, compitiendo con los malayos y assameses.

Formados en dos líneas, esperaban que los dayakos, sus mortales enemigos, apareciesen delante de las rocas para fulminarlos casi a quemarropa. Ciertamente se estaban tomando un terrible desquite, gracias a la superioridad de sus armas y al apoyo de sus formidables compañeros, mientras tanto las espingardas disparaban sin descanso, confundándose sus detonaciones con los truenos que resonaban entre las nubes y abriendo entre los asaltantes grandes brechas que no siempre se cerraban.

A pesar de las pérdidas enormes que sufrían, los dayakos no renunciaban a sus intentos. Rechazados, volvían a la carga más furiosos que antes, tratando de llegar al cuerpo a cuerpo, cosa que no deseaban en absoluto ni los malayos ni los assameses, demasiado inferiores numéricamente para resistir un enfrentamiento tan terrible.

Hacía media hora que sonaban las descargas, con gran derroche de municiones, cuando hacia la mitad de la ladera se oyeron varios gongs.

— ¿Qué significa eso? —se preguntó Yáñez, que Manejaba una de las cuatro espingardas—. Es una señal.

En aquel momento se oyó a Sandokán gritar:

— ¡El fuego! ¡El fuego de Sapagar! ¡Barred a estos canallas! ¡Ala carga!

Los cuatro grupos iban a lanzarse hacia adelante empuñando los parang

cuando cesaron bruscamente las vociferaciones de los dayakos.

—Eh, Sandokán —gritó Yáñez—, ¿contra quién quieres cargar?

— ¡Contra los dayakos, saccaroa!

— ¡Pero si se están retirando!

— ¿Huyen?

—Y más rápidos que los babirusas. Creo que ya han tenido bastante y no se sienten capaces de soportar más duchas de clavos. Deben tener ya muchos bajo la piel.

—Entonces es el momento de levantar el campo —dijo el Tigre de Malasia—. No obstante, tratemos de engañarlos. Los ataques se han hecho siempre en este frente, lo que quiere decir que por esta parte intentarán mañana un esfuerzo supremo y que por eso tendremos que vigilarla de forma especial.

—Cierto —respondió Yáñez.

—Haz que desmonten los attap y enciendan hogueras a cierta distancia una de otra. Los dayakos creerán que hemos establecido aquí nuestro campamento, mientras que nosotros escaparemos por la otra parte. Descenderemos en una sola fila, de uno en uno. Que los negritos vayan delante con Kammamuri, pues son más rápidos y hábiles que nosotros; después irán los malayos con las espingardas, conducidos por mí, y tú tomarás el mando de los assameses junto con Tremal-Naik. ¿De acuerdo?

—Completamente.

—Diles que guarden silencio. El griego puede haber colocado centinelas también en las laderas occidentales y eso es lo que tenemos que evitar.

— ¿Y si se dan cuenta de nuestra retirada?

—Nos lanzaremos contra las líneas dayakas con ímpetu desesperado y nos abriremos paso con los parang. Nuestros hombres son valerosos y tengo plena confianza en ellos.

—Y yo también, Sandokán —respondió Yáñez.

—Haz lo que te he dicho mientras yo voy a decirle un par de cosas a Nasumbata.

— ¿Quieres realmente dejarlo aquí?

—Ese hombre sería un impedimento.

Se dirigió hacia un attap, donde habían colocado al traidor, con los brazos aún atados y la pierna herida vendada.

—Te perdono la vida —le dijo Sandokán—, aunque tendría el derecho de quitártela; pero los años han calmado la ferocidad del Tigre de Malasia.

—Gracias, capitán.

—Nosotros partimos y tú te quedarás aquí, pues no podemos ocuparnos de los heridos. No nos sobran brazos.

—Como quieras, capitán.

—Una última pregunta.

—Te escucho, capitán.

—Confío en tu sinceridad.

—Te debo la vida.

— ¿Dispone de muchas armas de fuego el rajá del lago? —Sólo posee una docena de carabinas y un lilá.

—Está bien: ahora déjate amordazar. Me veo obligado a tomar precauciones.

—Como quieras, capitán.

Sandokán desató la larga faja de seda roja que le ceñía las caderas, desgarró un pedazo y amordazó estrechamente al traidor, dejándole libre la nariz para que no corriera el riesgo de morir asfixiado.

— ¡Adiós! —le dijo después, bruscamente—. Y procura que no te encuentre de nuevo entre mis enemigos, pues esta vez sería inexorable.

Cuando dejó el attap siete u ocho hogueras ardían sobre las rocas que rodeaban la meseta y la columna, dispuesta en fila india, estaba preparada para iniciar el descenso del Kaidangan.

Como había ordenado, los negritos se encontraban en la vanguardia, pues aquellos hombrecillos estaban acostumbrados a las marchas nocturnas por la selva y poseían además un oído finísimo que les permitía captar, aun a notables distancias, los más débiles ruidos; seguían los malayos, que llevaban las espingardas desmontadas, y finalmente los assameses con las últimas cajas de municiones y algo de caza que no habían querido dejar para que la aprovecharan los dayakos.

Sandokán pasó rápidamente revista a la columna y después ordenó:

— ¡Adelante!

El huracán estallaba entonces con gran violencia, con un ruido sordo. Comenzaba a caer la lluvia a cántaros y el viento aullaba alrededor de los últimos picos del Kaidangan. De vez en cuando brillaba un relámpago entre

las nubes tormentosas, volviendo después, aún más densa, la oscuridad.

La larga columna descansó un momento en el borde occidental de la meseta y después los negritos, conducidos por el subjefe de la pequeña tribu y por Kammamuri, comenzaron el descenso.

Por aquel lado la montaña era muy empinada y los bosques llegaban más arriba que por las demás partes, pero el descenso se efectuaba con mucho orden entre el ruido de la lluvia y los estruendos ensordecedores de los truenos. Cada vez que un relámpago rompía las tinieblas todos los hombres, las mujeres y los niños se lanzaban rápidamente a tierra para que no les vieran los centinelas dayakos que podían vigilar los bordes de la selva y después reanudaban su marcha silenciosa, con los oídos atentos y los ojos bien abiertos.

En la cumbre del Kaidangan continuaban ardiendo con resplandores rojos las hogueras. En la lejanía brillaba todavía en la oscuridad el fuego encendido por Sapagar y el jefe de los negritos.

A las dos de la madrugada la columna que avanzaba por las laderas del monte como una monstruosa serpiente llegaba felizmente a los primeros árboles. No se había dado ninguna alarma. Probablemente los dayakos, engañados por las hogueras y temiendo algún inesperado contraataque por parte de los asediados, habían reunido a todos sus grupos dispersos por las laderas para poder resistir mejor el choque.

— ¡Parece que todo va bien! —dijo Yáñez, llegando donde estaba Sandokán, que había ordenado un breve descanso para mandar algunos exploradores.

— ¡Tengo la esperanza de haber engañado a ese perro griego! —respondió el Tigre de Malasia.

— ¿No crees que haya centinelas por aquí?

—Si hay alguno acabaremos con él a golpes de parang. Ordena a tus hombres que nadie dispare, suceda lo que suceda. Quiero llegar a la llanura sin atraer la atención del grueso de los dayakos. La pendiente es demasiado pronunciada para colocar en batería las espingardas, que constituyen nuestra fuerza principal.

En aquel momento volvían los cuatro negritos mandados como exploradores.

— ¿Nada? —preguntó Sandokán a Kammamuri, que había hablado rápidamente con los pequeños hombres de la selva.

—No hay dayakos, señor —respondió el maharata.

— ¿Están seguros?

—Esos salvajes difícilmente se equivocan —dijo Yáñez—. Lo sabes mejor que yo.

— ¡Adelante! —ordenó Sandokán.

La columna se internó resueltamente en la vegetación que cubría las laderas del Kaidangan. Seguía lloviendo a cántaros y el viento se enredaba bajo las bóvedas vegetales, torciendo ramas y hojas y aullando con mayor fuerza.

Brillaban relámpagos seguidos de truenos estremecedores, pero los fugitivos no se preocupaban ya; es más, acogían con agrado aquellos inesperados resplandores que le permitían descubrir a los centinelas dayakos si se encontraban escondidos bajo los árboles o entre los matorrales. Habían dejado atrás la zona descubierta y era ya difícil que les sorprendiesen.

Continuó el descenso durante una hora más, entre plantas gigantescas cuyos troncos macizos no temblaban ni siquiera bajo las potentes ráfagas de viento.

La columna no estaba más que a trescientos o cuatrocientos metros de la llanura cuando pasó de boca en boca una palabra, transmitiéndose rápidamente hasta el último hombre.

— ¡Alto!

Yáñez dejó a los assameses y se aproximó a Sandokán.

— ¿Nos habrán cortado la retirada? —le preguntó.

—No creo —respondió el Tigre de Malasia.

— ¿Por qué entonces esta pausa precisamente ahora que hemos terminado prácticamente el descenso?

—Esperemos a Kammamuri. Está en la vanguardia con los negritos y vendrá a decirnos algo. Mantén reunidos a tus hombres.

—Está Tremal-Naik con ellos y me fío completamente de él. Vale por un general.

—Tal vez necesitemos lanzar a la carga a algún grupo. Estamos ya lejos y con todo este estruendo que producen los truenos y el viento nadie podría distinguir una descarga de fusiles. Ahí está Kammamuri, si no me equivoco. Ahora sabremos quién nos ha detenido.

En efecto, el maharata subía rápidamente la montaña para llegar donde estaban sus jefes mientras ordenaba a los hombres que formaban la columna que tuviesen preparadas las armas.

— ¿Qué novedades hay, Kammamuri? —preguntó Sandokán.

—Hay una pequeña guardia de dayakos emboscada en la base de la montaña, entre las altas hierbas.

— ¿Nos han descubierto?

—No; los negritos la han visto a la luz de un relámpago.

— ¿Has dicho que es pequeña? —preguntó Yáñez.

—Sólo unos pocos hombres.

—Déjame a mí, Yáñez —dijo Sandokán.

Se dirigió a sus malayos.

—Dejad en el suelo las espingardas y seguidme —les ordenó—. No quiero ningún disparo, no lo olvidéis. Atacaremos con los parang y los kriss. Tú, Yáñez, ten preparados a los assameses para que acudan a mi llamada, aunque espero no necesitarlos. ¡A mí, tigres de Mompracem!

Los malayos estaban ya preparados para seguirle. Habían descargado las espingardas y los trípodes, se habían colocado en bandolera los fusiles y habían desenvainado los pesados y brillantes sables.

Sandokán se colocó a su cabeza mientras los negritos se acurrucaban formando un grupo compacto bajo las inmensas hojas de un banano para protegerse de la lluvia, que no dejaba de caer impetuosamente. Los assameses, en cambio, habían permanecido en pie para poder acudir con más rapidez en caso de que hubiera necesidad de sus tarwar. Pero Yáñez estaba tan seguro de que no tendría que intervenir que había encendido un cigarrillo. Ya antes de dejar el pico había mandado abrir su caja particular, donde había hecho amontonar miles de cigarrillos para no aburrirse demasiado durante el descenso de la montaña.

Mientras tanto, Sandokán y sus malayos se deslizaban silenciosamente como sombras entre los árboles, escondiéndose tras los enormes troncos cuando algún relámpago iluminaba la escena.

Querían caer por sorpresa sobre los dayakos y aniquilarlos antes de que pudieran emitir ningún grito.

Con aquella lluvia torrencial los salvajes no se esperaban ciertamente un ataque, sobre todo considerando que creían que sus enemigos estaban en la cumbre del monte. Pasando de tronco en tronco el grupo no tardó en llegar a la llanura. Sandokán y sus hombres habían observado ya exactamente a la luz de los relámpagos el lugar donde se encontraba emboscada la pequeña guardia.

— ¡Atención! —dijo a sus malayos, que le seguían de cerca, impacientes

por entrar en acción—. No son más que siete u ocho y no debéis dejar escapar a ninguno.

Se internaron entre las altísimas hierbas, arrastrándose como serpientes, y llegaron sin ser vistos a pocos pasos del grupo de dayakos. Éstos estaban acurrucados unos contra otros para refugiarse de la lluvia que continuaba cayendo.

Sandokán esperó unos minutos para que sus hombres tuvieran tiempo de agruparse y después se lanzó hacia adelante con la cimitarra levantada gritando:

— ¡A ellos, tigres de Mompracem!

Los dayakos, al oír esa orden, se habían incorporado rápidamente para rechazar aquel fulminante ataque, pero era ya demasiado tarde.

Se entabló un furioso combate, pues también aquellos terribles cazadores de cabezas eran unos magníficos guerreros.

Los treinta malayos acabaron fácilmente con aquel pequeño grupo. Dos minutos después la pequeña guardia yacía en su totalidad sin vida entre las altas hierbas, mezclando su sangre con la lluvia torrencial.

Sandokán sacó el silbato de oro y lanzó una nota agudísima.

Inmediatamente negritos y assameses descendieron corriendo por el último trecho del Kaidangan, reuniéndose al borde de la inmensa llanura.

— ¿Ya está? —preguntó Yáñez.

—Han caído todos —respondió Sandokán.

—No me gusta matar así.

— ¡Era necesario, Yáñez! Por otra parte, si ellos hubieran podido sorprendemos a nosotros, dentro de quince días nuestras cabezas adornarían la cabaña de algún jefe.

—Eso es cierto, y yo no deseo de ninguna forma dejar aquí mi cráneo. La raní de Assam lloraría demasiado si perdiese a su príncipe consorte.

— ¿Piensas mucho en Surama?

— ¡Por Júpiter! ¡Es mi mujer! ¿Continuamos, hermano?

—A toda marcha. ¿Dónde están las espingardas?

—Las traen mis assameses.

—Corramos, Yáñez, y corramos mucho. Mañana el griego asaltará de nuevo la cumbre del Kaidangan y cuando se dé cuenta de nuestra fuga

organizará una caza despiadada por estas inmensas llanuras. No podremos considerarnos seguros hasta que hayamos escalado el Kin-Ballu.

— ¿Una marcha larga?

—Un centenar de kilómetros.

— ¡Vaya! Tres días de marcha por lo menos con estas condenadas hierbas.

—Trataremos de reducirlos a dos. ¿Está formada la columna?

—Están todos preparados.

— ¡Que sigan delante los negritos!

—Ya están en cabeza.

— ¡En marcha, pues!

Se pusieron en camino entre aquellas altísimas hierbas, que resultaban tan engorrosas que Sandokán mandó una decena de assameses a la cabeza de la columna para que abriesen una especie de surco con sus afiladísimos tarwar, que se prestaban mucho mejor para ello que los pesados parang.

Las mujeres de los negritos llevaban a los niños a sus espaldas para que no se perdieran, cosa facilísima con aquella oscuridad y en aquel caos vegetal.

La lluvia había cesado, pero el huracán no se había calmado todavía. Seguían resonando los truenos con gran estrépito y sobre la llanura caían de vez en cuando ráfagas de viento impetuosísimas, doblando las hierbas gigantescas. Todos apretaban el paso al máximo, incluso los malayos que llevaban las largas y pesadas espingardas y las cajas de municiones.

Era necesario ganar terreno antes de que los dayakos se dieran cuenta de la fuga milagrosa de sus enemigos y organizaran la persecución.

Sandokán no deseaba en absoluto una batalla en campo abierto, pues conocía perfectamente el valor y el ímpetu salvaje de sus enemigos.

El alba los sorprendió a una docena de millas del Kaidangan, pues las últimas las habían recorrido casi corriendo, poniendo a dura prueba las piernas de las mujeres, aunque aquellas pequeñas salvajes están acostumbradas a las marchas larguísimas para escapar a los ataques de los cazadores de cabezas.

Sandokán ordenó una breve pausa, pues no quería agotar completamente a la columna.

Mientras sus hombres acampaban como mejor podían junto con los malayos y negritos y descuartizaban un babirusa para devorarlo crudo, ya que se había prohibido terminantemente encender fuego para no indicar al enemigo la dirección que seguían y para evitar también el peligro de incendiar

las altas hiedas que estaban en parte ya secas, Yáñez, con Sandokán y Tremal-Naik, volvió atrás unos cuatrocientos o quinientos metros, llegando a una pequeña ondulación del terreno.

Desde allí podían observar mejor el Kaidangan y quizás también descubrir los movimientos de los enemigos si marchaban en grandes columnas.

El gigantesco pico se erguía majestuoso, con la cumbre dorada por los primeros rayos del sol naciente.

Ya no ardían las hogueras. La lluvia torrencial caía durante la noche debía de haberlas apagado mucho antes.

No obstante se veían delgadas columnas de humo en los bordes de los bosques que se encaramaban por las laderas del coloso.

—Están todavía acampados nuestros enemigos —dijo Sandokán, que tenía una vista muy aguda a pesar de su edad—. Parece ser que aún no se han dado cuenta de nada y siguen creyendo que estamos en la cumbre del Kaidangan.

—Y llevamos ya una buena ventaja —añadió Yáñez.

—Que desaparecerá poco a poco, hermanito. Los dayakos son grandes corredores; no llevan más carga que sus armas y la cesta para colocar la cabeza del primer enemigo que consiguen matar, mientras que nosotros tenemos a las mujeres y a los niños, las cajas de municiones y las espingardas.

—Es cierto, Sandokán, pero aún no han atacado la cumbre, luego tienen aún que empezar la persecución. Tal vez esperen hasta esta tarde para intentar una sorpresa.

—Sería una gran suerte para nosotros —comentó Tremal-Naik.

—Esperemos tenerla —respondió el Tigre de Malasia—. Yo quisiera encontrarme ya en el Kin-Ballu, reforzado por Sambigliong y sus hombres. Bueno, ya veremos: aún no estamos muertos.

Volvieron al campamento y comieron unos trozos de tocino cortados del vientre del babirusa. Como no tenían nada mejor, acogieron sin gestos de desagrado aquel pobre manjar.

Sin duda habrían preferido un buen asado, pero, como hemos dicho, la prudencia había aconsejado a Sandokán prohibir severamente que se encendiera fuego.

Una hora después la columna reanudaba su marcha hacia el sur para llegar lo antes posible al segundo monte.

El huracán se había calmado y el sol derramaba torrentes de fuego sobre la vasta llanura, absorbiendo rápidamente la humedad.

Por encima de las altas hierbas ondeaba una ligera niebla que se dispersaba después en grandes cortinas que el viento matutino hacía desaparecer.

A mediodía ya no se veía el Kaidangan. ¿Se habían puesto ya en marcha los dayakos o bien vivaqueaban todavía por sus laderas, esperando la noche para volver a intentar el asalto? Eso se preguntaban, con cierta preocupación, Sandokán, Yáñez, Tremal-Naik y Kammamuri.

¿Cómo saberlo?

Todos, empero, sentían por instinto que tenían ya a sus espaldas a las sanguinarias hordas, ansiosas de aplastar en la llanura a la pequeña columna.

Por la tarde se habían recorrido más de cincuenta kilómetros, pero todos estaban exhaustos, especialmente las mujeres, que no habían dejado a sus pequeños, y los portadores, de las espingardas.

Se imponía un largo descanso, pues la noche anterior nadie había podido dormir.

Sandokán hizo cortar las hierbas en un vasto trecho e improvisar un campamento, y, como precaución ante un posible ataque de los dayakos, hizo colocar las cuatro espingardas en los ángulos.

La vigilancia se les confió a los negritos, que parecían menos cansados, y a algunos malayos.

Los demás, tras devorar los restos del babirusa, se dejaron caer sobre montones de hierba, al lado de las carabinas. Yáñez, Sandokán y Tremal-Naik se instalaron detrás de las cajas de municiones que se habían colocado de forma que los protegieran del viento nocturno y, después de fumar y charlar un poco, se durmieron también aunque les atormentaba la posibilidad de que les siguieran las hordas del rajá del lago.

Hacía varias horas que dormían los acampados cuando los malayos que vigilaban junto con los negritos despertaron a Sandokán.

—Jefe —dijo uno de ellos—, de la llanura salen columnas de humo.

El Tigre de Malasia, que dormía con un ojo abierto, pues esperaba un ataque de un momento a otro, se incorporó, sacudiendo a Yáñez y a Tremal-Naik, que roncaban tranquilamente.

—Parece que el griego casi nos ha alcanzado —les comunicó.

— ¡Que Belcebú se lo lleve al infierno! —respondió el portugués, que parecía estar, contra su costumbre, de mal humor—. Soñaba que estaba en la corte de Assam, en mi lecho dorado, con cuatro pavos reales disecados en los ángulos con las alas y las colas desplegadas. ¿Qué quiere ese molesto pescador de esponjas?

—Te digo que va a alcanzarnos —dijo Sandokán.

—Comienza a fastidiarme realmente. Hay que meterle en el cráneo una veintena de gramos de plomo.

— ¿Cómo? ¡Un centenar! —exclamó Tremal-Naik.

— ¡Una descarga de metralla!

—Ve tú, Yáñez, y dispárasela —respondió Sandokán.

—De momento no tengo intención de hacerlo —dijo el portugués, desperezándose—. ¡Ah, qué fastidio!

—Eh, hermano, ¿duermes todavía?

—Me hubiera gustado continuar mi sueño. La corte, mi lecho dorado, los cuatro pavos reales...

—Y tu cabeza haciendo muecas en alguna cabaña dayaka —dijo Sandokán.

— ¡Eso no, por Júpiter! ¿Y Surama? ¿Cómo lloraría mi mujer si no volviera su Sahib blanco!

—Entonces deja el jergón de hierbas y reanuda la marcha.

— ¡Por Júpiter! ¡Vamos a convertirnos en judíos errantes! —replicó Yáñez.

—No sé lo que son —respondió Sandokán, que se había puesto muy serio—. Sé que hay que caminar, o, mejor dicho, correr, para subir al Kin-Ballu antes de que se nos echen encima los dayakos.

— ¿Has comprendido, Tremal-Naik? —preguntó el portugués, incorporándose y tomando la carabina—. Caminar siempre, día y noche. Es así como Sandokán conquista reinos. Cuando yo derroqué a la vieja dinastía de Assam caminé mucho menos. ¿Te acuerdas?

—Sin embargo, hemos pasado por mayores aventuras —respondió el cazador de la jungla negra.

—Sí, algo más brillantes —dijo Yáñez—. La India no es Borneo.

—Es un país maravilloso —observó Sandokán—. Ven a ver aquellos fuegos que brillan en el lejano horizonte.

— ¡Por Júpiter! ¿Será leña o hierba seca que se quema?

—Encendida por los dayakos.

—Ya te he dicho que comienzan a fastidiarme.

—Y vendrán también por tu cabeza, hermano.

— ¡Oh, no tan pronto!

—Ven a verlos.

Yáñez se incorporó con dificultad y avanzó entre las hierbas cortadas a pocos centímetros del suelo.

Se elevaban a gran distancia columnas de humo rojizo, que se inclinaban de vez en cuando al soplar la brisa nocturna.

Eran diez, quince, incluso veinte. Detrás de aquellos fuegos se extendía sin duda un gran campamento.

— ¿Los ves, Yáñez? —preguntó Sandokán.

— ¡Por Júpiter! No estoy ciego.

—Y yo tampoco —añadió Tremal-Naik.

—Han dejado el Kaidangan y han acampado en la llanura.

—La caza ha comenzado —respondió el portugués, con su calma habitual. Tenía que ocurrir. ¿Qué quieres hacer?

—Reanudar la marcha.

— ¿Resistirán nuestros hombres?

—No bromees, Yáñez.

—Sabes que muy pocas veces estoy serio, aunque en Assam haya pasado por inglés.

—Un inglés que amenazaba matar hasta al dueño del hotel —dijo Tremal-Naik.

—Tienes razón: lo había olvidado —respondió Yáñez, estallando en una sonora carcajada.

— ¿Os quedan todavía fuerzas en las piernas? —preguntó Sandokán.

—Yo todavía no estoy del todo inválido —contestó el portugués.

—Y yo tampoco —añadió Tremal-Naik.

—Entonces levantemos el campo.

Volviéron apresuradamente y dieron órdenes a los centinelas de que despertaran a todos.

Menos de cinco minutos después la columna estaba preparada para ponerse de nuevo en marcha. Sólo los niños gritaban, aunque sus madres intentaban hacerles comprender la gravedad de la situación.

— ¡Vamos, un último esfuerzo! —dijo Sandokán a sus hombres—.

Mañana por la noche acamparemos en el Kin-Ballu y a lo mejor podremos ver desde allí el lago de mis antepasados... ¿Siguen a la cabeza los negritos?

—Sí, Tigre de Malasia —respondió Kammamuri—. Siguen bajo mi puño de hierro.

—Da la señal, coronel —dijo Yáñez—. Ya te has olvidado de que eres un gran militar...

—No, alteza.

—En marcha, pues.

10. En el Kin-Ballu

La columna, aunque agotada, se había puesto de nuevo en marcha a través de aquella interminable llanura de hierba que recordaba a las inmensas estepas del Turquestán. En la depresión que descendía hacia el gran lago de norte de Borneo reinaba un calor pesado que presagiaba algún huracán.

Pero ninguna nube vagaba por el cielo transparentísimo, constelado por miles de estrellas brillantes.

En la lejanía hipaban los grandes sapos de los pantanos, y de vez en cuando se oía el rugido de algún tigre hambriento, rabioso por no haber podido encontrar todavía su cena.

De vez en cuando un sople de aire calentísimo, que venía de las regiones meridionales, pasaba por la llanura, quitando la respiración y doblando las altas hierbas con un murmullo nada desagradable, pero que alarmaba a los negritos, que esperaban ver surgir en cualquier momento de entre la vegetación a los cazadores de cabezas.

Aquella segunda marcha, más veloz que la primera, duró hasta el amanecer; después negritos, assameses y malayos se dejaron caer al suelo. Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik, tampoco podían más.

Sin embargo, ante ellos, a unas cuarenta millas, se delineaba sobre el fondo purísimo del cielo, levemente teñido de azul, una cumbre aislada: era el Kin-Ballu, una montaña enorme, que lleva el mismo nombre del lago aunque la separan de él más de doscientas millas.

— ¡Conformémonos por ahora con verlo! —dijo Yáñez a Sandokán, que lo observaba atentamente, con las manos extendidas sobre los ojos para protegerlos de los fuertes rayos del sol.

— ¡Nuestra salvación está allí arriba! —respondió el Tigre de Malasia.

—Con tal de que no nos asedien de nuevo.

—Tendremos tiempo de proveemos de víveres. Cuando llegemos batiremos la llanura, que, como has visto, está llena de caza, y esperaremos a los refuerzos.

— ¿Podrá llegar hasta nosotros Sambigliong?

—Desde esa cumbre podremos verlo de lejos —respondió Sandokán—. Veremos si los dayakos, atrapados entre dos fuegos, saben resistir. También Sambigliong tiene cuatro espingardas colocadas en las trincheras de la kotta y no será tan estúpido como para dejarlas allí. Es un hombre viejo, pero sigue siendo astuto como un verdadero malayo. Yo cuento con esas bocas de fuego que siembran tan bien clavos y chatarra. Creo que son más útiles que los lilá y los mirim.

—En efecto, hacían sudar mucho a los ingleses de Labuán cuando trataban de molestar a nuestros praos de Mompracem —respondió Yáñez.

—Vamos a descansar un poco, hermano. Nos lo hemos merecido.

—Si pudiera dormiría veinticuatro horas.

—Y despertarías con la cabeza dentro de una cesta dayaka —respondió Sandokán—. Confórmate con tres horas, ni una más. Tengo prisa por llegar al Kin-Ballu.

Volvieron lentamente al campamento. Todos roncaban ruidosamente a excepción de ocho o diez centinelas que debían relevarse cada hora y que vigilaban las cuatro espingardas ya montadas y colocadas en los cuatro ángulos del claro. Kammamuri había hecho ya preparar para ellos una suave yacija formada por una espesa capa de hierba fresca.

Sin embargo, no se había montado ningún attap, pues en aquellas llanuras no había plantas de alto tronco y hojas gigantes.

En cuanto se hubieron tumbado, los tres jefes de la columna se pusieron a roncar ruidosamente, seguros de que nadie les molestaría.

Al mediodía Kammamuri, siempre incansable, hizo incorporarse a sus negritos con una serie de curiosas órdenes.

Los malayos y assameses, despertados por aquellos gritos, no tardaron en imitar a los pequeños salvajes de las selvas de Borneo.

Se desmontaron en seguida las espingardas y la columna se reordenó rápidamente y se volvió a poner en movimiento, apretando el paso.

Todos intuían que las hordas dayakas debían de haberse lanzado por la

llanura con la esperanza de sorprenderlos antes de que pudieran llegar al Kin-Ballu.

Pero si éstas tenían buenas piernas, los negritos, malayos y assameses no tenían nada que envidiarles.

Las columnas de humo descubiertas al amanecer habían desaparecido, lo que hacía suponer que los terribles cazadores de cabezas habían levantado ya el campo para reanudar la persecución.

— ¡Nos siguen! —dijo Sandokán, que se volvía hacia atrás con frecuencia—. Los presiento.

—Pero deben de estar aún lejos.

—Esos condenados correrán.

—Corramos también nosotros y conservemos nuestra notable ventaja.

—Pero ellos están más descansados, pues han pasado la noche en las laderas del Kaidangan, mientras que nosotros estábamos en marcha.

—Estas cuatro o cinco horas de descanso nos han devuelto bastante las fuerzas. Mira cómo caminan las mujeres, a pesar de que llevan niños a la espalda.

—Ya veremos si resisten hasta el Kin-Ballu —contestó Sandokán, moviendo la cabeza.

—Nosotros las ayudaremos. Las municiones no se han terminado todavía y nuestros hombres están preparados para ametrallar a los dayakos.

—Tú siempre optimista.

—Y, como ves, con mi optimismo he conquistado un reino; me he convertido en un rajá y me he casado con la más hermosa raní de la India.

—Siempre tienes razón, Yáñez, y renuncio a discutir contigo —respondió el Tigre de Malasia riendo—. Eres realmente un hombre maravilloso.

—Y tú el más terrible de los hombres. No malgastemos nuestro aliento, hermano, en charlas inútiles, y reservemos todas nuestras fuerzas para las piernas... ¡Qué lejos parece siempre ese maldito Kin-Ballu!

—No llegaremos hasta después del amanecer.

—Y tendremos que escalarlo también.

La columna continuaba su marcha rapidísima. Era una verdadera carrera, que agotaba en especial a las mujeres, cargadas con sus niños, y a los portadores de espingardas.

No obstante nadie se quejaba y todos hacían esfuerzos sobrehumanos para llegar lo antes posible a la montaña, que parecía alejarse cada vez más, en vez de aproximarse.

A las tres de la tarde Sandokán hizo que la columna efectuara una breve pausa y, como por la mañana, volvió atrás con Yáñez y Tremal-Naik para subir a otra ondulación del terreno que se delineaba a unos centenares de metros del campo.

Sin embargo, aquella exploración no dio ningún resultado.

La gran llanura parecía desierta y ninguna columna de humo manchaba el luminoso horizonte.

— ¿Habrán renunciado a la persecución?

—Son demasiado testarudos y tienen demasiado interés en detenernos antes de que lleguemos a orillas del lago —contestó Sandokán.

—Y, sin embargo, se les debería ver desde aquí —observó Tremal-Naik.

—Se deslizan a través de las hierbas, siguiendo probablemente el sendero abierto por nosotros —opinó Sandokán.

—No parece tranquilo, hermano —observó el portugués.

—Es cierto, Yáñez. Tengo miedo de que me cerquen en esta llanura.

—No somos pocos...

—Pero no sabemos de qué fuerzas dispone el griego. Esa es la incógnita.

—Que se despejará cuando lleguemos al Kin-Ballu. Desde allí podremos saber por fin cuántos hombres ha lanzado tras nosotros el rajá del lago.

—Con tal de que podamos llegar antes de que nos caigan encima. Nuestros hombres no podrán resistir mucho tiempo una marcha como ésta.

—Los indios son buenos corredores y yo respondo plenamente de mis assameses. ¿No ves lo secos y musculosos que son? Los elegí cuidadosamente.

—Tampoco mis malayos son unos perezosos, y tú lo sabes, pues los conoces como yo.

—Entonces todo irá bien —concluyó Yáñez, que nunca dudaba de nada.

El descanso no duró más que media hora. Aunque agotados y hambrientos, ya que las provisiones se habían terminado la noche anterior, todos se mostraron dispuestos a reanudar la marcha, incluso las mujeres. No obstante, se había difundido ya entre todos cierta inquietud, aunque los tres jefes y Kammamuri conservaban una gran calma, más aparente que real.

— ¡Adelante los judíos errantes! —dijo Yáñez, que era tal vez el único que conservaba su eterno buen humor—. El que tenga hambre que se apriete bien el cinturón y concentre todas sus energías en las piernas. En la guerra nunca han sido agradables las retiradas, pero nosotros nos tomaremos una colosal revancha en el Kin-Ballu.

La columna se volvió a poner en marcha, precedida siempre por los negritos, que parecían realmente incansables.

Aquel último trecho de llanura requirió más de cuatro horas de marcha rapidísima y se recorrió en condiciones bastante buenas y sin que los dayakos dieran ninguna sorpresa.

El Kin-Ballu se erguía ya ante la columna, con sus laderas macizas cubiertas por densos bosques, llenos sin duda de caza.

Bajaban grandes torrentes, murmurando y saltando, subdividiéndose en miles de pequeñas cascadas y escondiéndose bajo las altas hierbas de la llanura.

Como el Kaidangan, el Kin-Ballu no es más que un gigantesco pico de mil doscientos o mil trescientos metros de altura, completamente aislado.

Es al sur del lago donde empiezan a formarse las cordilleras, uniéndose a la de los montes de Cristal, que forma la columna vertebral de la isla.

La parte septentrional no tiene más que unos cuantos picos aislados, en su mayoría de origen volcánico.

La columna se había detenido al pie de la montaña, pues no se sentía con fuerzas para acometer la ascensión después de una marcha tan larga. Por otra parte, no corría ninguna prisa. Al parecer los dayakos se habían quedado atrás, y las densas selvas estaban allí, preparadas para ofrecer una magnífica protección a Sandokán y sus hombres.

—Por fin podemos tomar aliento y fumar en paz un cigarrillo —dijo Yáñez al Tigre de Malasia y a Tremal-Naik—. Esta fuga se hará famosa.

—Fuga no —matizó Sandokán—; llámala marcha.

—Está bien: marcha estratégica.

—Y llevada a cabo maravillosamente —añadió Tremal-Naik.

—Gracias a la fortaleza de nuestras piernas —respondió el portugués, que fumaba voluptuosamente—. ¿Y no se podría cenar? Coronel Kammamuri, pregunta al sargento encargado de los víveres qué cena puede ofrecernos esta noche. En el ejército assamés hay siempre uno que, si no se preocupa por los soldados, lo hace al menos por sus jefes y sus vientres.

El maharata, que estaba tumbado tranquilamente a pocos pasos de distancia, aspirando el aire fresco de la montaña, se incorporó rápidamente diciendo:

—Lo siento mucho, alteza, pero el sargento encargado de los víveres ha desaparecido misteriosamente sin dejarnos siquiera una miserable cacatúa.

— ¡Qué pobre consolación! —exclamó Tremal-Naik—. Eso no compensará la falta de cena.

—Mandaremos a alguien a buscar fruta —dijo Sandokán—. Espera a que esta pobre gente descanse un poco más.

No los agotemos por completo.

—Y mientras tanto pongamos algún palillo bajo nuestros párpados para que no se cierren en seguida —añadió Yáñez—. Ni siquiera los cigarrillos consiguen mantenerme despierto. ¿Habrán encontrado esos perros dayakos el secreto para no dormir? Haré que me lo enseñen si...

No pudo acabar. Se dejó caer hacia atrás y un momento después roncaba.

—Dejémoslo dormir —dijo Sandokán a Tremal-Naik, que bostezaba constantemente—. Y tú, si quieres, puedes hacer lo mismo. Ya velaré yo con Kammamuri y los negritos. De momento no creo que haya peligro. También los dayakos deben estar cansadísimos, y además tenemos detrás la selva y la montaña.

Se sentó sobre una roca despeñada del monte, se colocó entre las piernas su magnífica carabina, llenó su pipa y comenzó a fumar con la mirada puesta en la tenebrosa llanura.

Kammamuri, junto con diez negritos, vigilaba también un centenar de pasos más adelante, cerca de las cuatro espingardas ya colocadas sobre una peña que se alargaba en forma de cachalote.

En la llanura no había ni una señal de vida. No se oían rugidos de fieras ni hipidos de sapos. Sobre el oscuro horizonte no se destacaba ninguna columna de humo, signo evidente de que los dayakos no habían acampado.

También el silencio de las fieras y de los batracios era una prueba de que entre las altas hierbas avanzaban grandes grupos de personas.

Habían pasado tres o cuatro horas cuando Sandokán vio a Kammamuri retroceder rápidamente y aproximarse.

— ¿Los dayakos? —preguntó el Tigre de Malasia, incorporándose.

—Hemos descubierto pinitos luminosos que brillan entre la hierba, capitán —contestó el maharata.

— ¿Lejos?

—Sí.

— ¿Has dado orden a los negritos de que retiren las espingardas?

—Ya las están trayendo.

—Despierta a todo el mundo: es necesario subir al Kin-Ballu. Cuando lleguemos a la cumbre podremos esperar tranquilamente a Sambigliong. Cuida sobre todo de las cajas de municiones.

—Yo respondo de ellas, Tigre de Malasia.

No habían pasado dos minutos cuando la columna estaba ya ordenada de nuevo y avanzaba por las ásperas y boscosas laderas del Kin-Ballu.

Sólo uno había protestado contra aquella inesperada partida: Yáñez, que se había hecho ilusiones de dormir veinticuatro horas seguidas incluso ante los ojos de los dayakos.

Se sucedían los bosques y de los densos matorrales salían gran cantidad de animales. Ningún cazador había llegado nunca hasta las laderas de aquella montaña.

Sandokán, que no temía ya una sorpresa por parte de sus enemigos, había lanzado a sus malayos hacia los flancos con la orden de disparar sobre todos los animales que se pusiesen a tiro.

Para asegurarse una posición óptima necesitaba también una gran provisión de víveres para poder resistir hasta la llegada de refuerzos, que podían retrasarse por causas independientes de su voluntad.

Se oían frecuentes disparos y ante los malayos, que eran todos habilísimos tiradores escogidos, caían en gran número animales terrestres y grandes volátiles, como los argus y los tucanes gigantes y los buceros.

Mientras tanto el grueso de la columna continuaba la agotadora ascensión escalando de vez en cuando enormes rocas que formaban magníficos reductos naturales facilísimos de defender.

Después de cinco horas los negritos y los assameses llegaban a la cima de la montaña, que terminaba, al igual que el Kaidangan, en una pequeña meseta ceñida también por enormes rocas. Una sola torrentera muy empinada y recorrida por un impetuoso curso de agua, descubierta por casualidad por los negritos, conducía hasta allí.

Los otros lados parecían casi inaccesibles.

— ¡Es un verdadero fortín! —dijo Sandokán, que había abarcado de un solo vistazo la cima de la montaña—. Cuando hayamos colocado nuestras

espingardas frente a la garganta barreremos con descargas de metralla las hordas dayakas.

—En efecto, es una posición magnífica —respondió Yáñez—; una verdadera posición estratégica, como dicen los generales europeos.

—Donde podremos descansar a nuestras anchas.

—Y donde podré dormir mis veinticuatro horas, o por lo menos eso espero.

—Te estás volviendo perezoso, Yáñez.

—La corte de Assam ha estropeado al antiguo pirata. Allí dormía doce horas en mi suave lecho dorado e incrustado de nácar y rubíes. Un rajá está obligado por el protocolo a hacer larguísimos descansos para recuperarse de las grandes preocupaciones que ocasiona el gobierno de un Estado.

— ¡Ya, tú tenías muchas! —dijo Tremal-Naik bromeando.

—Era el consejero de mi mujer, la raní —respondió el portugués con cómica gravedad.

Los malayos comenzaban a llegar en grupos llevando sobre sus robustas espaldas ciervos, babirusas, aves e incluso monos.

Casi todos habían cazado algo más o menos grande, asegurando así víveres para la columna durante bastantes días con tal de que se encontrase la forma de conservarlos a pesar de los tórridos rayos solares.

Sandokán, Tremal-Naik y Yáñez, tras explorar las otras laderas de la montaña para prevenir alguna desagradable sorpresa y asegurarse de que los intentos de invasión sólo podían efectuarse por la parte de la torrentera, hicieron colocar las espingardas frente a la entrada de ésta; mandaron a algunos hombres a acampar a orillas del curso de agua y dejaron a los demás en plena libertad, pues no había entonces nada que temer.

Pudo más el hambre que el cansancio y el sueño. Las mujeres, siempre infatigables, habían recogido ya mucha leña más o menos seca y habían encendido varios fuegos, detrás de las rocas para que los dayakos no pudieran verlos.

Fueron descuartizados dos babirusas y pronto se difundió por el aire un exquisito olor de carne grasa que puso a todos de buen humor.

El intendente se había encargado de hacer asar para sus señores dos soberbios argus, que no parecían ser inferiores a los faisanes.

Una vez devorada la cena, malayos, assameses y negritos cayeron unos junto a otros, completamente vencidos por el cansancio de los esfuerzos gigantescos efectuados los días anteriores.

Tampoco los jefes habían podido resistir, y no habían tardado en imitarles. Sólo la pequeña vanguardia, que vivaqueaba a orillas del torrente, velaba por la seguridad de todos, pero haciendo esfuerzos dolorosos para mantener abiertos los ojos.

Solamente el ruido de las aguas que se precipitaban por la torrentera rompía el silencio. No se había efectuado ni un solo disparo, ni en la montaña ni en la llanura.

Al día siguiente los assameses, malayos y negritos pudieron también descansar y recuperar por completo sus fuerzas.

No se había producido el ataque que esperaban. Parecía que los dayakos no tuviesen prisa alguna por internarse en aquella garganta que tal vez conocían ya y sabían que no era de fácil acceso, especialmente si la defendían aquellas temidas grandes bocas de fuego que les habían causado tantas bajas. Sin embargo, habían acampado ya en la llanura, casi en la base de la montaña. Algunos exploradores maridados por Sandokán habían podido verlos, a pesar de que se mantenían escondidos entre las altas hierbas y no habían encendido hogueras.

— ¡De nuevo un asedio! —dijo Yáñez, que había avanzado casi hasta la mitad de la montaña acompañado de Tremal-Naik y una pequeña escolta—. Ese bribón griego quiere hacernos morir de hambre para no sacrificar más hombres. ¿Lo conseguirá?

—Nuestros cazadores no dejan de batir los bosques y traer caza y las mujeres continúan cortando y secando carne en grandes cantidades. Me preocupa más el avance de Sambigliong. Si los dayakos se dan cuenta, destruirán con facilidad a su grupo.

—Sapagar recibió instrucciones al respecto. Cuando veamos brillar a lo lejos tres fuegos o elevarse tres columnas de humo bajaremos también nosotros por la montaña y le abriremos camino.

—Pero no llegará muy pronto.

—No, porque tendrá que avanzar con las debidas precauciones, mi querido Tremal-Naik.

— ¿Habrán dejado atrás alguna columna los dayakos para cubrirse la retaguardia?

—Esa gente no tiene generales y no saben hacer otra cosa que avanzar. Volvamos arriba: podríamos caer en alguna emboscada.

El tercer día no fue diferente de los demás. No se produjo ningún ataque, salvo alguna flecha lanzada contra los cazadores que batían sin descanso las laderas de la montaña para incrementar las provisiones y algún disparo de

carabina como respuesta.

Sin embargo, los dayakos comenzaban a mostrarse abiertamente. Sus hordas, seis o siete veces más numerosas que la columna de Sandokán, se habían dividido poco a poco, formando cinco o seis campamentos alrededor de la base de la montaña.

No querían que los asediados les engañasen otra vez desapareciendo sin dejar rastro. Decididamente el griego era gran amigo de los sitios y prefería mantenerse alejado para no recibir algún disparo de fusil. En realidad tenía buenas razones para ello, pues sabía ya que los tres jefes de la columna eran excelentes tiradores.

Sandokán mantenía día y noche numerosos centinelas en las peñas más altas de la cumbre para que avisasen en seguida de la llegada de Sambigliong si ésta se producía, aunque consideraba prácticamente imposible que los refuerzos llegaran tan pronto.

Pasaron otros tres días. De vez en cuando se producían escaramuzas en los bordes de la selva, pues los dayakos estaban cansados de aquella pausa demasiado prolongada que no les proporcionaba ninguna cabeza que meter en sus cestas, siempre preparadas.

Entre las posiciones avanzadas se cruzaban de vez en cuando flechas envenenadas y balas, y, como se puede imaginar, no eran las cerbatanas las ganadoras, pues assameses, malayos y negritos procuraban no aproximarse demasiado a los campamentos enemigos. Pero aquella falta de ataques no satisfacía a Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik.

Los tres comenzaban a cansarse de aquel asedio que no daba ningún resultado salvo el de agotar las provisiones demasiado pronto. Los animales terrestres y las aves, asustados por los disparos y la abundancia de cazadores, comenzaban a escasear, pues también los dayakos cazaban para comer.

Hacia el atardecer del séptimo día, mientras los acampados estaban devorando su no muy abundante cena, Sandokán vio a los exploradores subir rápidamente por el barranco. Parecían presas del pánico.

—Parece ser que hay alguna novedad —dijo Yáñez, levantándose rápidamente, seguido por Tremal-Naik y Kammamuri que, en calidad de coronel nombrado en el campo de batalla, comía y cenaba ya con los jefes.

Llegó rápidamente donde estaba Sandokán, que se encontraba de pie a la entrada de la torrentera observando la llanura.

— ¿Se mueven? —le preguntó.

—Escucha.

En la llanura resonaban disparos de fusil.

— ¿Sambigliong? —preguntó Yáñez palideciendo.

—Sí, está llegando.

— ¿Y las señales?

—No habrá tenido tiempo de hacerlas.

— ¿Y nosotros?

— ¡Atacaremos! —contestó el Tigre de Malasia.

Después, levantando la voz, gritó:

— ¡Que las mujeres y los niños permanezcan en el campamento! ¡Que se formen dos columnas de asalto y se hagan bajar las espingardas por la torrentera! Es el momento que asegurará nuestra marcha hacia el lago ¡Venceremos o moriremos!

En un momento las dos columnas de asalto, formadas por una mezcla de malayos, assameses y negritos, estuvieron preparadas y descendieron por la torrentera siguiendo las orillas del curso de agua.

No se habían olvidado las espingardas.

En la llanura, invadida ya por las tinieblas, parecía librarse una verdadera batalla. Los disparos de fusil resonaban sin cesar, cubiertos de vez en cuando por el fragor de varias espingardas.

Todos estaban ya seguros de que se trataba de Sambigliong.

Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik bajaban por la montaña a tumba abierta, impacientes por participar en la lucha, y las mujeres, siguiendo las instrucciones, encendían en las rocas más altas numerosos fuegos para indicar a Sambigliong el lugar donde se encontraba el campamento.

Una banda de dayakos, relativamente poco numerosa, subía por la torrentera, quizá con la intención de entretener a la columna de Sandokán hasta que sus compañeros aplastasen en la llanura a la de Sambigliong más que para presentar batalla o asaltar la cumbre del Kin-Ballu.

Pero habían calculado mal sus fuerzas.

Dos nutridas descargas de carabina bastaron para dispersarlos sin que tratasen siquiera de ofrecer resistencia.

— ¡Kammamuri! —gritó Sandokán mientras los asaltantes huían precipitadamente—. Haz que coloquen las espingardas en los reductos naturales para cubrir toda la llanura ¡A mí todos los demás! ¡Yáñez, Tremal-Naik, poneos a la cabeza de los assameses y negritos y cojamos por la espalda

a esos canallas...!

Mientras el maharata, llevando consigo a diez o doce hombres, buscaba los lugares más adecuados para colocar las grandes bocas de fuego, la columna había reanudado su carrera, disparando de vez en cuando contra los dayakos que escapaban ante ella.

En la llanura se combatía ferozmente; pero lo que asombraba a Sandokán y a Yáñez era la cantidad de disparos que se oían.

Parecía que la pequeña columna de Sambigliong hubiese aumentado extraordinariamente por arte de magia.

Los dos jefes no tenían tiempo en aquellos momentos para hacer suposiciones al respecto.

No tenían más que una preocupación: la de llegar quizá demasiado tarde en ayuda de su lugarteniente, y aceleraban el paso, conduciendo a sus hombres con ímpetu increíble y disparando sin descanso contra los dayakos, que no conseguían ordenarse e intentar un contraataque.

La columna, al llegar a la llanura, se lanzó hacia adelante mientras los malayos gritaban con todas sus fuerzas:

— ¡Mompracem! ¡Mompracem!

Varios centenares de hombres corrían caóticamente alrededor de un grueso contingente de hombres armados que mantenían un fuego muy intenso, haciendo con cada descarga grandes huecos entre los asaltantes.

Al oír aquellos gritos de «¡Mompracem! ¡Mompracem!», el grupo se precipitó contra las columnas que lo cercaban, gritando:

— ¡Adelante los viejos tigres!

Para no herir a los amigos había hecho suspender el fuego y empuñar los parang.

Los dayakos, viéndose cercados por dos frentes, se desbandaron en todas direcciones aullando espantosamente.

Ningún obstáculo se oponía ya a la unión de las dos columnas.

Mientras la retaguardia reanudaba el fuego, Sambigliong se lanzó hacia Sandokán, seguido por Sapagar y el jefe de los negritos.

— ¡Mi capitán! —gritó—. ¡Señor Yáñez!

— ¡Querido amigo! —respondió el Tigre de Malasia, mientras también sus hombres disparaban contra los dayakos que huían y las espingardas situadas en los reductos naturales batían la llanura con una tempestad de clavos y balas

—. Pero ¿qué refuerzos me traes? De veinte habéis aumentado por lo menos hasta doscientos.

—Las explicaciones después, capitán. —Tienes razón.

Después, elevando la voz, bramó:

— ¡Retirada! ¡El Kin-Ballu nos espera!

11. Otra emboscada del «Griego»

Las dos columnas, ya reunidas, habían reanudado su marcha hacia las selvas de la montaña, protegidas por las espingardas manejadas por Kammamuri y sus diez hombres.

Los dayakos, siempre valientes, no habían tardado en reordenarse como mejor pudieron e intentaban volver nuevamente a la carga, para destruir a sus formidables adversarios antes de que hubieran podido encontrar un asilo seguro en la cima del Kin-Ballu.

Por lo demás, eran esfuerzos inútiles ya, pues en pocos minutos las dos columnas se encontraban en medio de los bosques.

Las cuatro espingardas de Sambigliong se habían colocado en seguida en batería con las de Kammamuri y comenzaban a abrir fuego, apoyadas por más de trescientas carabinas.

Por consiguiente, el ímpetu de los dayakos quedó en seguida detenido y aquellos salvajes, convencidos ya de haber perdido la jomada, se replegaron en confusión ante aquel huracán de plomo y hierro que hacía verdaderos estragos.

— ¡Creo que la batalla ha terminado! —dijo Sandokán, que dominaba la situación desde lo alto de una roca, junto con el inseparable Yáñez—. Durante algún tiempo los cazadores de cabezas y el griego nos dejarán tranquilos, al menos eso espero. Ordena a Kammamuri que haga retirar la espingarda a la desembocadura del barranco y nosotros alcancemos la cima.

—No se puede hacer otra cosa —concedió el portugués, que observaba en aquel momento, más que a los dayakos, su sombrero atravesado por una flecha, probablemente envenenada, sin manifestar sin embargo la mínima emoción por el peligro del que había escapado.

— ¿Y Sambigliong?

—Aquí estoy, señor Yáñez —respondió el viejo malayo, que en aquel

momento estaba trepando por la roca.

— ¿De dónde has sacado todos esos hombres? —le preguntó Sandokán—. Te he dejado veinte hombres y me traes ciento cincuenta o doscientos.

—Exactamente ciento setenta y dos, capitán —puntualizó el malayo—. Una docena de esos valientes ha quedado en el campo de batalla.

— ¿Quiénes son? ¿Dayakos?

—Los de la kotta, capitán. Yo me aburría; y luego he pensado que vosotros quizás tendríais un día u otro necesidad de socorros y los he enrolado a sueldo e instruido magníficamente. Os aseguro que se sirven ahora de las carabinas mejor que de sus sumpitam.

—Ya hemos visto la prueba —admitió Yáñez—. Eres un hombre tan valioso como Kammamuri. También ese demonio de maharata ha tenido la misma idea y ha transformado a unos miserables negritos en bravísimos guerreros.

—Me lo ha dicho Sapagar —respondió Sambigliong—. Espero que estéis contentos de ver acrecentado mi modesto destacamento.

—Con trescientos hombres a mi mando, dirigidos por mis malayos, me sentiría capaz de conquistar medio Borneo —declaró Sandokán—. Ahora me siento bastante más tranquilo que antes y sólo tengo un deseo: el de llegar lo más pronto posible a las orillas del lago, vengar la matanza de mi familia y volver a tomar posesión del trono de mis antepasados.

— ¡Y yo el de mandar al infierno, y esta vez para siempre, al señor Teotokris! —añadió Yáñez—. Y esta vez me cercioraré bien de que haya muerto realmente. No deseo que resucite de nuevo. Podría ocasionar molestias incluso a mi mujer e introducir el descontento en Assam.

—Cuida de que no se te escape, Yáñez —observó Sandokán—. Ese hombre es un zorro redomado.

—Si no fuese un zorro no sería griego. Vamos, lleguemos a nuestro campo y concedamos a este valiente viejo y a sus hombres un poco de reposo. La marcha ha sido larga, ¿verdad, Sambigliong?

—De una sola vez, señor Yáñez.

— ¿Y qué noticias hay de la costa? —preguntó Sandokán.

—Todo está tranquilo en la bahía de Malludu.

— ¿Y mi pobre yate? —demandó Yáñez.

—Está hundido completamente en la arena y ya no se le distingue.

—La raní es rica —dijo el portugués, riendo.

—Y tú no menos que ella —añadió Sandokán.

Había comenzado la retirada hacia la cima del Kin-Ballu bajo la dirección de Tremal-Naik y Kammamuri, aunque ya no amenazaba ningún peligro a las dos columnas, dado que los dayakos, después de aquel solemne revés, habían desaparecido. A medianoche los trescientos y pico de hombres alcanzaban felizmente la cumbre y acampaban entre las numerosas cajas de municiones que los hombres de Sambigliong habían llevado consigo y que no habían abandonado ni siquiera durante el duro combate.

Todos los víveres disponibles, un poco escasos a decir verdad, se pusieron a disposición de los hombres de Sambigliong, que tenían más derecho a ellos después de una marcha tan fatigosa, que había durado cuatro días y cuatro noches casi sin interrupción.

Sandokán, Yáñez, Tremal-Naik y el viejo malayo, después de haberse asegurado de que una fuerte vanguardia vigilaba hacia la mitad del barranco, apoyada por las ocho espingardas, y después de haber tomado un pisolabis, se habían reunido bajo un attap para sostener un auténtico consejo de guerra.

Pese a la derrota sufrida por las hordas dayakas, no se podía decir todavía que hubiera acabado la campaña. Más de doscientas millas separaban todavía del lago a los conquistadores y probablemente otras y quizá más terribles sorpresas podían esperarlos en la segunda y mayor llanura, que terminaba en las orillas del gigantesco lago.

Yáñez, siempre de buen humor, fue el primero en tomar la palabra.

—Somos el Estado Mayor de la columna —empezó con su acostumbrada gravedad cómica—, y por consiguiente nos corresponde solamente a nosotros asumir la responsabilidad de esta campaña. Por lo menos así hablan los generales de los ejércitos europeos.

—Se diría que también tú has sido general europeo —dijo Sandokán.

—Lo era mi abuelo. Los Gomera han sido siempre hombres de guerra y han defendido arduosamente las fronteras de Portugal, y tú sabes que yo soy un Gomera.

—Lo sé, Yáñez. ¿Qué harías en mi caso?

—Perseguiría a los dayakos en su retirada y caería sobre las orillas del lago para no dar tiempo al rajá de ordenar la resistencia.

—Sin embargo, no sabemos si esos condenados cazadores de cabezas se han decidido a largarse.

— ¿Qué quieres que hagan aquí? ¿Que intenten el asalto del Kin-Ballu? El

griego que los guía no será tan estúpido de azuzarlos otra vez contra nosotros, ahora que tenemos a nuestras órdenes una columna formidable y que hemos duplicado nuestras armas de fuego de gran alcance. Apostaría mi corona de rajá de Assam contra un kriss cualquiera a que nosotros, antes del alba, veremos alzarse columnas de humo en los campamentos dayakos, pero hacia el sur y quizá muy al sur.

—Bien dicho —aprobó Tremal-Naik, que aspiraba lentamente el humo de su pipa.

—Esperemos verlas —declaró Sandokán—. No nos moveremos de aquí si antes no tenemos la certeza de que los dayakos se baten en retirada hacia el lago.

—Y harás bien —aprobó Yáñez—. Cuando lleguemos al gran lago, si logramos atravesar la segunda llanura baja, tendremos un nuevo consejo de guerra.

Sandokán había levantado la cabeza y lo miraba fijamente con sus ojos negrísimos, que destellaban todavía con vivas llamaradas a pesar de su edad.

—Se diría que temes alguna otra sorpresa en la segunda llanura que se extiende hasta las costas del lago.

—No lo niego.

—Somos numerosos ahora.

— ¿Y si el griego maldito, acordándose de lo que ha ocurrido en las junglas de Assam, repitiese el juego? ¿Quién saldría vivo de un brasero tan colosal? Las hierbas son altas en la llanura y están casi secas.

—Espera un momento —dijo Sandokán.

Salió del attap, se mojó el pulgar de la mano derecha y lo alzó por encima de sí.

—Viento de poniente —informó luego al volver—. Muy bien: no esperaba tanta suerte.

Y se volvió hacia Kammamuri, que estaba acurrucado cerca de Tremal-Naik.

—Reúne a cien hombres —le dijo— y mándalos a incendiar las hierbas de la llanura. No seremos nosotros los que caigamos asfixiados o quemados, sino los dayakos que no tengan las piernas ligeras. Así es cómo se puede evitar el peligro de morir asado como un babirusa o una buena pata de rinoceronte...

—De buena memoria... —le interrumpió Yáñez—. Y así el consejo de guerra, por lo menos por esta noche, ha terminado. Pasaremos una noche

magnífica.

— ¡Si no quieres gozar de un espectáculo maravilloso! —dijo Tremal-Naik—. Un mar de vegetación en llamas no es una diversión de la que se pueda gozar todos los días.

—Entonces podemos encender otro cigarrillo y vosotros recargar las pipas. ¡Lástima no tener un trago de algún licor, aunque fuese destilado por el compadre Belcebú!

—Os engañáis, señor Yáñez —intervino Sambigliong, quien, como Kammamuri, todavía no se había acostumbrado a llamarlo «alteza»—. Mi cantimplora está aún casi llena de bram y del mejor: os lo aseguro.

—He aquí un hombre previsor. Si vienes un día conmigo a Assam te nombraré gran cantinero de la corte.

—Prefiero Malasia, señor Yáñez, aunque la India sea un país maravilloso —respondió el viejo pirata de Mompracem, ofreciéndole una cantimplora bastante voluminosa.

—Entonces te erigirás en el gran cantinero del rajá bronceado del lago, ¿verdad, Sandokán? No me rechazarás este placer.

—Si quieres, le nombraré incluso coronel como a Kammamuri —respondió Sandokán.

En aquel momento comenzaron a elevarse desde abajo columnas de humo, que lamían las altas copas de los árboles que cubrían los flancos del Kin-Ballu. Kammamuri y sus hombres habían incendiado las yerbas altas de la llanura y las llamas, alimentadas por el viento de poniente que tendía a aumentar, se extendían con rapidez prodigiosa.

— ¡Eh, Sandokán! —dijo Yáñez—, ¿no corremos peligro de asarnos? ¿Y si se incendian los bosques del Kin-Ballu?

—El suelo en el que crecen es demasiado húmedo y además las llamaradas se alejarán rápidamente de nosotros.

Todos se habían puesto en pie, incluidos los malayos de Sambigliong y los dayakos de la kotta, para asistir a aquel espectáculo extraordinario. Resplandores rojizos atravesaban las nubes de humo, que engrosaban a ojos vistas. Parecía que bajo ellas hirviese un volcán en plena erupción.

Subían a gran altura y luego se desgarraban de golpe, ondeando de manera extraña.

Sin embargo, el viento las rechazó en seguida hacia levante y entonces ante las miradas de los espectadores apareció un verdadero mar de fuego.

Las hierbas, altísimas y ya casi secas, ardían como si fuesen fósforos retorciéndose y restallando.

Inmensas llamaradas en forma de cortina se elevaban y descendían iluminando siniestramente la noche, mientras por el aire volteaban nubes de chispas, que, al caer más adelante, provocaban nuevos incendios.

Animales de todas las especies huían en confusión a través de la llanura, arrancados bruscamente del sueño por aquel insólito resplandor.

Una gran manada de elefantes galopaba desesperadamente hacia el sur, lanzando barritos ensordecedores, mezclada con bastantes rinocerontes, los cuales, en aquel momento, no pensaban en utilizar sus terribles cuernos contra sus mortales enemigos.

El cielo era sanguíneo, como si lo iluminase una aurora boreal.

El fuego se ampliaba cada vez más, alejándose del Kin-Ballu, y desprendía un calor intensísimo, hasta el punto de que los espectadores, aunque estaban situados en un lugar tan elevado, se veían obligados a resguardarse los ojos con las manos.

—He aquí el infierno —dijo Yáñez—, pero el infierno de los dayakos. Me gustaría ver cómo trata en este momento el griego detrás de sus hordas. Si las llamas pudieran alcanzarlos, nos ahorraríamos muchas fatigas y también muchos peligros.

—Será un poco difícil —respondió Sandokán—. A estas horas deben de huir más rápidos que los babirusas.

—Ha sido una buena jugada la que le hemos hecho al amable Teotokris.

—Y también a tu chitmudgar.

—Que nos evita correr el riesgo de asamos. Estoy seguro de que el griego habría vuelto a intentar el juego con el que a punto estuvo de ganar en las junglas de Assam.

—Ese era mi temor, Yáñez: ahora te lo confieso francamente. Todas esas hierbas secas me preocupaban y no poco.

—Dejemos que ardan y vámonos a dormir. El espectáculo durará demasiado y prefiero cerrar los ojos sobre una buena capa de hojas frescas y perfumadas.

Muchos hombres, especialmente los malayos de Sambigliong y los dayakos, le habían precedido y roncaban como otros tantos tubos de órgano.

Los dos jefes siguieron su consejo y se acurrucaron bajo el attap, mientras el incendio continuaba inflamándose con furia creciente, alejándose hacia

levante, o sea en dirección al gran lago.

Sin embargo, durante toda la noche continuó la lluvia de cenizas. En las capas superiores alguna corriente soplabá quizás en dirección opuesta y hacía volver atrás los rescoldos, con la consiguiente intranquilidad de los acampados.

Al día siguiente persistía el incendio todavía a grandísima distancia. En el horizonte se elevaban grandes columnas de humo, signo evidente de que el fuego no había cesado en su avance demoledor.

Un calor intensísimo ascendía de la inmensa llanura cubierta de cenizas todavía candentes. ¡Ay de la columna si hubiera osado descender a aquel horno!

Afortunadamente, Sandokán no tenía ninguna prisa por reconquistar el trono de sus padres y además no quería reanudar sus movimientos sin que antes los refuerzos que le habían llegado se hubieran repuesto de las fatigas pasadas.

Por otra parte, la vida era cómoda allí arriba. Los cazadores batían sin descanso los bosques de la montaña, en los que se había refugiado un gran número de animales después del incendio de la pradera, y las mujeres hacían destilar el dulce jugo de las arengas saccharifera, plantas que abundan en las laderas del coloso; también abundaban el tabaco y los cigarrillos, porque Sambigliong no se había olvidado de llevar con él una buena cantidad junto con las cajas de las municiones.

Se necesitaron tres días para que el suelo se enfriase y permitiese a los pies desnudos de los malayos, dayakos y negritos afrontar impunemente las cenizas: solamente los assameses iban calzados.

Además, muy probablemente la hierba debía todavía de arder cerca de las orillas del lago.

Finalmente, una mañana se dio la señal de partida y la larga columna descendió por los barrancos del Kin-Ballu para reanudar su marcha hacia el lago, resuelta a jugar la, última y, probablemente más peligrosa, partida contra el rajá blanco.

La marcha no sería de las más fáciles, porque la elevada capa de cenizas que cubría la infinita llanura cegaba a los aventureros y casi los sofocaba.

Los dos primeros días transcurrieron sin encuentros. Ningún dayako se había dejado ver.

En la mañana del tercero, cuando la columna caminaba por un terreno bajo que parecía que en tiempos había sido el fondo de algún gran lago, unido quizá con el otro al que se dirigían, la vanguardia, formada por negritos y

dayakos al mando de Sambigliong y Kammamuri, se detuvo bruscamente, con no poca sorpresa de Sandokán y Yáñez, que hasta entonces no habían notado nada extraordinario.

— ¿Habrán descubierto salvajes escondidos bajo las cenizas? —dijo el portugués—. Habrían escogido un pésimo lecho para descansar.

— ¡Temo que sea otra cosa! —respondió Sandokán, cuyo ceño se había fruncido—. Vamos a ver.

Mientras se detenía el grueso de la columna, los dos jefes llegaron apresuradamente a la altura de los hombres de vanguardia, que parecían ocupados en observar atentamente la capa de cenizas que cubría el suelo.

— ¿Qué pasa, Sambigliong? —preguntó Sandokán—. ¿Una nueva sorpresa?

—Pasa, señor, que por debajo de la capa de cenizas corre agua.

— ¿Agua? —exclamó Yáñez—. ¿Cómo es posible, después de que el huracán de fuego ha pasado por esta llanura?

—No lo sé, señor Yáñez.

— ¿Correrá por aquí algún torrente? —preguntó Sandokán.

—No, capitán. Es como un velo de agua que se extiende por doquier. Mirad aquí.

Sambigliong avanzó unos pasos y se detuvo ante algunos pequeños agujeros que se habían llenado ya lentamente de agua.

— ¿De dónde crees que proviene? —le consultó Yáñez a Sandokán.

—Del lago —respondió el Tigre de Malasia sin dudar.

—Nosotros nos encontramos en una profunda depresión del suelo y en esta estación las aguas del Kin-Ballu están por lo general muy altas a causa de las grandes lluvias que ya deben de caer en su interior.

— ¿Se habrá desbordado?

— ¿O habrán abierto los dayakos y el griego un canal para intentar ahogarnos en la llanura? —preguntó Sandokán, en lugar de responder.

— ¡Por Júpiter! ¿Quieres espantarme, hermano?

—Es sólo una suposición mía.

— ¿Tendrá ahora una verdadera pasión por los canales ese griego de mal agüero? Ya hizo excavar uno para encerrarnos en aquella azufrera. ¿Querrá intentar ahogarnos como ratas? Tendré que matarlo.

—Siempre lo dices pero no lo matas —dijo Sandokán bromeando.

— ¡Ponlo en mis manos y verás cómo te lo dejo!

—Ahí está precisamente el punto débil de la cuestión, amigo. Tampoco yo, si pudiera agarrarlo, lo dejaría escapar. Sin embargo, no desespero de capturarlo en las orillas del lago.

—Es la segunda vez que me lo dices y mientras tanto el bribón está todavía libre.

—También tienes tú razón, Yáñez —aceptó Sandokán sonriendo—. Vamos, debemos tomar una decisión: o desviamos hacia levante o seguir adelante.

—Desviamos sería como prolongar la marcha algunos centenares de millas, supongo.

—Sí, Yáñez, porque esta llanura tiene una extensión inmensa. Quizás el fuego no se ha apagado todavía allá lejos.

—Entonces prefiero tirar adelante, ocurra lo que ocurra. Y además somos como pequeños tiburones y no hay ninguno, en mi opinión, que no sepa nadar.

—Avancemos, pues —concluyó Sandokán—. Eh, Kammamuri, da la orden de reanudar la marcha.

La vanguardia reemprendió en seguida su marcha y el grueso de la columna que escoltaba a las mujeres y a los muchachos negritos la imitó.

Pero cuanto más avanzaban más aumentaba la humedad del suelo, convirtiendo las cenizas en un verdadero fango pegajoso que cansaba bastante a hombres y a mujeres.

Era como si el agua se filtrase desde el subsuelo por millares y millares de poros invisibles, o como si algún gran lago subterráneo se extendiese bajo las cenizas. Una gran inquietud se había adueñado de todos. Especialmente Sandokán, que conocía ya la región mejor que nadie, parecía muy preocupado.

Aquella noche no fue posible formar un campamento. No había ni árboles, ni hojas, ni yerba, porque el huracán de fuego había destruido todo en su carrera vertiginosa y el terreno era fangoso.

Solamente los jefes tuvieron un cobertor cada uno, sobre el que se extendieron sin poder defenderse de la humedad. Otros se acomodaron como pudieron sobre las cajas de municiones, pero los afortunados fueron muy pocos. La mayoría se acurrucó en medio del fango teniendo sobre el pecho la carabina y el parang.

Al día siguiente la marcha se hizo más difícil todavía. El agua rezumaba en

mayor cantidad y en ciertos lugares cubría la capa de cenizas varios centímetros.

—Explícame, pues, este misterio —dijo Yáñez a Sandokán, mientras atravesaban una zona baja cubierta enteramente de agua.

—Te repito que en ello está la mano de Teotokris —aseguró el Tigre de Malasia—. Es él quien ha hecho inundar estas llanuras.

—Qué feo asunto, si los dayakos cayeran encima de nosotros justamente ahora. Las espingardas se hundirían y no nos serían de ninguna utilidad.

—Tampoco ellos se encontrarían en buenas condiciones para presentarnos batalla —razonó Sandokán—. Trescientas carabinas son algo, Yáñez, y por ahora yo no temo ningún asalto. Tengo ya en mi mano el trono de mis padres y la vida del asesino que destruyó a mi familia. Nuestra gente es aguerrida y no dejará que se rompan sus líneas por las flechas de las sumpitan, ni por los parang y los kampilang de los dayakos. Sólo temo las sorpresas.

—Y ésta es una.

—Sí, Yáñez, y que nos procurará bastantes molestias.

—Acabaremos transformándonos en auténticos gaviales, porque el fango y el agua aumenta cada vez más.

—Esta zona baja no se prolongará hasta las costas meridionales de Borneo —respondió Sandokán—. A poniente del lago comienza la cadena de los montes de Cristal y allí el agua no nos alcanzara. Si se hace necesario, nos desviaremos, por ahora continuemos nuestra marcha.

Pero la marcha hacía sudar enormemente a los malayos, assameses, negritos y dayakos de la costa.

El espesor del fango aumentaba cada vez más y el agua no cesaba de rezumar. Los hombres se hundían hasta la rodilla y los muchachos y las mujeres hasta casi el vientre.

Afortunadamente no se trataba de arenas movedizas, porque bajo la capa de cenizas el terreno era duro y compacto.

El velo de agua continuaba extendiéndose, aumentando de hora en hora. Más adelante, la llanura debía de estar completamente anegada.

El problema mayor seguía siendo el del acampamento.

¿Cómo podrían descansar si faltaban plantas y hojas para alzar refugios, especialmente para las cajas de municiones? Esta era la gran preocupación de todos.

Pero una buena estrella debía de proteger a los viejos piratas de

Mompracem, porque, cuando la columna marchaba fatigosamente desde hacía seis horas, en el lejano horizonte, que centelleaba con una luz intensísima, se divisaron formas vagas que parecían árboles.

— ¡Un bosque! —exclamó de repente Yáñez, mientras la vanguardia prorrumpía en gritos de alegría.

—Así parece —admitió lacónicamente Sandokán.

— ¿Cómo puede haber escapado al terrible incendio que ha devastado la llanura?

—Lo sabremos cuando estemos allí.

La esperanza de poder acampar finalmente bajo los árboles, en un terreno seco, había infundido nuevas fuerzas a la columna.

Todos marchaban febrilmente, impacientes por llegar a aquella especie de oasis perdido en medio del mar dé fango.

Eran verdaderamente árboles, no muchos, pero árboles, aunque no mostrasen sus inmensas hojas empenachadas o dentadas. Parecían troncos carbonizados que habían quedado en pie por verdadero milagro.

Los hombres ya tenían el agua hasta las caderas, pero el fondo, aunque bastante fangoso, era sólido, y no presentaba traza de arenas movedizas.

A las seis de la tarde los aventureros, completamente extenuados en sus fuerzas y hambrientos, porque no habían tenido tiempo todavía de echar mano de las pocas provisiones que quedaban, llegaron a una pequeña altura, sobre la que se mantenían derechos unos cuarenta troncos de árbol medio carbonizados por el huracán de fuego y privados absolutamente de hojas.

¡En aquel momento, era la salvación!

12. Sobre puntas de flecha envenenadas

No se trataba realmente de una altura, sino de una simple ondulación del terreno, de una longitud de algunos centenares de metros y no más ancha de una docena, que emergía del fango y el agua un par de metros. Las plantas, casi todas de gran tallo, habían resistido el incendio, aun perdiendo, como ya se ha dicho, todas las hojas, las cortezas y los rotang y los calamus que las envolvían y que quizá las habían preservado de una total destrucción.

Un número extraordinario de cacatúas, argus y tucanes rinocerontes se había refugiado en las ramas medio carbonizadas. Aquellos volátiles parecían

todavía entorpecidos por el espanto que habían experimentado y no se movieron al ver llegar a la columna.

La comida estaba asegurada. En efecto, los malayos y los assameses, que eran los mejores tiradores, no dejaron escapar la ocasión para procurársela.

Mientras los negritos, ayudados por sus mujeres y los dayakos, preparaban el campamento, resonaron formidables descargas en toda la ondulación haciendo caer una verdadera lluvia de volátiles.

Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik se habían dirigido mientras tanto a la otra parte de la pequeña altura para echar una mirada a la amplia llanura. Desde allí el agua se extendía hasta perderse de vista, elevándose sobre la capa de cenizas unas cuantas pulgadas.

— ¿Una verdadera inundación, pues, Sandokán? —preguntó Tremal-Naik.

—Ya lo ves —respondió el Tigre de Malasia.

—Y que sigue en aumento —añadió Yáñez—. Pero hay una cosa que me sorprende y que no logro comprender.

— ¿Cuál? —preguntó Sandokán.

— ¿Por qué esta agua sube tan lentamente? Ya hace casi dos días que marchamos y debería haber alcanzado un nivel considerable.

—Este misterio sólo podría explicártelo Teotokris; pero tengo la sospecha de que en ello se esconde otra nueva traición.

— ¿Cuál?

—No sabría decírtelo; pero siento por instinto que no será el agua la que nos dará molestias.

—Me parece que caminamos ahora a tientas, como los ciegos.

—No se caminaba mejor en Assam —recordó Sandokán—, y sin embargo triunfamos en nuestro intento.

—Desde luego la guerra es la guerra.

La comida se anunciaba con un aroma de asado. Cacatúas, argus y tucanes se asaban más o menos bien ensartados en las baquetas de hierro de las carabinas que se encargaban de hacer girar constantemente los muchachos y muchachas de la pequeña tribu negrita.

Los asados se vieron, sin embargo, mal regados por el agua fangosa, con gran pesadumbre de Yáñez, que ya estaba habituado a los vinos escogidos de las cantinas reales de Assam.

Una detención de veinticuatro horas en aquel terreno seco, donde hombres,

mujeres y muchachos podían dormir con comodidad, sin temer sorpresas, hizo recuperarse completamente a la columna.

—Dormid lo que podáis —había ordenado Sandokán, que dudaba bastante de poder llegar a las tierras altas antes de treinta o cuarenta horas.

Y todos habían obedecido, roncando como lirones desde la mañana a la noche y desde la noche a la mañana, despertándose sólo para mordisquear alguna ala de cacatúa o alguna cabeza de tucán.

Durante la detención, ninguna noticia de los dayakos, ni del griego, ni del chitnudgar de Yáñez y mucho menos del rajá del lago.

Parecía que todos aquellos bribones hubieran desaparecido quizá para organizar las últimas resistencias en las orillas del Kin-Ballu. El agua, aunque bastante lentamente, no había cesado de subir y cubría toda la infinita llanura.

—Antes de que aumente más, marchémonos —dijo Sandokán a Yáñez y Tremal-Naik—. Si permanecemos aquí acabaremos por comernos a los niños y niñas negritos, ahora que ya se han acabado todos los volátiles. Tenemos demasiadas bocas para mantener.

Se formó la columna y descendió a la tierra baja inundada, pero procediendo bastante lentamente a causa del fango, siempre muy tenaz.

La precedía como explorador el segundo jefe de los negritos, armado por un bastón para asegurarse de la resistencia que ofrecía el fondo. Al cuarto de hora escaso de marcha, él negrito que precedía a la vanguardia en una veintena de metros lanzó un grito agudísimo y dio un salto hacia atrás.

Cuando algunos de sus compañeros estaban a punto de correr hacia él le oyeron gritar:

— ¡No..., deteneos..., flechas envenenadas!

Sandokán y Yáñez acudieron rápidamente, mientras la vanguardia se detenía, mostrando signos de vivísimo terror. El negrito había alzado el pie izquierdo y miraba, con ojos desorbitados, algunas gotas de sangre que le brotaban del talón.

Viendo avanzar a los dos jefes, les dijo con voz angustiada:

— ¡No avancéis más, orang!

— ¿Por qué? —preguntó Sandokán.

—Los dayakos han plantado flechas en el fondo y deben de estar envenenadas. Siento el aliento de la muerte.

—Nosotros no tenemos nada que temer —respondió Sandokán, acudiendo hasta el desgraciado—. Llevamos los pies calzados.

Tomó entre sus brazos al negrito y lo transportó en medio de la vanguardia.

El jefe de la tribu acudió prestamente e hizo un gesto de descorazonamiento.

— ¿No conoces ningún remedio? —le preguntó Sandokán.

—El upas es siempre mortal y no se conocen remedios, orang —respondió—. Este hombre está perdido.

—Si tuviésemos bebidas alcohólicas se podría intentar salvarlo —dijo Sandokán—. A veces he logrado arrebatarse a la muerte a hombres heridos por flechas envenenadas. ¿Te acuerdas, Yáñez?

—Sí —asintió el portugués—, pero era debido a heridas ligeras y además no poseemos ni siquiera un sorbo de ron. ¡Pobre hombre...!

Dos malayos habían envuelto al desgraciado en una manta y lo sostenían. La muerte avanzaba rápidamente.

El herido había perdido ya el sentido y temblaba como si le hubiese asaltado una fuerte fiebre. De vez en cuando era presa de espasmos y su boca se abría como si quisiera devolver algo.

¡Era cuestión de pocos minutos! El terrible veneno que los dayakos extraen de las plantas llamadas upas y que a menudo mezclan con el jugo del gambir, para hacerlo más poderoso, influye rápidamente en el sistema circulatorio y en el sistema nervioso provocando convulsiones tetánicas. Como ocurre con el curare, el terrible veneno preparado por los salvajes brasileños para hacer sus flechas mortales, para el upas y para el gambir tampoco se ha encontrado ningún antídoto.

Parece que el principio venenoso de estas dos últimas siniestras plantas consiste en un alcaloide vegetal unido a un ácido que aún no se ha determinado bien y a una sustancia colorante.

Todos los hombres de la columna, mudos y tristes, se habían reunido alrededor del moribundo, que no cesaba en sus vómitos y espasmos. De su pecho surgía a intervalos un silbido ronco y la respiración se volvía más difícil.

— ¡Pobre hombre! —repetía Yáñez, que asistía impotente a aquella agonía.

De repente el moribundo tuvo un sobresalto, ensanchó espantosamente la boca haciendo crujir sus mandíbulas, desorbitó los ojos y se abandonó entre los brazos de los dos malayos que lo sostenían.

— ¡Está muerto! —dijo Sandokán suspirando—. Hubiera preferido que esta desgracia le hubiera tocado a alguno de mis hombres, que están

preparados desde hace mucho tiempo para los peligros de la guerra.

Se volvió hacia el jefe de los negritos, quien, quizá más habituado que los hombres de Sandokán a aquellas desgracias, no parecía demasiado conmovido, y le dijo:

—Toma seis hombres, lleva el cadáver al islote y hazlo sepultar profundamente para que los tigres o las panteras no lo puedan devorar.

—Sí, orang —respondió el jefe.

—Por el momento nos detendremos aquí.

— ¿Qué haremos ahora? —inquirió Yáñez, cuando se hubo alejado el fúnebre destacamento—. Si el fondo está sembrado de puntas de flechas envenenadas no podremos avanzar más que nosotros y mis assameses. Los otros están descalzos.

—Esto es lo que debe de haber pensado el griego para diezmar nuestra columna.

— ¿Y si intentásemos desviamos?

— ¿Sabes tú en qué extensión han plantado los dardos envenenados? —preguntó Sandokán—. ¿Cómo descubrirlos bajo esta capa de agua y de fango?

— ¡Sería imposible! —observó Tremal-Naik, que asistía a la conversación.

—Entonces no nos queda otra cosa que volver atrás y esperar a que las aguas se retiren o sean absorbidas por el calor solar —dijo Yáñez.

— ¿Y adónde retiramos?

—A aquella especie de islote.

— ¿Para morimos de hambre?

—Tienes razón, Sandokán.

—Tengo otra idea.

— ¿Cuál?

—Derribar ocho o diez troncos de árbol y formar puentes móviles que lanzaremos sobre las flechas. Los hemos empleado otras veces.

—Nuestro avance se hará muy lento.

—Lo aceleraremos cuando llegemos a las tierras altas —respondió Sandokán—. Por otra parte, ya te he dicho que no tengo prisa en llegar a ser rajá. Me basta con triunfar en mi intento y vengar a mi padre, mi madre y mis hermanos.

—Y los vengarás.

—No tengo ninguna duda —afirmó Sandokán, cuyos ojos se habían iluminado con una llama siniestra—. Son muchos los años que espero el terrible momento.

— ¡Y a mí no me gustaría encontrarme en la piel del rajá del lago! —dijo Tremal-Naik.

—Actúa como quieras —concluyó el portugués—. Tampoco yo tengo prisa en volver a Assam: Surama es paciente y deja que su Sahib blanco se divierta y ayude a sus viejos amigos. ¿No soy el príncipe consorte? ¡Diablos...! ¡Por Júpiter que sigo siendo el rajá de Assam!

Diez minutos después la columna desandaba el camino recorrido por la mañana, al no poder acampar en aquel fango cubierto por una capa de agua tan elevada, especialmente con las cajas de municiones y las espingardas con sus respectivos trípodes.

Cuando llegó al islote, porque ya podía llamarse así, dado que aquel trozo de tierra estaba circundado de agua, el pobre segundo jefe de los negritos había sido ya sepultado y sus compañeros estaban exterminando a los últimos tucanes y cacatúas, para asegurar a la columna por lo menos un poco de cena, no muy abundante por cierto. Doscientos hombres, a las órdenes de Kammamuri y Sapagar, abatieron los árboles a golpes de parang y de kampilang para formar puentes volantes, mientras los demás se apresuraban a formar balsas, atando los troncos con sus fajas.

Aunque no fue una cosa fácil, antes de que el sol se ocultase la columna poseía ya cuatro puentes de una decena de metros de largo por cuatro o cinco de ancho, sobre los cuales podían muy bien pasar los hombres desprovistos de calzado, transportándolos cada vez más adelante, encima de las flechas envenenadas, sin correr ningún riesgo.

A las nueve de la noche, con una espléndida luna, la columna abandonaba el islote avanzando cautelosamente por la llanura inundada.

Los dayakos y los malayos llevaban los puentes volantes para que no se fatigasen los assameses, a quienes les esperaba el trabajo más duro, es decir, el de llevarlos sobre las puntas de las flechas, ya que, como hemos dicho, eran los únicos calzados.

Llegados al lugar donde el pobre segundo jefe de los negritos había resultado herido, se lanzaron los puentes encima de la capa de fango, ya que no había bastante agua, por lo menos en aquel momento, para hacerlos flotar.

Comenzaba la terrible marcha. Malayos, dayakos y negritos pasaban, se concentraban en el puente de cabeza y esperaban a que los assameses transportasen más adelante los otros puentes para abrirles camino. El avance

era lentísimo y fatigoso, sobre todo para los indios, aunque éstos de vez en cuando cedían sus calzados a los malayos o a los dayakos para poder descansar un poco.

Yáñez, Sandokán y Tremal-Naik, que usaban altas y fortísimas botas de mar, impenetrables para las puntas de las flechas, formaban la vanguardia. Ningún peligro les amenazaba, porque la llanura se extendía ante ellos cubierta por algunos palmos de agua y completamente desierta. Con aquella luz lunar se hubiera descubierto inmediatamente a un hombre y no se habría salvado ciertamente del tiro de aquellas tres carabinas que difícilmente marraban su blanco.

Parecía que los dayakos habían cubierto el suelo con una cantidad extraordinaria de flechas, porque los tres jefes sentían, a cada paso que avanzaban, crujir bajo la gruesa suela de sus botas las puntas, de los dardos envenenados.

— ¡Qué bandidos! —dijo Yáñez—. Querían destruirnos...

— ¡Así es cómo los dayakos hacen la guerra! —respondió Sandokán.

— ¡Si no hubiéramos tenido buenas suelas, vaya final!

— ¿Están en buen estado las tuyas?

—Piel de rinoceronte, querido, con un espesor de tres dedos.

—Me mandarás una docena de pares cuando vuelvas a Assam.

— ¡Cómo...! Un cargamento completo para ti y tus hombres —dijo Tremal-Naik—. Así, por lo menos, no correrán ya ningún peligro.

—Dudo que puedan habituarse —objetó el Tigre de Malasia—. Haré un regalo a los monos de las selvas.

Bromeando así los tres valientes continuaron su marcha, mientras sus hombres no cesaban de transportar los puentes volantes.

Al amanecer, la columna, exhausta por tantos esfuerzos, descansó sobre las balsas, encalladas en medio del fango, porque el agua continuaba siendo demasiado baja para que pudieran flotar. La comida fue muy escasa, aunque Yáñez y Tremal-Naik habían dado muerte a un regular número de aves acuáticas.

La jornada transcurrió tranquila. No se señaló la presencia de ningún destacamento enemigo en ninguna dirección.

Probablemente, el griego había contado con la eficacia indiscutible de las flechas envenenada^ no había creído que debía incomodarse más, ya que pensaba como cosa cierta que ningún hombre de la columna saldría vivo de la

emboscada.

Hacia la noche, se reanudó la fatigosa marcha con los puentes volantes, mientras Yáñez, Sandokán y Tremal-Naik avanzaban en descubierta, con la esperanza de descubrir algún destacamento enemigo.

La noche fue cansadísima para todos. Los assameses cedían de vez en cuando sus calzados a los malayos y dayakos para que continuasen el avance de los puentes.

Tampoco aquella noche el enemigo hizo acto de presencia, con mucho pesar para Yáñez, que comenzaba a aburrirse.

— ¡Mira que haber dejado a mi bella raní y la corte de Assam para marchar entre aguas y pantanos sin disparar tiros de carabina! ¡Vaya fastidio! ¿No te parece, Sandokán?

El Tigre de Malasia no contestaba y continuaba la marcha escrutando la lejanía.

Trataba de descubrir las tierras altas que surgían alrededor del gran lago, porque era en aquellas tierras donde se decidiría la suerte de aquella dura y fatigosísima campaña.

Durante tres días más marchó la columna casi sin interrupción a través de aquella inmensa llanura, haciendo avanzar los puentes volantes, y luego llegó finalmente, por completo extenuada, a las altas tierras por las que tanto suspiraban.

La gran planicie, a pesar de la traición urdida por el griego, se había atravesado con la pérdida de un solo hombre, el desgraciado segundo jefe de la tribu de negritos. Bosques inmensos, ricos de hojas y sombra, se extendían ahora ante los aventureros, surcados por torrentes rumorosos y habitados ciertamente por una abundante fauna salvaje.

— ¡He aquí el paraíso terrenal! —dijo Yáñez, mientras los malayos y los dayakos construían apresuradamente algunos attap, y los negritos, ayudados por sus mujeres y los assameses, rodeaban el campamento, que había elegido Sandokán, con montones de ramas espinosas para impedir cualquier sorpresa.

—Te aseguro, querido, que ya no podía más y estaba a punto de enviar al diablo hasta el trono de tus antepasados.

—Ya sabes que Borneo no es la India —respondió Sandokán—. Y también para la conquista del trono de tu bella raní las hemos pasado muy mal. ¿Acaso has olvidado ya todo aquello?

—El amor hace olvidar tantas cosas —dijo Tremal-Naik—. ¿No te has dado cuenta, Sandokán, de que nuestro portugués añora la corte de Assam?

— ¡Ya lo creo!, con todos aquellos cocineros, cantineros, criados, guardias barbudos, aquellas salas maravillosas, aquellas turbas de bayaderas danzando todas las noches en los patios de palacio... ¡Ah, Yáñez! Assam y el poder te han echado a perder.

— ¡Por Júpiter! —gritó Yáñez, después de lanzar una risotada—. ¿Es que no os he demostrado hasta hoy que poseía dos piernas de hierro, que continuaba siendo un tirador temido y que sabía comer o cenar con un apretón del cinturón? ¡Me quieres humillar! Ponme delante una tribu de dayakos y verás si sabré preparártela con salsa blanca, roja o verde.

— ¡Ya lo sabemos! —dijo Tremal-Naik—. Continúas siendo el terrible compañero del famoso Tigre de Malasia.

— ¿Aunque sea el príncipe consorte de la bella raní de Assam?

—Sí, Yáñez —respondió Sandokán—. Te has vuelto un poco murmurador.

—Porque en la corte de Assam, en voz baja o en voz alta, se murmura siempre —dijo Yáñez—. Dejemos las bromas y consideremos nuestro plan de batalla. ¿Cuánto dista del lago nuestra posición?

—No más de tres jomadas de marcha —respondió Sandokán.

— ¿Dónde reside el rajá?

—En una población rodeada de empalizadas y que se adentra en el lago varios centenares de metros.

— ¿Es la población que asaltaremos si los dayakos no nos detienen?

—Sí, porque deseo dar el golpe directamente en el corazón del asesino de mi padre. En el lago no faltan las grandes barcas y desde allí atacaremos, no desde tierra, porque sería demasiado difícil: además, serían necesarios larguísimos puentes móviles que no poseemos. He reunido ya todas las informaciones necesarias y hoy mandaré a negritos y dayakos a fabricar cerbatanas y recoger resina.

— ¿Para hacer qué? —preguntaron al unísono Yáñez y Tremal-Naik.

—Para incendiar la capital del rajá del lago —respondió Sandokán—. En el momento oportuno las flechas incendiarias lograrán mayores resultados que las balas de nuestras carabinas y la metralla de nuestras espingardas. Hace mucho tiempo que pienso en la forma de reducir rápidamente a la impotencia a aquel miserable y de obligarle a la rendición, porque lo quiero tener en mis manos vivo.

— ¡Uh!, tengo mis dudas —expresó Yáñez—. Cuando ese hombre se vea perdido no esperará a que le alcance tu kriss.

—Veremos si es capaz de escapárseme.

Numerosos disparos de fusil interrumpieron su conversación. Los malayos y los assameses se habían lanzado a través de la selva y hacían buena caza a juzgar por los disparos, que se seguían sin interrupción.

Las mujeres, previendo una comida abundantísima, habían recogido ramas secas y ya habían encendido diversas hogueras, proveyéndolas en sus lados de ciertas horcas de madera para sostener los asados ensartados en las baquetas de hierro de las carabinas.

No se hicieron esperar mucho los cazadores. Todos llegaban cargados de caza de pelo y de pluma.

Habían hecho una verdadera matanza de babirusas, tapires, monos, cacatúas y otros varios volátiles.

Hubo verdadera alegría en el campamento y se puede comprender fácilmente, porque ya hacía dos días que todos aquellos bravos guerreros no habían hecho más que apretarse los cinturones.

Al cabo de media hora, hombres, mujeres y muchachos devoraban hasta reventar inmensas piezas de carne todavía sangrante, mientras Sandokán, Yáñez, Tremal-Naik y Kammamuri trabajaban con los cuchillos alrededor de dos magníficos tucanes rinocerontes, sabiamente asados bajo la alta vigilancia de Sapagar, nombrado gran cocinero de los jefes, en los momentos de calma.

Saciada el hambre feroz que desde hacía cuarenta y ocho horas atormentaba el vientre de aquellos intrépidos guerreros, Sandokán mandó hacia el sur a una veintena de exploradores con la misión de aproximarse lo más que les fuera posible al lago, y luego dispuso numerosos centinelas, aunque estaba seguro de poder dormir sin ser molestado.

—Ahora ya nos esperan en las orillas del Kin-Ballu —dijo Sandokán a Yáñez, que bostezaba como un oso y había dejado apagar su cigarrillo.

—Que nos esperen donde quieran; a mí no me importa en absoluto —respondió el portugués— con tal de que me dejen dormir por ahora.

—Es lo que pido yo también —añadió Tremal-Naik.

—Dormid, pues —respondió Sandokán—. Nadie vendrá a turbar vuestro reposo. De ello respondo plenamente yo.

13. El lago misterioso

Pocos minutos después todos los acampados, exceptuados los centinelas, dormían profundamente.

Durante cuatro días los componentes de la expedición descansaron en el borde de aquellas tierras bajas, comiendo abundantemente y durmiendo a pierna suelta.

De vez en cuando llegaba algún explorador, pero sin aportar noticias importantes sobre los misteriosos movimientos del enemigo.

Algunos habían avanzado incluso hasta las orillas del gran lago, sin haber encontrado las hordas de los dayakos. Solamente se habían divisado algunos pequeños destacamentos de exploradores a poniente del Kin-Ballu.

¿Dónde se encuentra, pues, el grueso de las gentes del rajá blanco? Esta era la pregunta que se planteaba Sandokán, algo inquieto, durante aquella larga detención.

Al quinto día, después de un breve consejo de guerra sostenido por los jefes y subjefes, se decidió el avance. Ya que los dayakos no se sentían con bastantes fuerzas para detener a los conquistadores, lo único que se podía hacer era ir a buscarlos y asaltar resueltamente su capital.

—Terminemos de una vez —dijo Yáñez, mientras se ordenaban las columnas—. Tengo prisa por comer en la ciudad principal de ese bribón de rajá. Veremos si su palacio real vale tanto como el mío.

Estaban a punto los conquistadores de ponerse en marcha cuando llegaron al campo dos negritos, de los que Sandokán no había tenido ya noticias y que se habían considerado como perdidos.

—Los últimos que llegan son siempre los más afortunados —dijo Yáñez, mientras el jefe de la tribu acudía para servir de intérprete—. Estos hombrecillos deben de traer noticias extraordinarias.

— ¿Buenas o malas noticias? —preguntó Sandokán al jefe, que había interrogado ya rápidamente a sus súbditos.

—Me han referido que los dayakos se reúnen ante la capital del rajá para defender los puentes —informó el negrito.

— ¿Son muchos?

—En todas las orillas del lago suenan los gongs para llamar a los guerreros.

— ¿Han visto muchas barcas?

—Sí, orang.

—Son las que nos hacen falta a nosotros.

— ¿Podremos apoderarnos de ellas? —preguntó Yáñez.

—Sé dónde sorprender la flotilla del rajá —respondió Sandokán—. La vieja estación no ha sido cambiada, según me han informado, y no serán necesarios grandes esfuerzos para tomar por asalto la kotta que la defiende. Nuestras espingardas harán verdaderos milagros. ¿Hay algo más de nuevo?

—No, orang —dijo el jefe de la tribu.

—Toma el mando de tus hombres y adelante, a marchas forzadas. No debemos dejar tiempo al griego para que se fortifique en las orillas del lago. ¿No es verdad, Yáñez?

—Es buena estrategia —aprobó el portugués—. Mi coronel Kammamuri podría darte también un juicio mejor que el mío.

—Ahora no estamos en Assam —dijo Tremal-Naik—. Mi maharata va bien sólo para aquel país.

—Morirá general, te lo aseguro yo —concluyó Yáñez.

Las columnas, divididas por razas, se habían puesto animosamente en camino, manteniendo en el medio a las mujeres, que llevaban los víveres, y a los muchachos.

Tras una selva venía otra, cada vez más espesas y más soberbias. Pero los conquistadores tenían de vez en cuando la suerte de encontrar senderos, abiertos seguramente por los indígenas para acudir a las orillas del lago, y especialmente en aquellos parajes se encontraban a menudo esqueletos humanos, perfectamente limpiados por las termitas y a los que les faltaba la cabeza.

Debían de haber pasado por allí los feroces cazadores de cabezas.

Por la noche Sandokán, que temía de un momento a otro un furioso asalto, hizo reforzar el campamento con enormes masas de ramas espinosas y con un foso bastante profundo, lleno también de espinas.

Como el lago estaba muy próximo y así también el enemigo, era de temer una sorpresa nocturna y por esta razón se doblaron también los centinelas.

Pero fueron precauciones totalmente inútiles, porque los dayakos no se dejaron ver.

A la mañana siguiente, antes incluso de que rayase el sol, las cuatro columnas reemprendían su marcha a paso acelerado. Sandokán animaba la marcha para poder llegar de noche a las orillas del lago. Tenía necesidad de tinieblas para poner en ejecución su plan, que consistía en privar, con un golpe de mano, al rajá blanco de su flotilla e impedir así que huyese por el agua.

Fue una marcha verdaderamente furiosa, una verdadera carrera que puso a dura prueba especialmente las piernas de las mujeres y los chiquillos.

Al oscurecer el lago no estaba todavía a la vista, pero se comprendía que no debía de estar lejos. Las manchas de vegetación se hacían más escasas, el terreno descendía, aumentaba la humedad y una fresca brisa soplaba desde el sur. El Kin-Ballu, el gran lago de Borneo, apenas conocido por los exploradores europeos, estaba casi al alcance de la mano.

Hacia la medianoche los exploradores negritos, que eran más rápidos y más infatigables, se replegaron a las columnas que se habían detenido para tomar un poco de descanso.

El pequeño jefe de la tribu se había precipitado hacia Sandokán diciéndole:

—El lago está detrás de la kotta.

— ¿Han descubierto el poblado que les he indicado?

—Sí, orang.

— ¿Han visto barcas?

—Muchas.

— ¿Es muy grande la kotta?

—No; pero tiene alrededor tres fosos.

— ¿Dónde está Kammamuri?

—Presente, capitán —respondió el maharata, que se encontraba a pocos pasos.

—Haz construir una decena de puentes volantes... ¡Sapagar!

—Aquí estoy, jefe —dijo el malayo.

—Que tus hombres sólo se ocupen de las espingardas. Para el asalto nos bastamos nosotros.

Los malayos y los dayakos, ayudados por los negritos, abatieron a golpes de kampilang y de parang unos cincuenta delgados troncos de árbol con una gran cantidad de ramas y de rotang, y en menos de media hora construyeron los puentes que había que lanzar sobre los fosos y sobre las capas de flechas envenenadas, ya que los dayakos tienen la costumbre de sembrar muchas alrededor de las empalizadas de sus poblados.

A la una de la madrugada, los aventureros, que habían dejado atrás a las mujeres y a los muchachos, con la guardia de una pequeña escolta, avanzaron resueltamente en el mayor silencio hacia la kotta que servía de estación naval al rajá blanco, resueltos a expugnarla.

Yáñez se había situado rápidamente en vanguardia para dirigir a sus assameses, que, provistos de calzado, como ya se ha dicho, podían despreciar los puentes volantes y pasar incluso sobre las espinas amontonadas en los fosos, que sólo servían para detener a los descalzos.

— ¡Adelante, mis bravos! —les había arengado—. Demostrad a esos valientes malayos que tampoco los montañeses de Assam tienen miedo a la muerte.

Un cuarto de hora después, la kotta quedaba circundada por tres lados, ya que el cuarto estaba bañado por las aguas del lago.

Era una pequeña fortaleza que no debía de encerrar más de un centenar de cabañas, pero defendida por una empalizada alta y sólida de doble recinto, pues los dayakos ponen sumo cuidado en la construcción de sus poblados, a fin de evitar terribles sorpresas que producirían la total destrucción de los habitantes, dado que por aquellas tierras no se concede cuartel ni siquiera a los niños, salvo casos excepcionales.

Nadie parecía haberse dado cuenta de la aproximación de los aventureros.

Sandokán, después de una rápida mirada a la fortaleza, llamó a Sapagar.

—Escoge diez de tus mejores nadadores —le dijo—, atraviesa el muelle donde debe de encontrarse reunida la flotilla del rajá, ocupa la barca más grande que encuentres, quema pólvora sin interrupción y grita por cincuenta.

—Sí, capitán —repuso el bravo malayo.

—Te dejo el honor de disparar el primer tiro de carabina.

—Y haré lo posible por abatir a alguien.

—Date prisa. Nosotros ya estamos listos para lanzarnos al asalto.

Mientras el valiente malayo se apresuraba a ejecutar aquella peligrosísima empresa, Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik tomaban sus últimas disposiciones para el ataque.

Los assameses habían atravesado ya el primer foso y se habían tendido en el suelo, en orden abierto, a sesenta metros de la empalizada a fin de mantenerse alejados del tiro de las cerbatanas; los demás habían lanzado los puentes y colocado en batería las ocho espingardas, a la distancia de treinta metros entre sí, para poder batir mejor el terreno en el caso de que los asediados intentaran una salida en distintos puntos. Reinaba profundo silencio en la pequeña fortaleza. Parecía que dormían hasta los hombres encargados de la guardia en las empalizadas.

Probablemente, los habitantes, que sabían que las tropas del rajá batían la zona, se creían que estaban completamente a salvo de cualquier sorpresa.

De repente el ladrido de un perro, al que pronto hicieron coro otros muchos, les avisó de que algo grave los amenazaba.

Si los centinelas dormían, los perros vigilaban y habían olfateado al enemigo.

— ¡Que nadie dispare! —dijo Sandokán—. Kammamuri, ve a comunicar en seguida esta orden a los restantes grupos. Dejémosle tiempo a Sapagar para llegar a la flotilla.

Se oían voces entre las tinieblas. Los centinelas se debían de haber despertado y se preguntaban recíprocamente.

Finalmente brillaron algunas antorchas, pero su luz no era lo bastante brillante para llegar hasta el tercer foso, en cuyo borde estaban los assameses. Yáñez, siempre impaciente, estaba a punto de dar órdenes a sus hombres para atravesar también el segundo cuando resonaron bastantes disparos de carabina en el lago.

Sapagar había abierto fuego desde el centro de la flotilla, tomando la kotta por detrás, a fin de que los habitantes no se apoderasen de las barcas.

Resonó la voz metálica de Sandokán:

— ¡Disparad vosotros también!

Comenzaron las espingardas, haciendo llover sobre lo alto de las empalizadas huracanes de metralla para impresionar con aquel estruendo a los habitantes del poblado.

En seguida se sucedieron nutridas descargas de fusilería y luego los puentes volantes se lanzaron a través de los fosos y por ellos las cuatro columnas se lanzaron resueltamente al ataque con su arrojo habitual.

Pero tenían que habérselas con gente resuelta a resistir, porque, a pesar de las andanadas de metralla, las balaustradas de las empalizadas se habían cubierto de defensores, que habían acogido valientemente a sus enemigos con una auténtica tempestad de piedras y flechas. Muy a su pesar, las cuatro columnas tuvieron que detenerse y reanudar el fuego para aclarar un poco las filas de los dayakos.

— ¡Eh, Sandokán! —dijo Yáñez, acercándose a su amigo—, parece que este hueso es un poco duro de roer. Si no rompemos la empalizada, nos tendrán alejados bastante tiempo y esto para nosotros sería una gran imprudencia. No nos olvidemos de que las hordas del rajá baten las orillas del lago.

—Dentro de diez minutos abriremos una brecha —respondió el Tigre de Malasia.

Reunió una docena de sus malayos y les dijo:

—Alzad un puente volante, escondeos debajo y acercaos al recinto. Tened cuidado de no dejaros aplastar. Nosotros pensaremos en defenderos.

Luego se lanzó hacia Kammamuri, que había sido encargado de la dirección de la pequeña artillería.

—Haz que se concentren aquí todas las espingardas —le dijo— y bate el castillete que está frente a nosotros. La entrada del poblado está allí. Dispara por lo alto mientras mis hombres abren un hueco.

Los malayos, levantando el puente más largo y más sólido y apoyándolo sobre sus cabezas, se lanzaron adelante.

Llovían sobre ellos flechas y piedras en gran número, pero sin causarles daños. Aquella lluvia de proyectiles duró solamente unos pocos instantes, porque las ocho espingardas, reunidas prontamente, obligaron en seguida a los defensores del castillete a batirse precipitadamente en retirada para no dejarse exterminar por completo.

Llovía la metralla sobre troncos y parapetos, impidiendo que los defensores cayesen sobre los malayos, que ya estaban destrozando a grandes golpes de kampilang y de parang la primera barricada.

En los restantes puntos la lucha arreciaba con gran animación por ambas partes; pero llevaban las de perder los asediados, que no podían competir con el fuego intenso de las carabinas. También por la parte del lago continuaba muy intensamente la fusilería. Sapagar y sus hombres disparaban a troche y moche gritando como obsesos, para hacer creer que eran muy numerosos.

Aquel fuego, desastroso para los cazadores de cabezas del rajá del lago, duró un buen cuarto de hora, derriban dos filas enteras de defensores; luego las cuatro pequeñas columnas se agruparon para irrumpir en la plaza.

Los malayos habían abierto ya una brecha en el recinto, suficiente para dejar pasar cuatro hombres de frente, y luego se habían retirado en seguida para dejar a las espingardas la misión de rechazar a los defensores que se aglomeraban detrás de la abertura para impedir el paso a los invasores con sus armas blancas.

Kammamuri, que durante la batalla había recibido las oportunas órdenes de Sandokán, hizo cargar las espingardas con balas y lanzó una primera andanada de proyectiles de una libra a través de la abertura.

El efecto de aquella descarga, realizada contra un espacio tan estrecho y atestado de hombres, resultó terrible.

Los dayakos, que comprendían que no podían resistir bajo el castillete,

habían vuelto a los parapetos, mientras los assameses pasaban a través de la trinchera disparando y avanzando entre montones de cadáveres.

Los dayakos de la costa enrolados por Sambigliong se aprestaron rápidos a seguir tras ellos, de modo que en menos de cinco minutos más de ciento cincuenta hombres se encontraban dentro de la plaza, dispuestos a rechazar cualquier intento de salida.

La resistencia de los asediados se debilitaba rápidamente, porque en los parapetos se encontraban en la imposibilidad de aguantar, ya que habían vuelto a comenzar las espingardas a abatirlos a metrallazos.

— ¡Al lago! —gritó Sandokán poniéndose a la cabeza de la columna.

Mientras, a su vez, avanzaban también los malayos y negritos, continuando sus disparos, los assameses y los enrolados por Sambigliong se esparcían como una riada a través de los senderos del poblado, deshaciéndose de los grupos que intentaban dificultar su avance.

Se podía decir que la lucha estaba ya acabada, porque los guerreros del rajá comenzaban a deponer las armas y a pedir gracia, que se les concedía inmediatamente.

Sin embargo, en las orillas del lago la columna guiada por Sandokán tuvo que sufrir un último encuentro con una cincuentena de guerreros, que intentaban ponerse a salvo en las barcas, a pesar del continuo fuego de Sapagar y sus hombres.

Pero bastó una carga dirigida por Yáñez y Tremal-Naik para decidirlos, tras brevísima resistencia, a arrojar las armas.

Mientras tanto, Sandokán con una veintena de hombres provistos de antorchas vegetales había irrumpido en el puerto gritando a Sapagar que cesase el fuego.

Toda la flotilla del rajá del lago estaba allí, amarrada a robustos postes que sostenían largos muelles.

Había por lo menos treinta grandes barcas provistas de puente y que semejaban en su construcción más a los giong que a los praos. Solamente una contaba con un pequeño mirim, uno de esos pequeños cañones de latón de que se sirven los dayakos de mar: probablemente era el barco almirante.

Todas las demás sólo tenían a bordo arpones, cerbatanas y kampilang apoyados en las bordas.

Mientras Kammamuri, Sambigliong y Tremal-Naik se encargaban de desarmar y atar a los prisioneros, Yáñez había acudido junto a Sandokán en el barco almirante.

—No creía que te hicieras dueño del lago tan pronto —le dijo.

—Y la palabra es verdaderamente exacta —respondió el Tigre de Malasia—. Ahora ya no tenemos nada que temer.

— ¿Y qué haremos de todos estos prisioneros? Espero que no quieras decapitarlos.

—Estaría en mi derecho, pero, tratándose de mis futuros súbditos, intentaré que abracen mi causa y tomarlos a sueldo. Entre ellos habrá ciertamente viejos que se acordarán de mi padre e incluso quizás de mí.

—Querría darte un consejo.

—Sabes que estoy siempre dispuesto a escucharlos, Yáñez —respondió Sandokán.

—Apresura las cosas. El griego puede haber oído el retronar de nuestras espingardas y puede acudir para reconquistar la kotta.

—Pero no logrará apoderarse de la flotilla. Creo que podemos esperar el alba sin verlo aparecer. Mientras tanto taponaré la brecha y colocaré las espingardas en los parapetos de las empalizadas. Si llega antes de que hayamos combinado todos nuestros asuntos, ametrallaremos nuevamente incluso a él. Mientras tanto yo me ocupo de la flotilla.

Aquella noche no durmió nadie. Mientras las mujeres, a las que se había hecho entrar, preparaban la cena a los vencedores, saqueando sin misericordia las cabañas de los kotta, y encendían en la plaza central fuegos gigantescos, malayos y assameses reparaban la empalizada derruida e izaban las espingardas para estar dispuestos a la resistencia.

Los restantes se ocupaban de los prisioneros, que eran bastante numerosos, pese a las muchísimas bajas experimentadas. En efecto, los parapetos estaban atestados de cadáveres e incluso entre los dos recintos había muchos de ellos, ya que los troncos no estaban tan unidos como para impedir en todas partes el paso de las pequeñas balas de las carabinas.

Sandokán, habiendo reunido a los jefes del poblado, casi todos viejos guerreros, no tardó en darse a conocer como el hijo del antiguo rajá y no le resultó difícil obtener su completa sumisión y la promesa de ayudarlo contra el asesino de su familia.

Ya sólo quedaba embarcarse y dirigirse contra la capital. Eran quinientos y disponían de una flotilla bastante numerosa, porque las barcas eran de gran tonelaje y estaban construidas sólidamente, aunque los dayakos no hayan sido jamás hábiles carpinteros. Indudablemente, el rajá del lago, que probablemente había sido en tiempos pasados marinero, había dirigido los trabajos.

Ya se habían embarcado muchos víveres y estaban los guerreros, a su vez, a punto de ocupar sus lugares en la flotilla cuando se oyó a los malayos que vigilaban en los parapetos del recinto gritar a voz en cuello:

— ¡El enemigo! ¡A las armas!

En aquel momento los assameses estaban retirando las espingardas para armarlas ocho barcas mayores.

— ¡Es el griego que llega! —dijo Yáñez, acudiendo junto con Sandokán hacia el castillete, que se había reparado inmediatamente.

Subieron al parapeto que estaba sobre la trinchera. Trescientos o cuatrocientos guerreros corrían como locos por la llanura iluminada por los primeros rayos del sol.

— ¡Demasiado tarde, amigos! —exclamó Sandokán con voz tranquila—. Cuando lleguéis aquí, la fortaleza ya no existirá.

Alzó la voz, dominando el tumulto causado por la imprevista aparición de aquel enemigo, siempre temible aunque inferior ahora en número.

— ¡Todos a bordo! ¡Y ahora ven, Yáñez!

En la plaza central ardían todavía algunos fuegos, que habían servido para la primera comida.

—Ayúdame, mientras nuestros hombres se refugian a bordo de la flotilla —dijo.

Agarró un par de tizones y los arrojó al techo de una cabaña, formado por hojas secas.

— ¿Lo destruimos todo? —preguntó Yáñez.

—No quiero dejarme detrás una fortaleza que tendría que expugnar nuevamente. A su debido tiempo la haré reconstruir.

—Entonces quemémosla entera.

A su vez agarró unos tizones y los lanzó. Los malayos de guardia que estaban replegándose imitaron a sus dos jefes.

En un abrir y cerrar de ojos las llamas se alzaron altísimas, avivadas por la brisa que soplabá del lago. Las cabañas ardían con rapidez prodigiosa, como si fueran haces de paja, cubriéndose de humo y chispas.

Sandokán, Yáñez y sus últimos hombres se precipitaron hacia el puerto y se embarcaron en el barco almirante, al que Kammamuri, además del mirim, había hecho subir dos espingardas.

— ¡A los remos! —tronó Sandokán.

Las treinta barcas comenzaron rápidamente a navegar, mientras el fuego, devoradas las viviendas, se difundía por las empalizadas interponiendo entre los dayakos del rajá blanco y los fugitivos una insuperable barrera llameante.

— ¡Pobre Teotokris! —exclamó Yáñez, que se había puesto a horcajadas sobre el pequeño cañón y se apoyaba en su carabina—. Mejor habría hecho, ya que la muerte no lo había querido, en volverse a su archipiélago y reanudar su oficio de pescador de esponjas. Se ve que no todos tienen suerte en este pícaro mundo.

—Tiene aún para jugar su última carta —dijo Sandokán, que estaba cerca de él, sentado en una espingarda.

—Yo no la aceptaré.

—Tampoco yo, Yáñez.

—Y la jugará seguramente en los puentes de la capital.

—Ahora ya no tiene nada que hacer en la selva.

Las hordas dayakas, viendo cómo ardía la kotta, se habían detenido a una distancia suficiente para estar fuera del alcance de las carabinas de los conquistadores y luego, después de haber enviado adelante algunos destacamentos de exploradores, se habían replegado lentamente hacia la selva.

Las barcas ya estaban lejos de la orilla y en aquel momento se metían más y más en el lago, ya que Sandokán no quería que sus enemigos adivinasen exactamente su ruta.

El lago estaba muy tranquilo y apenas si su superficie se arrugaba bajo los ligeros golpes de viento más bien caliente, que soplaban de las ardientes regiones del centro de la gran isla.

Más que un verdadero lago, al Kin-Ballu se le puede considerar como un gigantesco depósito de agua que no tiene una profundidad notable.

Es el mayor existente en Borneo, pero ni siquiera hoy en día se le conoce en toda su extensión, a causa de la hostilidad demostrada siempre por los dayakos hacia los viajeros europeos que intentan explorar el interior de la isla.

Sin duda se ignora incluso qué ríos le alimentan, pero parece que son dos grandes cursos de agua, uno de los cuales descendería desde el sur y el otro desde levante.

Sea como fuere, sus orillas están muy pobladas por dayakos y negritos, dos razas siempre en guerra entre sí, y se sabe que en ellas se encuentran poblaciones florecientes.

Las treinta barcas, precedidas por el barco almirante, que tenía un tonelaje

doble que las restantes y llevaba un árbol provisto de una gran vela triangular formada de mimbres entrecruzados, continuaban su ruta dispuestas en dos largas columnas. Todos aquellos guerreros se habían hecho magníficos remeros, incluso los assameses, habituados además a recorrer los ríos gigantes de la India septentrional.

Sólo hacia el ocaso del sol, cuando ya las orillas apenas sí eran visibles, se decidió Sandokán a cambiar de ruta.

Ya ningún ojo humano podía seguir la dirección de la flotilla.

— ¡A levante! —ordenó.

La orden se repitió de barca en barca y la flotilla, con una sincronización admirable, siguió a la embarcación almirante, como la llamaba pomposamente Yáñez, en su nueva dirección.

Asegurándose de que todos le habían seguido, Sandokán hizo llamar al jefe de la kotta, un viejo dayako que tenía el cuerpo lleno de cicatrices, y le dijo:

—Te confío ahora la dirección de la escuadrilla. Pero cuidado con traicionarme, pues lo pagaría tu cabeza.

—Tú me has jurado, orang, que eres el hijo de Kaidangan, el viejo rajá que antaño reinaba en estos países y que yo he conocido —respondió el dayako—. Seré, pues, tu más fiel súbdito y te lo probaré cuando quieras.

— ¿Conoces la capital del rajá blanco?

—Como la kotta que has tomado por asalto.

—Me han dicho que se extiende por el lago.

—Las casas se encuentran todas sobre empalizadas y solamente en la parte de tierra hay una fortaleza formada por dos kottas unidas por inmensos puentes.

—Si, por consiguiente, se asalta por la parte del lago, ¿la población no podrá oponer una prolongada resistencia?

—No, porque podrás incendiar fácilmente las viviendas.

—Llevo conmigo lo pertinente para cubrirlas de fuego.

—Entonces puedes considerarte desde ahora, orang, como el rajá del Kin-Ballu.

14. La toma de la capital

Toda la noche la flotilla bogó lentamente por el lago con tripulaciones reducidas, ya que Sandokán no tenía ninguna premura en asaltar la capital.

Quería dejar tiempo al griego y a los hijos del rajá para conducir las hordas dayakas a la gran población a fin de sorprenderlos a todos juntos y acabar de un solo golpe la campaña.

Pero el rajá debía de prepararse para una extrema defensa y recoger a su vez refuerzos. En efecto, cuando el viento viraba hacia el norte llevaba a los oídos de los conquistadores los fragorosos sonidos de los gongs.

En todas las poblaciones costeras se daba la alarma y quizá se enrolaban guerreros para conducirlos a la capital, ahora gravemente amenazada después de que Sandokán se había adueñado por sorpresa de la flotilla.

Antes del alba las treinta barcas se alejaron nuevamente de las orillas para que no se las divisase. Afortunadamente el lago continuaba manteniéndose tranquilo y en su terso cielo no se mostraba ninguna nube, por lo que no era de temer, por lo menos por el momento, ninguna tempestad, y los conquistadores pudieron mantenerse tranquilamente lejos de todos los puertos de refugio.

Sin embargo, la segunda noche la flotilla tomó resueltamente ruta hacia poniente, bajo la dirección del jefe de la kotta, que parecía ya intensamente encariñado con el hijo de Kaidangan, es decir, con el valeroso Tigre de Malasia.

La capital del rajá del lago no estaba más lejana de unas cuarenta millas y Sandokán, seguro de que el griego y sus bandas ya habían llegado a ella, había decidido sorprenderla al rayar el alba.

—Daremos un topetón terrible y encerraremos a esos bribones entre dos fuegos —había dicho a Yáñez—. Asaltaremos desde la parte de tierra y desde el lago para impedir al rajá y a Teotokris cualquier escapatoria. Allí debemos acabar su existencia.

— ¡Yo me encargo del griego! —había respondido Yáñez.

—Y yo del rajá.

—Entonces estamos de acuerdo. Estemos solamente atentos a que no se nos escapen.

—De eso respondo yo.

Hacia las dos de la madrugada los pilotos de la flotilla, que no habían cesado de avanzar en la dirección indicada por el jefe de la kotta, señalaron varios fuegos que ardían hacia levante.

Sandokán y Yáñez, que estaban reposando un poco bajo el puente junto con Tremal-Naik, al ser avisados acudieron a cubierta.

— ¿Un campamento? —preguntó el primero al jefe de la kotta.

—No, orang —respondió el dayako—. En la capital del rajá del lago se vigila. Mira como esos fuegos están por encima de las aguas. Arden en las plataformas. ¿Oyes?

Sandokán y Yáñez escucharon atentamente y les pareció oír resonar en la lejanía bastantes gongs.

— ¿Habrán avistado la flotilla? —preguntó el portugués.

—No es posible —respondió el Tigre de Malasia—. Hemos tenido la precaución de navegar siempre lejos de las orillas y nunca hemos encendido los fanales. Pero que esperen de un momento a otro un asalto es posible.

— ¿Continuaremos la ruta?

— ¿Y por qué no? El griego ha tenido todo el tiempo que ha querido para llegar a la capital y ya no encuentro motivo para diferir el choque fatal que derrumbará para siempre al rajá del lago. Creo que ahora somos dueños de la situación, porque depende solamente de nosotros presentar o rehuir la batalla.

—Eso es verdad —admitió Yáñez.

— ¿Qué hora es?

—Las tres menos veinte.

—El alba no rayará hasta después de las cuatro. Tenemos, por lo tanto, el tiempo necesario para atacar la capital como pienso yo.

Miró al jefe de la kotta, que parecía como si esperase sus órdenes.

— ¿Crees que nos separa aún mucha distancia de la ciudad del lago? —le preguntó.

—No más de dos millas.

—Dobla los remeros y lleva la flotilla a gran velocidad.

—Como quieras, orang.

Se gritó la orden a las restantes barcas y pocos minutos después la pequeña escuadra avanzaba velozmente manteniendo sus proas hacia aquellos puntos luminosos que brillaban cada vez más hacia levante como sendos faros.

La profunda oscuridad que reinaba sobre el lago protegía a los conquistadores. Antes del crepúsculo densos vapores habían invadido el cielo, velando los astros e interceptando completamente los rayos de la luna.

En todas las barcas se realizaba un trabajo febril. Se cargaban las espingardas, se abrían las cajas de municiones, se disponían las carabinas y las

cerbatanas a lo largo de las bordas para que estuviesen dispuestas para servirse de ellas.

Los negritos llevaban a cubierta grandes vasos llenos de materia resinosa y enormes haces de larguísimas flechas, que tenían, hacia la punta, anchos copos de esa especie de algodón producido por las arengas saccharifera, bien empapados en aquel líquido muy inflamable, para lanzarlas contra las cabañas de la capital y provocar incendios espantosos. En la lejanía no cesaban de resonar los gongs.

— ¡Kammamuri! —llamó Sandokán.

El maharata acudió prestamente.

—Aquí estoy, capitán —dijo.

—Tú, mi coronel sin galones, por ahora (porque no los tendrás hasta que no vuelvas a Assam), tomarás trescientos hombres y asaltarás la capital por el lado de tierra. Sapagar te ayudará. Encontrarás dos kottas: atácalas de frente o de flanco, no importa. Lo que me interesa es que mantengas el fuego sin interrupción. Te dejo una parte de tus negritos, los dayakos de la costa y los del jefe de la kotta, que ahora me son muy fieles. Sus parang, si se llega a un encuentro de arma blanca, harán milagros.

—Y si logras impedir que huyan el griego, el rajá y los hijos de éste te nombraré general —añadió Yáñez.

—Me pesa ya el cargo de coronel, alteza —respondió el maharata.

—No te pesará la paga.

— ¿Me has comprendido bien? —preguntó Sandokán.

—Sí, capitán.

—Apenas toquen la orilla las barcas forma tu columna. Ve a ponerte de acuerdo con Sapagar y con Sambigliong.

Los fuegos se agrandaban a ojos vistas, reflejándose vivamente en las oscuras aguas del lago. Debían de arder sobre fogariles formados con planchas de piedra o con peñascos situados sobre las amplias plataformas del poblado.

Una cosa curiosa que hace pensar es que los malayos, los dayakos e incluso los papúes de Nueva Guinea tienen, lo mismo que los caribes del lago Maracaibo de Venezuela, la costumbre de construir sus poblaciones sobre el agua cuando se encuentran en las proximidades de un lago resguardado de los vientos o de un estanque más o menos amplio.

Como los rojos hijos de la América del Sur, plantan en el fango un número infinito de postes, construyen sobre ellos con robustos bambúes espaciosa

terrazas y erigen en éstas grandes cabañas, que sirven de refugio a muchas familias.

De esta forma se ponen a salvo de las sorpresas por parte de animales feroces que habitan las selvas y también de sus enemigos de tierra firme.

Estos poblados a veces tienen extensiones considerables y pueden servir de refugio a bastantes centenares de habitantes.

La capital del rajá del lago estaba construida así. Sin embargo, por el lado de tierra estaba defendida además por dos recintos formados de robustos postes a fin de poder resistir mejor un asedio.

Las treinta barcas, conducidas siempre por la almirante, media hora antes de que se difundiese la luz por el cielo, arribaron silenciosamente a mil pasos de la capital, sin haber sido avistadas, porque habían tenido la precaución de mantenerse lejos de las luces proyectadas por los fuegos.

La ciudad era bastante visible, aunque todavía brillaban en muchos lugares numerosas hogueras. Estaba construida totalmente sobre el lago, encima de altísimos postes, y se prolongaba unos centenares de toesas, a través de los bajos fondos.

Por encima se extendían inmensas plataformas, cubiertas por gigantescas cabañas construidas con madera y hojas.

Una de aquellas viviendas había llamado inmediatamente la atención de Sandokán. Era una gran cabaña situada en posición más elevada, en una plataforma de gigantescas dimensiones, sostenida por un número infinito de enormes bambúes que debían de tener una longitud de quince o veinte metros.

— ¿Será la residencia real del asesino de mi familia? —se había preguntado.

Llamó al jefe de la kotta, que se ocupaba, junto con Kammamuri y Sapagar, en desembarcar la columna que debía operar contra las dos pequeñas fortalezas que se erguían en la orilla del lago para defender por aquella parte la población.

— ¿Qué es aquello? —le preguntó, indicándosela—. ¿Un almacén para víveres o una vivienda?

—Es la casa del rajá del lago —respondió el dayako.

— ¿Armada con artillería?

—He visto un día allí dos lilá.

—Es suficiente. ¿Ha acabado el desembarco?

—Dentro de unos minutos trescientos hombres estarán en tierra, orang.

—Apresúrate: dentro de poco el sol hará su aparición.

No había ninguna necesidad de incitar a los guerreros de la arrojada expedición.

Los trescientos hombres estaban ya en la playa con cuatro espingardas y se preparaban a cerrar el paso a los habitantes de la capital si intentaban huir hacia las selvas.

— ¿Están todos dispuestos? —preguntó Sandokán a Yáñez, que, en compañía de Tremal-Naik, había dirigido el desembarco.

—Sí, amigo —respondió el portugués.

—Entonces podemos ponernos en marcha también nosotros.

— ¿Has observado bien dónde se encuentra la casa del rajá?

—En medio de las plataformas.

—Estrechémoslos ahora desde tierra para impedirles que se refugien en las kottas y destruyamos en seguida los puentes.

—Es lo que ya había pensado. Los estrecharemos en un círculo de fuego. Ahora es necesario que nos dividamos. Tú tomarás el mando de una decena de barcas y batirás el poblado por la parte de levante, al otro lado de los puentes.

— ¿Y tú?

—Yo con otras tantas destrozaré las plataformas de poniente, además de la cabaña real.

— ¿Y las otras?

—Que asuma su mando Tremal-Naik para atacar de frente el poblado que mira al lago. Puede haber chalupas escondidas en medio de esa selva de palafitos y el rajá y sus hijos y el griego podrían aprovecharse de ellas para huir; y esto no lo quiero en absoluto, ¿me comprendes bien, Yáñez?

— ¡Por Júpiter! Aún no me he vuelto sordo —respondió el siempre alegre portugués.

—Transmite mis órdenes.

—Dentro de un minuto serás complacido, hermanito. No quiero regresar a Assam sin verte rajá.

Un momento después las órdenes sucedían a las órdenes a bordo de la flotilla y las barcas se alejaron rápidamente disponiéndose en tres columnas.

— ¡Dadle a los remos! —gritó finalmente Sandokán, que desde la borda de popa de la almirante vigilaba atentamente todos aquellos movimientos—.

¡Todos a sus puestos de combate!

Las tres pequeñas divisiones, ya en orden, se separaron de la playa y se dirigieron rápidamente hacia la capital del rajá.

Las tinieblas comenzaron a desaparecer, esfumándose con las primeras luces del alba.

Las aguas del lago, poco antes negras como si fueran de tinta, se coloreaban con tintes indefinidos. Por levante ya aparecían algunos centelleos.

Inmensas bandadas de aves acuáticas señalaban la aurora y el retomo del astro diurno con gritos alegres y pasaban, rápidas como relámpagos, por encima de la flotilla, como si quisieran augurarle la victoria.

En las gigantescas plataformas del poblado poco a poco se extinguían los fuegos, lanzando al aire las últimas pavesas.

También morían las hogueras en la alta terraza en donde se alzaba la gran cabaña del rajá.

Sandokán, inclinado sobre la proa, con los brazos apoyados en el pequeño bauprés, miraba ferozmente la casa real, con los ojos inyectados de sangre. Continuaba siendo todavía, aunque envejecido, el terrible Tigre de Malasia, que desde las orillas de Mompracem había hecho temblar, con sus invencibles praos y sus tigres, a todas las poblaciones costeras del salvaje Borneo.

Se hubiera dicho que con la potencia de su mirada de águila intentaba atraer fuera de su vivienda al usurpador de su reino y asesino de su familia.

Un tiro de espingarda, disparado por la costa, le hizo sobresaltar.

Eran Kammamuri y Sapagar que ya asaltaban las dos kottas erigidas en defensa de los puentes.

Se irguió bruscamente aguzando el oído.

Resonó un segundo disparo, saludando casi al sol que en aquel momento se elevaba radiante por el horizonte.

— ¡Mis espingardas! —gritó—. ¡Dadle a los remos! ¡Al ataque! ¡Al ataque!

Las tres escuadrillas se habían separado ya tomando diversas direcciones.

La de Yáñez, más ligera, había pasado ante la última plataforma del poblado, mientras la de Tremal-Naik se había detenido ante él, dispuesta a ametrallar a los fugitivos.

En las amplias terrazas se oían gritos espantosos y oleadas de guerreros pasaban por los puentes agitando locamente los relucientes parang y

kampilang.

Ya caían nubes de flechas en todas las direcciones, sin herir a nadie, porque las barcas no estaban todavía a su alcance.

De repente la otra plataforma, que sostenía la cabaña real, se cubrió también de defensores y resonaron bastantes tiros de fusil.

Era la guardia del rajá que hacía fuego contra la escuadrilla de Sandokán y la de Yáñez, ya que eran las dos más cercanas.

Pero sólo era una veintena de malos fusiles los que disparaban, haciendo más ruido que daño.

Sin embargo, el rajá disponía de algo mejor. En efecto, en seguida de las primeras descargas se vio una gran nube de humo alzarse en la plataforma y poco después resonó la gruesa voz del cañón.

Era un lilá (pieza de artillería de latón, que lanza generalmente balas de dos a tres libras) el que había hecho fuego contra el barco almirante, rompiéndole dos maderos a un metro escaso sobre la línea de flotación.

La voz del Tigre de Malasia, aquella voz que galvanizaba a los tigres de Mompracem hasta provocarles el delirio, resonó potente entre el crepitar de la fusilería:

— ¡Que las espingardas destrocen las terrazas! ¡Haga fuego el mirim contra la cabaña del rajá y responda golpe por golpe! ¡Que las carabinas realicen su trabajo!

La batalla asumía proporciones gigantescas. La flotilla guiada por Yáñez arreciaba con furia por levante; la de Sandokán, a poniente; la de Tremal-Naik batía poderosamente el frente del poblado extendiéndose por el lago a fin de poder llegar al alcance de las flechas y permitir a los negritos que lanzasen sus flechas incendiarias.

También en la costa se combatía con encarnizamiento, porque se oían retumbar las espingardas y las descargas secas de las carabinas. Kammamuri, Sambigliong y Sapagar dirigían el asalto de las kottas y a sus seiscientos hombres.

La batalla duraba ya un cuarto de hora cuando una columna de dayakos se lanzó corriendo furiosamente a través de las terrazas, saltando de traviesa en traviesa, ya que las construcciones estaban formadas como rejillas, con amplias aberturas de trecho en trecho para permitir a los habitantes descender a las canoas amarradas a las empalizadas.

Los guiaban dos hombres que vestían trajes indios.

A Sandokán se le escapó un grito cuando justamente había recargado su

espléndida carabina de dos cañones.

— ¡El griego y el chitmudgar de Yáñez! ¡Daos por muertos!

Apuntó el arma y soltó los dos tiros.

El griego se detuvo un momento, abriendo los brazos, y luego cayó a través de una de las aberturas, hundiéndose en el lago. Un momento después se precipitaba igualmente el chitmudgar, levantando un altísimo chorro de espuma.

— ¿Quién tiene una espingarda cargada? —gritó Sandokán arrojando la carabina.

—He aquí la mía, Tigre de Malasia —respondió un malayo.

Sandokán se precipitó sobre la boca de fuego, la bajó a flor de agua y lanzó un huracán de metralla sobre el lugar en que habían caído el griego y el mayordomo.

— ¡Espero que esta vez, perro Teotokris, no resucitarás ya! —dijo luego—. ¡Y ahora, al ataque!

La flotilla se aproximaba lentamente al poblado acuático disparando furiosamente. Grupos de dayakos, alcanzados por las balas de las carabinas o por la metralla, caían continuamente al lago para no volver a flote. También las escuadrillas de Tremal-Naik y Yáñez continuaban apretando para encerrar a la capital del rajá del lago en un círculo de hierro y fuego.

Sin embargo, los dayakos oponían una resistencia desesperada.

El lilá no cesaba de hacer fuego, averiando o bien las barcas de Sandokán o bien las de sus compañeros. Ya más de una, alcanzada bajo la línea de flotación, se había ido a pique.

Probablemente era el propio rajá o sus hijos quien lo accionaban, a juzgar por la exactitud de los disparos, ya que, en general, los dayakos son pésimos tiradores cuando no se sirven de sus cerbatanas.

Los malayos de la barca almirante, no pudiendo usar las espingardas por la demasiada altura de la plataforma, respondían disparo por disparo con el mirim, y no fallaban el blanco, ya que eran magníficos apuntadores.

Cada vez rué tronaba la pieza volaban algunos hombres destrozándose contra los puentes que había debajo, o bien caía un pedazo de la gran cabaña junto con algunas vigas.

La resistencia de los dayakos no podía durar mucho. Habían experimentado ya bajas enormes y en las terrazas cercanas al lago había verdaderos montones de cadáveres.

Sobre las aguas flotaban numerosos cuerpos humanos y rodaban junto con la resaca.

Una vez más la carabina había vencido a la flecha envenenada, al no tener ésta el alcance del proyectil de plomo.

Sin embargo, la batalla continuaba encarnizadísima y ya Sandokán, impaciente por acabarla, estaba a punto de dar la orden de expugnar por la fuerza el poblado cuando empezaron a brillar llamas por encima de las cabañas que se erguían en las últimas plataformas sobre el lago.

Las barcas de Tremal-Naik, rechazando a los defensores con terribles descargas de fusil, habían llegado a aproximarse lo suficiente para que los negritos lanzasen las primeras flechas incendiarias sobre los techos, muy inflamables, de las habitaciones.

Comenzaba la agonía de la capital del rajá del lago.

Alimentadas por el viento que soplaba de poniente, las llamas se extendían rápidamente propagándose de cabaña en cabaña y comunicando su fuego a las plataformas.

Ya enormes columnas de humo envolvían todo el poblado, ocultando a veces incluso la alta terraza en donde la guardia del rajá continuaba haciendo fuego con sus viejos arcabuces y con el lilá.

Las tres flotillas estrechaban la población ya desde muy cerca, feroz e implacablemente, destrozando los puentes con verdaderos huracanes de proyectiles. Sobre todo, eran las espingardas las que causaban estragos: clavos y balines derribaban a cada descarga grupos de hombres.

Mientras tanto las llamas avanzaban. Los negritos no cesaban de lanzar flechas incendiarias que provocaban nuevos incendios a levante y poniente del poblado.

Tremal-Naik conducía maravillosamente su escuadra y se aproximaba poco a poco a Sandokán y a Yáñez, continuando su obra de destrucción.

Ya todo era un incendio. Los dayakos, diezmados por las carabinas y las espingardas, cegados por el humo y amenazados por el fuego, se lanzaban por docenas al lago, renunciando ya a toda resistencia.

Solamente la guardia del rajá hacía todavía frente a los conquistadores, disparando furiosamente contraías tres escuadras que demolían inexorablemente sus plataformas y hacían caer en pedazos la cabaña real.

Mientras tanto el fuego avanzaba con furia increíble. Cabañas, terrazas, puentes y empalizadas, todo se precipitaba en el lago con silbidos estridentes.

Sin embargo, allí arriba, envuelta en torbellinos de humo, resistía todavía

fieramente la cabaña real y el lilá continuaba retumbando con un crescendo espantoso. De repente una voz muy conocida, resonante como una trompeta de guerra, se destacó entre los disparos:

— ¡Cese el fuego!

Era Sandokán.

Haciendo portavoz con las manos gritó:

— ¡Ríndete, rajá del lago! ¡Estás en mis manos, asesino de mi familia!

Entre las nubes de humo y las llamas, que ya envolvían a la cabaña real, una voz ronca respondió:

— ¡Esta es mi respuesta!

Siguió un instante de silencio angustioso para todos y luego una llamarada inmensa desgarró el aire con un fragor ensordecedor que repercutió largamente en el lago.

El rajá había prendido fuego a su polvorín y había saltado por los aires junto con sus hijos y su guardia.

Y el poblado continuaba ardiendo. ¡La capital desaparecía a ojos vistas!

Conclusión

Quince días después Sandokán era dueño de aquel inmenso territorio que desde las costas septentrionales de Borneo se extendía hasta las orillas meridionales del Kin-Ballu.

Las hordas dayakas, al saber que el nuevo conquistador era hijo de Kaidangan, su viejo rajá, se habían sometido en seguida, sin oponer la mínima resistencia, y habían abierto la puerta de sus kottas a los enviados del nuevo príncipe.

La conquista estaba ya asegurada. Los dos formidables piratas de Mompracem habían llegado a ser los dos rajás: uno de la India y el otro de Borneo.

Sin embargo, ninguno de los dos parecía feliz de haber llegado a ser tan poderoso, porque una mañana, cuando Yáñez se preparaba a regresar a la costa para volver a ver a su bellísima rani, a quien no veía desde hacía tres meses, dijo a Sandokán con voz un tanto melancólica:

— ¿Estás contento de haber llegado a ser príncipe?

—No —respondió Sandokán.

— ¿Qué querrías, pues?

—Mi Mompracem: ¡por aquella isla daría todo este inmenso territorio y todas estas hordas salvajes!

Yáñez le puso las manos sobre los hombros y, mirándole fijamente, dijo:

— ¡Cuántas veces sueño con ella! Si yo tuviese en Mompracem a mi dulce Surama me sentiría más feliz que en la corte de Assam.

Por los negrísimos ojos de Sandokán pasó un relámpago.

— ¡Mi Mompracem! —dijo luego con acento indescriptible—. ¡He dejado mi corazón en aquella isla!

Siguió un breve silencio: ambos estaban profundamente conmovidos.

Fue Yáñez quien lo rompió:

—Cuando quieras, yo vendré de la India con mis montañeses, atravesaré el océano y añadiremos a tu corona una perla más. ¿Quieres, hermano?

—Gracias, Yáñez —respondió Sandokán con voz también alterada. Quiero volver a ver el lugar donde murió mi mujer.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es